BLAKE PIERCE

la sonrisa perfecta

un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro cuatro

BLAKE PIERCE

la sonrisa perfecta

un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro cuatro

BLAKE PIERCE

la sonrisa perfecta

un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro cuatro

la sonrisa perfecta

(un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro 4)

b l a k e p i e r c e

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor número uno en ventas de USA Today, con su serie de misterio RILEY PAGE, que incluye diecisiete libros hasta el momento. Blake Pierce es también el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros hasta el momento; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que consta de cinco libros hasta el momento; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende siete libros hasta el momento; de la serie de suspense psicológico CHLOE FINE, que consta de seis libros hasta el momento; de la serie de suspense psicológico JESSIE HUNT, que consta de trece libros hasta el momento; de la serie de suspense psicológico AU PAIR, que consta de tres libros hasta el momento; de la serie de misterio ZOE PRIME, que consta de seis libros hasta el momento; de la serie de misterio ADELE SHARP, que consta de siete libros hasta el momento; y de la nueva serie de misterio ELLA DARK.

Lector ávido y fanático de los géneros de misterio y suspense, a Blake le encantará saber de ti, así que no dudes en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantener el contacto.

Copyright © 2018 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto por lo que permite la Ley de Copyright de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal solamente. Este libro electrónico no puede volver a ser vendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró solamente para su uso, entonces por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las empresas, las organizaciones, los lugares, los acontecimientos y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura

coincidencia. Imagen de portada Copyright hurricanehank, utilizada con licencia de Shutterstock.com.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

UN THRILLER DE SUSPENSE FBI DE ELLA DARK

LA CHICA SOLA (Libro #1)

UN MISTERIO DE ADELE SHARP

LA VIDA EN SUS MANOS (Libro #1)

LA NIÑERA

CASI AUSENTE (Libro #1)

CASI PERDIDA (Libro #2)

CASI MUERTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE ZOE PRIME

LA CARA DE LA MUERTE (Libro #1)

LA CARA DEL ASESINATO (Libro #2)

LA CARA DEL MIEDO (Libro #3)

SERIE DE THRILLER DE SUSPENSE PSICOLÓGICO CON JESSIE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)

EL TIPO PERFECTO (Libro #2)

LA CASA PERFECTA (Libro #3)

LA SONRISA PERFECTA (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE

AL LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

VECINO SILENCIOSO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SI ELLA CORRIERA (Libro #3)

SI ELLA SE OCULTARA (Libro #4)

SI ELLA HUYERA (Libro #5)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

TOMANDO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

UNA VEZ INACTIVO (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)

ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)

ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5)

ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)

ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)

ANTES DE QUE CACE (Libro #8)

ANTES DE QUE ATRAPE (Libro #9)

ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)

ANTES DE QUE DECAIGA (Libro #11)

ANTES DE QUE ENVIDIE (Libro #12)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUARTO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

PRÓLOGO

Cuando Gabrielle volvió a su casa alquilada de dos habitaciones en Studio City, eran casi las cinco de la tarde. Había pasado la mayor parte del día en la playa con un chico con el que había quedado. Fue divertido, su cita había alquilado una cabaña en la Annenberg Beach House de Santa Mónica y la comida y las bebidas para adultos no paraban de fluir.

Pero ahora se sentía laxada por el sol y ligeramente incómoda por los interminables bocadillos. Sabía que no podía pasar demasiadas tardes así si quería mantener su cuerpo con el tipo de forma que hacía que otros chicos fingieran no mirar cuando ella pasaba.

Al abrir la puerta de cristal de la casa, admiró su reflejo. Podía sentirse hinchada, pero seguía teniendo un aspecto estupendo. Su larga melena oscura tenía un aspecto despeinado por la continua brisa marina. Su piel, profundamente bronceada, podía estar irritada, pero al menos brillaba. Y con sus sandalias de plataforma, medía más de uno ochenta metros.

Cuando entró en la casa, pudo oír inmediatamente a Claire, su amiga y compañera de piso, enfrascada en una acalorada conversación telefónica. Hizo un intento vano de ignorar lo que decía antes de ceder a la curiosidad.

—No podemos vernos más —oyó decir a Claire y luego hacer una pausa para la inevitable reacción negativa. Tras unos segundos de silencio, respondió a lo que la otra persona había dicho.

—Es que no encaja —respondió Claire con calma, con un tono firme pero de disculpa—. Lo mejor para los dos sería simplemente pasar página.

Gabrielle sonrió para sí misma. Era bastante hábil en este tipo de llamadas de ruptura. Pero Claire era una experta. Siempre se las arreglaba para dejar al chico tranquilo, haciéndole creer que el problema eran sus inseguridades y no lo que pudiera ofrecer el próximo chico.

Pero esta vez, parecía que el proceso era un poco más accidentado. El futuro ex de Claire era ligeramente audible, incluso a varias

habitaciones de distancia. Después de lo que sonó como una diatriba durante la cual su compañera permaneció en silencio, Claire finalmente respondió con una voz tranquila pero contundente.

—Siento que te sientas así —dijo—. Pero esto no puede ser una sorpresa. Sabías que era una posibilidad desde la primera vez que estuvimos juntos. Siempre he sido sincera contigo. Esta es mi decisión. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será para ti. Adiós.

Cuando estuvo segura de que la llamada había terminado, Gabrielle asomó la cabeza en la habitación de Claire.

—¿Todo bien? —preguntó—. Sonaba un poco duro.

—Gajes del oficio —respondió Claire, sonando cansada—. Lo sabes tan bien como yo, Gabby. Algunas personas tienden a encariñarse un poco.

—Eso sonó como si estuviera tambaleándose en la línea entre el apego y el acoso. ¿Quieres hablar de ello?

—En realidad no —admitió Claire—. Un chico me recogerá a las siete. Eso solo me da dos horas para prepararme. Prefiero concentrarme en eso.

—Yo también —dijo Gabrielle—. No debería organizar dos citas para un mismo día. Estoy agotada de la playa. Y ahora tengo que ir a la discoteca hasta las dos de la mañana. Mis pantorrillas van a protestar mañana.

—Llevamos una vida dura —dijo Claire con una sonrisa ladeada.

Gabby le devolvió la sonrisa. Le gustaba más su amiga cuando era así de juguetona y autodespectiva. Le resultaba difícil sentir celos aunque Claire fuera preciosa, una diosa del sur de California, menuda, rubia, con generosos pechos y bañada por el sol. Con apenas un metro y medio de altura y unos cuarenta y cinco kilos, era dinamita en un paquete diminuto. Pero cuando bajaba la guardia era cuando realmente brillaba su encanto. Solo unos pocos hombres podían ver ese lado de ella.

—Escucha —dijo Gabrielle—. ¿Qué te parece si mañana nos tomamos un descanso, solo tú, yo, unas mimosas y algo que merezca la pena?

—Eso suena genial —dijo Claire—. Me vendría muy bien un tiempo de descanso. Todo parece tan exagerado estos días. Me gustaría que la

gente se calmara, ¿sabes?

—Así es. Así que mañana es oficialmente el Día de la Tranquilidad de Gabby y Claire. ¿Trato?

—Trato —aceptó Claire—. Al menos hasta las seis. Tengo una cena.

Gabby la miró incrédula, pero no pudo mantener la cara seria y ambas estallaron en carcajadas.

CAPÍTULO UNO

Por cuarta vez en la última hora, el mismo pensamiento pasó por la cabeza de Jessie Hunt.

«Odio este lugar».

—Este lugar —era una casa de seguridad oficial del WITSEC. Aunque despreciaba estar en esa casa estéril con los Alguaciles de los EE.UU. siempre alrededor, no podía argumentar que no fuera necesario. Después de todo, hacía menos de dos semanas que había escapado del ataque de su padre, el asesino en serie Xander Thurman, quien la había estado buscando durante meses.

Y apenas unos días después, su más ferviente admirador, otro asesino llamado Bolton Crutchfield, se había escapado de un centro penitenciario psiquiátrico, junto con otros cuatro peligrosos presos. Dos habían sido capturados. Pero Crutchfield y otros dos seguían sueltos.

Así que Jessie no estaba en condiciones de protestar cuando el capitán Roy Decker, su jefe en la policía de Los Ángeles, le ordenó que hiciera lo que le indicaran los alguaciles del Programa de Seguridad de Testigos hasta que se resolviera la situación. Y eso significaba, esencialmente, vivir bajo arresto domiciliario mientras estuviera con una licencia obligatoria de su trabajo como perfiladora forense.

Ni siquiera era técnicamente una testigo en un juicio pendiente. Pero debido a la amenaza inminente a su vida, se había hecho una excepción a pesar de su trabajo en la aplicación de la ley, y su conexión con la policía de Los Ángeles y el FBI.

Hasta que su padre y Crutchfield fueran capturados o asesinados, ella estaba atrapada. Pasaba los días siguiendo las actualizaciones del caso en Internet, interrumpidas por frecuentes y casi frenéticas sesiones de ejercicio y entrenamiento de defensa personal que no contribuían a mitigar su agitación.

El programa de entrenamiento de diez semanas que había seguido recientemente en la Academia del FBI en Quantico, Virginia, le había proporcionado habilidades de lucha eficaces y nuevas técnicas de elaboración de perfiles. Pero no le había enseñado a lidiar con el

aplastante aburrimiento de estar encerrada en casa las veinticuatro horas al día.

La casa en sí era perfectamente agradable, situada en un tranquilo bloque residencial en el barrio de Palms, al oeste de Los Ángeles. En las mañanas de finales de la primavera, tomaba su café y veía a los padres acompañar a sus hijos a la escuela primaria que estaba a unas pocas manzanas de distancia.

La casa estaba al final de un callejón sin salida, donde podía ser asegurada y protegida más fácilmente. Pero eso significaba que no había mucho que ver la mayoría de los días. Por lo general, a media mañana salía a nadar en la piscina, que estaba cubierta por una gran lona, en teoría para dar sombra pero en realidad para evitar las miradas indiscretas de los vecinos.

Las cosas estaban aún peor ahora que Kat se había ido. Durante unos días se había permitido que su amiga se quedara también en la casa, en parte porque las autoridades temían que Bolton Crutchfield fuera también a por ella. Al fin y al cabo, Kat Gentry había sido la jefa de seguridad de la DNR (división de no rehabilitación), el centro del Hospital Estatal Metropolitano de Norwalk del que Crutchfield y los demás presos se habían escapado. Se temía que algunos de ellos quisieran vengarse.

Pero cuando Kat mencionó que podría hacer un largo viaje a Europa para despejarse, los alguaciles aceptaron la idea como una forma de mantenerla fuera del radar y de reducir sus costes de seguridad. Jessie aún recordaba su conversación de hace varios días.

—¿No crees que esto es una especie de huida de tus problemas? —Jessie había preguntado, dándose cuenta de que la pregunta probablemente pondría a su amiga a la defensiva.

Kat la miró extrañada. Incluso antes de responder, Jessie sabía que había cometido un error. Al fin y al cabo, Katherine Gentry era una exmarine que aún llevaba en la cara las cicatrices de la metralla de la explosión de un artefacto explosivo improvisado. Había mantenido un centro de reclusión que albergaba a algunos de los peores de la sociedad hasta que su teniente de mayor confianza, Ernie Cortez, la había traicionado, permitiendo la fuga. Ella era dura como una roca y Jessie lo sabía.

—Creo que tengo derecho a un poco de tiempo personal —dijo Kat, negándose a defenderse más allá de eso—. Si pensara que los

alguaciles te dejarían, te sugeriría que vinieras conmigo.

—Créeme, me encantaría —replicó Jessie, aliviada de que su amiga no hubiera estado más a la defensiva—. Pero la verdad es que, hasta que no atrapen a mi padre y a Crutchfield, no voy a dormir tranquila, sea cual sea el continente en el que me encuentre. Una vez que se nos ocurra un plan para atrapar a esos tipos, me pongo a ello. Necesito terminar esto para poder tener algún tipo de vida.

—No parece que haya un gran plan en marcha —señaló Kat con ironía.

—No —coincidió Jessie—. Y no creas que eso no ha estado en mi mente. Lo único que me salva es que sé que mi padre está demasiado herido todavía para venir por mí. Cuando lo vi por última vez, estaba saltando por la ventana de un cuarto piso, y eso fue sin contar el hecho de estar herido ya en el estómago, el hombro y la cabeza. Va a estar fuera de servicio durante un tiempo.

—Pero Bolton Crutchfield no lo está —le recordó Kat—. Está perfectamente sano y con ganas de seguir. Y tiene... activos a su disposición.

Kat no se explayó más allá de eso, pero no era necesario. Ambas sabían a qué se refería. Además de los dos fugitivos que podría tener a su disposición, también estaba Ernie, el antiguo segundo al mando de Kat en el DNR.

Mientras Kat asistía a la ceremonia fúnebre de los padres adoptivos de Jessie, Ernie, un imponente espécimen físico de dos metros y ciento diez kilos, asesinó a varios agentes de seguridad del DNR y luego liberó a Crutchfield y a los demás. Fue días después cuando el FBI pudo descubrir lo que nunca apareció en la verificación de antecedentes que Kat había realizado al contratarlo.

Cuando Ernie tenía once años, había pasado un año en un centro psiquiátrico para menores después de apuñalar a otro niño varias veces en el abdomen con un destornillador. Por suerte para él, el otro chico sobrevivió.

Ernie cumplió su condena sin incidentes. Después de salir de la cárcel y de mudarse con su familia, no tuvo más problemas. Sus antecedentes juveniles fueron sellados cuando cumplió dieciocho años. Sin más alertas en su historial, lo único que le quedaba era un excelente currículum en el Ejército de los Estados Unidos, seguido de periodos como contratista de seguridad privada y guardia de prisiones en una

cárcel de máxima seguridad en Colorado.

Si Kat hubiera tenido acceso a sus expedientes psiquiátricos del centro de detención juvenil, se habría enterado de que el personal médico lo consideraba un sociópata con una facilidad asombrosa para controlar y ocultar sus predilecciones violentas.

La última línea de sus documentos de puesta en libertad decía: «En opinión de este médico, el sujeto Cortez representa un riesgo continuo para la comunidad. Ha aprendido a ocultar sus deseos, pero es probable que en algún momento, pronto o quizás en el futuro, se reafirmen los mismos problemas psiquiátricos que llevaron a su ingreso en este centro. Desgraciadamente, nuestro sistema actual no tiene en cuenta esta posibilidad y exige que sea puesto en libertad inmediatamente. Es muy recomendable un tratamiento de seguimiento, aunque no es obligatorio».

No hubo más tratamiento. Cuando Ernie se convirtió en guardia en la DNR y empezó a relacionarse con Bolton Crutchfield, un maestro de la manipulación, cayó bajo su influencia. Pero nunca lo dejó, continuando con su trabajo e interactuando positivamente con los compañeros de trabajo que eventualmente mataría.

Kat se culpaba de todas sus muertes, aunque era imposible que las hubiera previsto. Jessie había intentado en múltiples ocasiones mitigar su culpa, sin éxito.

—Soy una perfiladora forense que está entrenada para detectar cosas como las tendencias sociopáticas —había dicho—. Interactué con él en más de una docena de ocasiones y nunca sospeché de él. No veo cómo podrías haberlo hecho tú.

—No importa —insistió Kat—. Yo era responsable de la seguridad de esos funcionarios y de mantener a esos reclusos seguros. Fallé en ambos frentes. Me merezco la culpa.

Esa conversación fue hace tres días. Ahora Kat se encontraba en algún lugar de Francia, sin saber que el Servicio de Alguaciles había solicitado a la Interpol que le asignara un agente encubierto para que la siguiera por su propia protección. Por su parte, Jessie estaba atrapada entre los muebles de plástico de la piscina a poca distancia del tráfico de la autopista. No tenía a nadie con quien hablar, apenas tenía intimidad, y muy poco para evitar que su mente fuera a lugares oscuros. En los momentos más autocompasivos, se sentía como si fuera víctima de nuevo.

Mientras se dirigía al interior para tomarse un bocado, se puso el tapado que uno de los aguaciles le había comprado el otro día. No le habían dado instrucciones detalladas, así que la forma en que le quedaba no era culpa suya. Pero Jessie no pudo evitar sentirse frustrada por el hecho de que esa cosa apenas le llegaba a las caderas y, de alguna manera, seguía siendo voluminosa. Con un metro setenta, necesitaba algo el doble de largo y la mitad de ancho. Se recogió el pelo castaño que le llegaba hasta los hombros y trató de evitar que sus ojos verdes parecieran demasiado molestos mientras entraba.

Al entrar en la casa, vio que el alguacil que estaba cerca de la puerta corrediza giraba ligeramente la cabeza. Era evidente que estaba escuchando algún mensaje en su auricular. Su cuerpo se tensó involuntariamente ante lo que le habían dicho. Jessie sabía que algo pasaba incluso antes de entrar en la cocina.

Él no le dijo nada, así que ella continuó hacia la cocina, fingiendo ser ajena a lo que estaba pasando. Sin saber si el mensaje se refería a un allanamiento de la casa, buscó a su alrededor algo con lo que protegerse en caso de que Crutchfield la hubiera encontrado. Sobre la mesa del comedor, cerca de la entrada de la cocina, había una bola de cristal de San Francisco, del tamaño de un melón.

Mientras se preguntaba fugazmente por qué San Francisco tendría nieve, cogió el globo y lo colocó a su espalda. Luego entró en la cocina con el peso en la punta de los pies, con el cuerpo tenso para la acción y los ojos lanzados de un lado a otro en busca de cualquier amenaza. Al otro extremo de la cocina se abrió una puerta.

CAPÍTULO DOS

Mientras esperaba a ver quién era, Jessie se dio cuenta de que había dejado de respirar y se obligó a exhalar lenta y silenciosamente.

Entrando en la habitación con paso ligero, sin un ápice de aprensión, estaba Frank Corcoran, el aguacil supervisor de su destacamento, era extremadamente formal. De mandíbula cuadrada y complexión cuadrada, vestía un traje azul marino con camisa blanca y corbata negra perfectamente anudada. Su bigote bien recortado tenía los primeros indicios de canas en los bordes, al igual que su pelo negro corto.

—Siéntese, señora Hunt —dijo sin ningún rastro de despreocupación —. Tenemos que hablar. Y puede dejar la bola de nieve. Le prometo que no la necesitará.

Colocando el globo en la mesa de la cocina mientras se negaba rotundamente a preguntar cómo lo sabía, Jessie se sentó, preguntándose qué demonios estaba a punto de revelar. Xander Thurman ya había asesinado a sus padres adoptivos. Casi había matado a dos policías mientras intentaba llegar a ella en su propio apartamento. La violenta fuga de Bolton Crutchfield del DNR había provocado la muerte de seis guardias. ¿Había encontrado a Kat en Europa uno de los restantes fugados? ¿Habían ido a por su amigo y compañero en alguna ocasión, el detective de la policía de Los Ángeles Ryan Hernández, del que no había tenido noticias desde hacía días? Se preparó para lo peor.

—Tengo algunas novedades para usted —dijo Corcoran, cuando se dio cuenta de que Jessie no iba a hacer ninguna pregunta.

—De acuerdo.

—Hablé con su capitán —dijo, sacando un trozo de papel y leyéndolo —. Quería transmitir los buenos deseos de toda la comisaría. Dijo que están siguiendo todas las pistas disponibles y que espera que no tenga que aguantar mucho más.

Jessie pudo darse cuenta, por el tono de voz escéptico de Corcoran y sus cejas ligeramente levantadas, de que no compartía la opinión del capitán Decker sobre la situación.

—Deduzco que usted es menos optimista que él.

—Esa es la siguiente actualización —contestó, sin responder técnicamente a su pregunta—. No hemos tenido suerte en la búsqueda del señor Crutchfield. Aunque dos fugitivos han sido capturados, como usted sabe, otros dos siguen en libertad, por no hablar del señor Cortez.

—¿Los hombres capturados han proporcionado alguna información útil desde la última vez que me informó?

—Lamentablemente no —concedió—. Ambos hombres siguen diciendo lo mismo: que todos tomaron caminos distintos a los pocos minutos de su huida. Ninguno de ellos supo siquiera que estaba ocurriendo hasta que fueron liberados de sus celdas.

—¿Entonces es probable que solo Crutchfield y Cortez hayan planeado esto?

—Eso es lo que pensamos —dijo Corcoran—. No obstante, tenemos una persecución masiva y continua sobre todos los fugados. Además de la policía de Los Ángeles, el departamento del sheriff, la CHP, el CBI y el FBI están involucrados, así como, por supuesto, el Servicio de Alguaciles.

—Entiendo que ha mencionado que están buscando a los fugados —dijo ella—. ¿Qué pasa con Xander Thurman?

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, también es un asesino en serie. Intentó matarme a mí y a dos agentes de la policía de Los Ángeles y anda suelto. ¿Cuánta gente tiene buscándolo?

Corcoran la miró como si se sorprendiera de tener que hacer su siguiente comentario.

—Basándonos en su descripción de sus heridas, lo vemos como una amenaza menos inmediata. Y su estatus en el WITSEC hace que nos preocupemos menos por él en general. Además, por ahora nuestra prioridad son los múltiples fugados de un centro psiquiátrico criminal, no un hombre que nadie sabe que está ahí fuera.

—Quiere decir que su búsqueda está impulsada por los medios de comunicación y la política —le hizo notar Jessie.

—Esa es una forma, no inexacta, de caracterizarla.

Jessie apreció su honestidad. Y para alguien en su posición, ella realmente no podía argumentar que era un uso irrazonable de los recursos. Ella decidió dejarlo pasar por ahora.

—¿Alguna pista potencial? —preguntó Jessie con dudas.

—Creemos que nuestros mejores esfuerzos se centran en el Sr. Cortez. La idea es que habría hecho planes para después de la fuga. Estamos comprobando sus registros bancarios, las compras con tarjeta de crédito y los datos del GPS del teléfono en las semanas anteriores a la fuga. Hasta ahora, no hemos encontrado nada tan útil como billetes de avión.

—No lo harán —murmuró Jessie.

—¿Por qué lo dice?

—Cortez se mantendrá cerca de Crutchfield. Y le garantizo que Bolton Crutchfield no va a ir a ninguna parte.

—¿Cómo puede estar tan segura? —exigió Corcoran.

—Porque aún no ha terminado conmigo.

*

Esa noche Jessie no pudo dormir. Después de dar vueltas en la cama durante lo que le parecieron horas, se levantó y se dirigió a la cocina para rellenar su vaso de agua vacío.

Mientras caminaba por el pasillo alfombrado desde el dormitorio, inmediatamente sintió que algo andaba mal. El alguacil que normalmente se encontraba en una silla donde el pasillo se une a la sala de estar no estaba en ninguna parte. Jessie pensó en volver a su habitación para coger una pistola antes de recordar que en realidad no tenía ninguna. El Servicio de Alguaciles la había “asegurado” hasta nuevo aviso.

En su lugar, apoyó la espalda contra la pared del pasillo, ignorando los rápidos latidos de su corazón mientras se ponía de puntillas hacia la silla vacía. Al acercarse, con la ayuda de la luz de la luna que entraba

por las ventanas, vio una mancha oscura y húmeda en la moqueta de color crema. El amplio alcance de la mancha sugería que no se trataba de un vino derramado accidentalmente. También observó un rastro consistente que se extendía hasta fuera de la vista.

Jessie asomó la cabeza al doblar la esquina y vio al alguacil tumbado de espaldas contra la pared del fondo, donde aparentemente lo habían arrastrado. Tenía la garganta cortada en toda su extensión. Junto a él, en el suelo, estaba su arma reglamentaria.

Jessie sintió una oleada de adrenalina cargada de ansiedad, que le hizo sentir un cosquilleo en los dedos. Recordándose a sí misma que debía mantener la concentración, se arrodilló y observó la habitación mientras esperaba que su cuerpo se calmara. Tardó menos de lo que esperaba.

Al no haber nadie a la vista, salió corriendo y cogió la pistola. Mirando hacia abajo, vio un camino de huellas ensangrentadas que se alejaban del cuerpo del aguacil en dirección al comedor contiguo. Permaneciendo agachada detrás del sofá, se escabulló hasta que pudo ver con claridad la habitación.

Allí había otro aguacil tendido en el suelo. Éste estaba boca abajo con un charco de sangre que se expandía rápidamente desde su cuello y formaba un charco alrededor de su cara y su torso.

Jessie se obligó a no detenerse en la imagen mientras seguía las huellas ensangrentadas de aquella habitación hasta la terraza acristalada, que conducía a la piscina del patio trasero. La puerta corredera estaba abierta y una ligera brisa hacía que las cortinas colgantes se metieran hacia dentro, haciéndolas ondear como nubes bajas.

Revisó la habitación. Estaba vacía, así que se acercó a la puerta corredera para echar un vistazo al exterior. Se veía un cuerpo trajeado que se balanceaba boca abajo en el agua, que rápidamente se volvía de color rojo rosado. Fue entonces cuando oyó que alguien se aclaraba la garganta detrás de ella.

Se dio la vuelta y amartilló la pistola al mismo tiempo. Frente a ella, en el extremo más alejado de la habitación, estaban Bolton Crutchfield y su padre, Xander Thurman, que tenía un aspecto sorprendentemente bueno teniendo en cuenta que hacía solo unas semanas le habían disparado en las tripas y el hombro, probablemente se había fracturado el cráneo y había saltado por la ventana de un cuarto piso.

Ambos hombres sostenían largos cuchillos de caza.

Su padre sonrió mientras pronunciaba en silencio la palabra “Bicho”, el nombre que le puso de niña. Jessie levantó la pistola y se preparó para disparar. Cuando su dedo empezó a apretar el gatillo, Crutchfield habló.

—Le prometí que la vería, señorita Jessie —dijo, con un comportamiento tan plácido como cuando le habló a través de la gruesa barrera de cristal de su celda.

Sus semanas de libertad no le habían hecho menos blando. Con un metro setenta y cinco y unos sesenta y ocho kilos, era menos formidable físicamente que Jessie. Su cara regordeta le hacía parecer una década más joven que sus treinta y cinco años y su pelo castaño, con la raya a un lado, le recordaba a los chicos del club de matemáticas de la escuela secundaria. Solo sus ojos marrones y acerados le indicaban de lo que era realmente capaz.

—Parece que se ha metido con mala compañía —dijo con una voz frustrantemente temblorosa mientras asentía a su padre.

—Eso es lo que me gusta de usted, señorita Jessie —dijo Crutchfield con admiración—. Nunca se echa atrás, ni siquiera cuando está en una situación desesperada.

—Puede que quiera replantearse eso —señaló Jessie—. Los dos trajeron cuchillos a una fiesta de disparos.

—Qué pícara —se maravilló Crutchfield, mirando a Thurman con aprecio.

Su padre asintió, todavía en silencio. Entonces ambos hombres volvieron a prestarle atención a ella. Simultáneamente, sus sonrisas desaparecieron.

—Es hora, señorita Jessie —dijo Crutchfield mientras ambos hombres se dirigían hacia ella en tándem.

Ella disparó primero a su padre, tres en el pecho, antes de volver su atención a Crutchfield. Sin dudarlo, le disparó tres balas en el torso. El aire estaba lleno de humo acre y del eco de sus disparos.

Pero ninguno de los dos hombres se detuvo, ni siquiera redujo la velocidad. ¿Cómo era posible? Incluso con chalecos antibalas, deberían haberse tambaleado.

Se quedó sin balas, pero apretó el gatillo de todos modos, sin saber qué más hacer. Mientras los dos hombres avanzaban hacia ella con los cuchillos levantados por encima de sus cabezas, ella tiró el arma y adoptó una postura defensiva, plenamente consciente de que era un gesto inútil. Los cuchillos cayeron con fuerza y rapidez.

*

Con un jadeo, Jessie se incorporó en la cama. Estaba empapada de sudor y respiraba con dificultad. Mirando alrededor de la habitación, vio que estaba sola. Los postigos de las ventanas seguían clavados impidiendo el acceso. La puerta de su habitación seguía teniendo la silla apuntalada bajo el pomo como medida de seguridad adicional. El reloj marcaba la 1:39 de la madrugada.

Se oyó un suave golpe en la puerta.

—¿Está bien ahí dentro, señora Hunt? —preguntó uno de los alguaciles—. He oído un ruido.

—Solo un mal sueño —dijo ella, sin ver ninguna razón para mentir sobre lo que él probablemente ya sospechaba.

—Está bien. Avíseme si necesitas algo.

—Gracias —dijo ella, escuchando el familiar crujido de la tabla del suelo bajo la alfombra mientras él se alejaba.

Deslizó las piernas fuera de la cama y se sentó en silencio durante un momento, permitiendo que su ritmo cardíaco y su respiración volvieran a ser algo parecido a la normalidad. Se levantó y se dirigió al baño. Era necesaria una ducha, así como un cambio de las sábanas húmedas.

Al cruzar la habitación, no pudo evitar acercarse a la única ventana cuya persiana estaba ligeramente abierta para dejar entrar un poco de luz. Juró haber visto la silueta de alguien en las sombras de los árboles más allá de la piscina. Incluso después de asegurarse de que era un tronco de árbol o un alguacil, se sintió inquieta.

En algún lugar, dos asesinos en serie andaban sueltos. Y ambos la buscaban a ella. No había forma de evitar el hecho de que, incluso en

una casa segura con toda esa protección, ella era un blanco fácil.

*

Gabrielle y su cita de la noche, Carter, llegaron a la casa poco después de las dos de la madrugada. Los dos estaban un poco borrachos y ella tuvo que recordarle de nuevo que bajara la voz para no despertar a Claire.

Avanzaron torpemente por el pasillo hasta llegar al dormitorio de ella, donde compartieron un largo beso. Gabby se apartó y le dedicó su mejor sonrisa de "ven acá". Él le devolvió la sonrisa, aunque no con demasiado entusiasmo. A ella le gustó eso. Era mayor, de unos cuarenta años, y era capaz de controlar su entusiasmo mejor que algunos de los nuevos chicos tecnológicos con los que salía.

Era guapo de una manera distinguida y le recordaba a algunos de los amigos de su padre, los que la miraban a hurtadillas cuando creían que no estaba mirando. Esperó a que ella reanudara los besos. Cuando ella aguantó para saber cómo reaccionaría él, finalmente habló.

—Bonito lugar el que tienes aquí —dijo en un susurro fingido.

«Si todo va bien, ayudarás a pagarlo durante un tiempo».

Ella logró mantener ese pensamiento para sí misma y respondió con un menos oportunista—: Gracias. Hay una parte que estoy especialmente ansiosa por mostrarte.

Señaló con la cabeza la cama.

—¿Sugieres que la compruebe? Realmente siento que una visita guiada podría ser oportuna.

—¿Por qué no te pones cómodo allí? Haré una breve visita al baño para refrescarme y me reuniré contigo en un momento.

Carter sonrió en aprobación y se acercó al lado de la cama. Mientras él se quitaba los zapatos y empezaba a desabrocharse la camisa, Gabby se dirigió al baño que compartía con su compañera. Encendió la luz y le lanzó una última mirada seductora antes de cerrar la puerta tras ella.

Una vez dentro, se dirigió directamente al espejo. Antes de retocar el maquillaje, quiso comprobar sus dientes. Un rápido vistazo no mostró nada visible entre ellos. Tomó un rápido trago de enjuague bucal y lo estaba agitando, preparándose para añadir un toque de ahumado extra a sus párpados, cuando notó un brazo colgado sobre la bañera detrás de ella.

Se dio la vuelta, sorprendida. No era propio de Claire bañarse a estas horas. Normalmente se desmayaba en cuanto llegaba a casa, a veces ni siquiera se cambiaba de ropa. Si estaba tumbada en la bañera con las luces apagadas, probablemente significaba que estaba totalmente ida.

Gabby se acercó de puntillas, rezando para que solo tuviera que enfrentarse a una compañera de piso desmayada y no a una bañera cubierta de vómito. Cuando se asomó al borde de la bañera, lo que vio fue mucho peor.

Claire seguía vestida con la minifalda que se había puesto para salir esa noche. Estaba tumbada boca arriba en la bañera, con los ojos vidriosos muy abiertos, cubierta de sangre. Tenía la cara manchada y se había formado una salsa espesa y pegajosa en su pelo. La sangre estaba por todas partes, pero parecía provenir principalmente de su garganta, que estaba destrozada por lo que parecían ser múltiples y profundas puñaladas.

Gabby la miró fijamente y solo se dio cuenta de que había estado gritando cuando Carter apareció a su lado, sacudiendo sus hombros y preguntando qué le pasaba. Una mirada a la bañera le dio la respuesta. Se tambaleó hacia atrás, conmocionado, antes de sacar su teléfono móvil del bolsillo.

—Sal de ahí —le dijo, agarrándola de la muñeca y arrancándola del horror que tenía delante—. Ve a sentarte en la cama. Voy a llamar al nueve-uno-uno.

Ella dejó de gritar, agradecida de tener una instrucción que seguir. Se arrastró insensiblemente hasta la cama, donde se sentó, mirando al suelo pero sin ver realmente nada. En el fondo, oyó su voz, distante y metálica.

—Tengo que informar de un asesinato. Hay una mujer muerta en la bañera. Parece que la han apuñalado.

Gabby cerró los ojos con fuerza, pero no sirvió de nada. La imagen de Claire, indefensa y sin fuerzas en el cuarto de baño a solo unos metros de distancia, estaba grabada a fuego en su mente.

CAPÍTULO TRES

El alguacil estaba siendo un imbécil. Todo lo que Jessie quería era ir a correr. No paraba de usar la frase "no es aconsejable", que en realidad significaba "no está permitido". Señaló la cinta de correr en la esquina de la sala de estar como si eso debiera responder a todas sus preocupaciones.

—Pero necesito un poco de aire fresco —dijo ella, consciente de que sonaba al límite de lo quejumbroso.

El alguacil, al que solo conocía como Murph, no era el tipo más hablador, un rasgo frustrante ya que era el principal agente de servicio en su destacamento de seguridad. De baja estatura y con un cabello castaño claro que parecía cortado semanalmente, parecía contentarse con evitar hablar en lo posible. Como para demostrarlo, asintió al patio trasero como respuesta. Jessie trató de recordar si era uno de los aguaciles asesinados en la pesadilla de la noche anterior, y una parte de ella deseaba que lo fuera.

La verdad era que Jessie no necesitaba simplemente aire fresco o un trote. Quería volver a visitar los hospitales locales para ver si había aparecido alguien que coincidiera con la descripción de su padre desde la última vez que lo comprobó, antes de que la metieran en la casa de seguridad. Se suponía que su compañero, el detective Ryan Hernández, la mantendría al tanto de eso. Pero como no había podido ponerse en contacto con nadie últimamente, ni siquiera con él, no tenía ni idea de si había tenido éxito.

Jessie estaba bastante segura de que el aguacil conocía sus verdaderas intenciones, pero eso no la hacía menos molesta. Se estaba volviendo loca encerrada en esta casa. Y aunque sabía que la mantenían aquí por su propia protección, había llegado al límite de su paciencia, especialmente después del sueño de anoche. Decidió que algo tenía que cambiar. Y solo había una manera de hacerlo.

—Quiero ver al capitán Decker —dijo con firmeza.

El aguacil parecía reacio a responder, esperando poder ignorar esta demanda como había hecho con todas las demás. Pero, por supuesto, no podía. Jessie no podía obligarles a dejarla ir de paseo o a hacer un viaje a la tienda de comestibles. Pero si ella hacía una petición formal

para ver a su supervisor y ésta podía ser atendida con seguridad, el servicio estaba obligado a hacerlo.

Lentamente, y con el ceño fruncido, el aguacil levantó la mano y habló por el dispositivo de comunicación conectado a su muñeca.

—Jabberjay solicita una reunión autorizada. Por favor, confirme.

Mientras Jessie esperaba la respuesta, permaneció callada, optando por no comentar el nombre en clave menos que atrevido que aparentemente se le había asignado.

*

Noventa minutos más tarde, estaba sentada en una pequeña sala de conferencias situada en un rincón tranquilo de la comisaría de policía de la Comunidad Central, en el centro de Los Ángeles, esperando a que el capitán Decker se reuniera con ella. El alguacil llamado Murph, que la había acompañado hasta aquí desde la casa, estaba de pie en el fondo de la sala, claramente molesto todavía por tener que estar allí.

El proceso para llegar al lugar, conocido generalmente como Estación Central, había sido engorroso. Después de obtener la autorización formal para el viaje por parte de Corcoran, había que reunir un equipo y elegir una ruta. Gran parte de eso había sido planeado de antemano, pero había que seleccionar las opciones finales.

A Jessie se le instruyó que llevara una peluca, junto con una gorra baja sobre los ojos. Entonces el vehículo, conducido por un aguacil llamado Toomey, con Murph en el asiento del pasajero, se puso en marcha. Un segundo coche les siguió a distancia con dos agentes más en su interior. Otros dos agentes permanecieron en la casa para mantenerla segura.

Aunque era media mañana y el tráfico era relativamente escaso, con todos los giros de último momento y las vueltas, el trayecto duró más de cuarenta y cinco minutos. Una vez en la comisaría, el coche entró en el garaje y tuvieron que permanecer en él hasta que fue autorizado formalmente por dos agentes uniformados que no sabían por qué lo hacían más que por “órdenes de arriba”.

Solo entonces sacaron a Jessie por una entrada lateral, todavía con la

peluca, una gorra y una abultada chaqueta con el cuello subido hasta el final para disimular su tamaño general y su cuello, que podría haber revelado su sexo. Fue retenida en varios puntos, hasta que los pasillos estuvieron lo suficientemente despejados para que pudiera pasar.

Cuando por fin llegó a la sala de conferencias, Murph la acompañó dentro mientras Toomey montaba guardia en la puerta. Dado que Toomey medía uno ochenta metros y pesaba fácilmente cien kilos, con la cabeza completamente afeitada y el ceño permanentemente fruncido, Jessie dudaba que alguien intentara entrar sin permiso. Uno de los alguaciles restantes esperaba fuera, en la entrada del garaje al edificio, y el cuarto daba vueltas a la manzana lentamente en su coche, vigilando que no hubiera nada inusual.

Jessie se obligó a reprimir la culpa que sentía por ser la causa de toda esta acción. Sabía que probablemente acababa de gastar miles de dólares del dinero de los contribuyentes por lo que parecía una demanda petulante. Pero había algo más que eso. Si conseguía que el capitán Decker se uniera a su plan, el coste de este corto viaje podría ser devuelto por cientos veces. Pero ella tenía que convencerlo primero.

—Sabes —dijo Murph en voz baja desde la esquina, hablando por primera vez desde que entraron en la habitación—. En realidad estamos tratando de ayudar a mantenerte a salvo. No es necesario que luches contra nosotros en todo momento.

—No estoy tratando de luchar contra ustedes —insistió ella—. Estoy tratando de ayudar. Y a pesar de lo que pueda pensar tu jefe, en realidad estoy en una posición bastante buena para hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él cuando se abrió la puerta de la habitación y entró el capitán Decker.

—Estás a punto de descubrirlo —prometió Jessie.

El capitán Roy Decker, que parecía sin aliento y enfadado, la miró fijamente. El capitán de la Estación Central, que no había cumplido los sesenta años pero parecía haberlos superado con creces, era alto y delgado, con solo unos pequeños mechones de pelo que impedían la calvicie total. Su cara estaba llena de arrugas desarrolladas durante años de trabajo estresante. Su nariz afilada y sus ojos brillantes le recordaban a un pájaro al acecho de su presa.

—¿Estás bien, capitán? —preguntó Jessie—. Parece que has venido corriendo.

—Cuando te enteras de que tu perfiladora forense, que se supone que está escondida en protección de testigos, está al final del pasillo, te da un poco de vértigo. ¿Quieres decirme qué es tan importante para tener que venir a este rincón olvidado de la comisaría, donde hay más amianto que oxígeno en el aire?

Por el rabillo del ojo, Jessie vio a Murph cambiar incómodamente de un pie a otro y sonrió para sí misma. Todavía no conocía el don de Decker para la exageración.

—Por supuesto, señor. Pero antes, ¿puedo preguntar cómo van las cosas con la caza de... todos?

Decker suspiró con fuerza. Por un segundo pareció que no iba a responder. Pero finalmente se acomodó en la silla frente a ella y habló.

—No muy bien, la verdad —admitió—. Sabes que atrapamos a un fugitivo de la DNR, Jackson, el primer día. Atrapamos a otro, Gimbel, un par de días después. Pero desde entonces, a pesar de docenas de pistas factibles, no hemos tenido suerte en encontrar a los otros dos tipos, ni a Crutchfield o Cortez.

—¿Crees que están todos juntos? —preguntó Jessie, ya consciente de que el Servicio de Alguaciles no lo hacía.

—No. Hemos visto imágenes de vigilancia de Stokes y De La Rosa cerca del hospital cuando se fugaron por primera vez y estaban cada uno por su lado. No hemos encontrado ninguna grabación de Crutchfield y Cortez, pero la teoría de trabajo es que todavía están juntos.

—Hmm —dijo Jessie—. Si solo tuvieras algún tipo de recurso humano que estuviera familiarizada con ambos hombres y pudiera ofrecer una visión de sus probables patrones de comportamiento.

El sarcasmo, totalmente intencionado, goteaba de sus labios. Decker apenas parpadeó.

—Y si ese recurso no fuera el objetivo de los mismos hombres con los que estaba familiarizada, podríamos aprovechar ese conocimiento —replicó.

Se miraron en silencio durante un momento, sin que ninguno de los dos estuviera dispuesto a conceder su punto de vista. Jessie finalmente cedió, decidiendo que alienar al hombre cuya autorización necesitaba

no era aconsejable.

—¿Qué hay de Xander Thurman? ¿Ha habido más suerte con él?

—Ninguna. Se ha mantenido fuera del radar por completo.

—¿Incluso con todas sus heridas?

—Hemos estado monitoreando cada hospital, centro de atención urgente y clínica gratuita. Incluso hemos enviado alertas a las veterinarias. No ha habido nada.

—Entonces eso significa una de dos cosas —concluyó Jessie—. O tiene acceso a otra persona con formación médica, o alguien en uno de estos lugares está mintiendo, tal vez bajo amenaza. Es imposible que se haya recuperado de esas heridas sin ayuda. No es posible.

—Soy consciente de eso, Sra. Hunt. Pero esta es la información que tenemos ahora.

—¿Y si tuvieran más? —preguntó ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Decker.

—Sé cómo opera, al igual que sé cómo lo hace Crutchfield. Crímenes que podrían parecer anodinos para la mayoría de los detectives, podrían tener marcadores que yo podría identificar con uno de ellos. Si pudiera revisar los archivos de los casos recientes e investigar las pistas más prometedoras, tal vez podríamos darnos un respiro.

Desde el fondo de la sala, Murph habló.

—Eso parece poco inteligente.

Jessie se alegró de oír eso. Nada irritaba más a Decker que los forasteros del departamento ofrecieran sus comentarios no solicitados. Que él viera al aguacil como un intruso solo podía ayudar a su caso. Al ver que su jefe fruncía el ceño, se quedó callada, dejando que la dinámica se filtrara.

—¿Qué tenías pensado exactamente? —le preguntó Decker con los dientes apretados.

Jessie no esperó a que cambiara de opinión.

—Podría revisar los ataques violentos y los asesinatos de las últimas semanas para ver si alguno de ellos tiene las características de alguno

de los asesinos. Si alguno coincide, puedo seguir las pistas más prometedoras.

Decker se sentó en silencio, aparentemente contemplando la idea. Murph, sin embargo, no se quedó callado.

—No puede estar pensando seriamente en esto después de todo el esfuerzo que hizo el Servicio de Alguaciles para asegurar una casa segura para ella.

«Por favor, sigue discutiendo. Solo estás cavando tu propia tumba».

Decker parecía estar librando una guerra interna consigo mismo. Estaba claro que, a pesar de su enfado con Murph, creía que el hombre tenía razón. Pero también podía notar que algo más estaba en juego en su cabeza, algo de lo que Jessie aparentemente no era consciente.

—Este es el asunto —dijo finalmente—. Como ya he dicho, tenemos muchas pistas, tal vez demasiadas. Tratar de seleccionarlas ha sido todo un reto. Hemos recurrido al departamento del sheriff y a otros departamentos de policía vecinos. Incluso el FBI local ha colaborado, ofreciendo algunos agentes para los casos que consideran relevantes. Estamos muy dispersos en este momento. No es que todos los demás criminales se hayan tomado unas vacaciones porque tengamos sueltos cinco psicópatas más. Hubo un golpe de una banda hace dos días. Alguien está dejando agujas hipodérmicas en los parques infantiles locales. Tu viejo amigo el detective Hernández está involucrado en un triple homicidio que lo tiene hoy en Topanga Canyon. Y, por cierto, estamos en la segunda semana de un brote masivo de sarampión.

—¿Qué está diciendo, capitán? —preguntó Murph. Por primera vez, Jessie creyó percibir un atisbo de resignación en su voz.

Decker finalmente soltó el secreto que había estado guardando hasta ese momento.

—En realidad hay un caso que llegó durante la noche y en el que creo que podrías ser útil, Hunt. Ha ocurrido en Studio City, así que la comisaría de Hollywood Norte se está encargando de él. Pero el FBI se ha interesado y ha asignado un agente para investigarlo. Estaba pensando en emparejarte con él.

—¿Cuál es el caso? —preguntó Jessie, manteniendo la voz uniforme a pesar de la excitación que le subía al estómago.

—Un apuñalamiento... bastante espantoso. Todavía no hay motivos ni sospechosos. Pero tus dos chicos son grandes aficionados a los cuchillos, ¿verdad?

—Eso es cierto —aceptó ella.

—Podría no tener ninguna relación —Concedió—. Pero es el primer ataque con el que me encuentro que parece encajar en el perfil.

—¿Así que piensa dejarla ir al campo? —preguntó Murph, aunque sabía la respuesta.

—Bueno, me imagino que con un agente del FBI como compañero y varios aguaciles vigilándola, debería estar a salvo. ¿Es una suposición injusta?

—Capitán Decker —respondió Murph con neutralidad—, la opinión general del Servicio es que ningún protegido está realmente a salvo. Y es mi opinión personal que poner a esta protegida en el campo, investigando un asesinato potencialmente cometido por una de las mismas personas de las que estamos tratando de protegerla, es singularmente inseguro.

—Pero —intervino Jessie, por fin dispuesta a exponer el punto que había mantenido en reserva—, no es realmente peor que el statu quo. Hace casi dos semanas que estoy bajo protección. Pero nadie ha descubierto nada sobre los hombres que me persiguen que pueda cambiar el statu quo. Le está costando a la ciudad, a la policía de Los Ángeles y al Servicio de Alguaciles una pequeña fortuna, sin un final a la vista. Tal y como van las cosas, puede que realmente tenga que conseguir una nueva identidad... ¡por segunda vez en mi vida!

—No es así como lo vemos... —Murph comenzó a decir.

—Por favor, déjame terminar, alguacil —dijo ella, todo rastro de sorna o chulería desapareció de su voz ahora—. Esto tiene que terminar. Todas las noches tengo pesadillas en las que mi equipo de protección es masacrado. Salto con cada sonido inesperado y me estremezco con cada movimiento repentino. Soy una prisionera en esa casa aunque no haya hecho nada malo. No es así como quiero vivir. Prefiero intentar atrapar a esos tipos y acabar muerta que pasar el resto de mis días viviendo con miedo. Tengo las habilidades y el conocimiento interno para encontrar a los dos hombres que quieren hacerme daño. Permíteme usarlos. No es una petición irrazonable.

Decker y Murph intercambiaron miradas. Después de lo que pareció

una eternidad, el alguacil habló.

—Lo concretaré con Corcoran —cedió antes de añadir—, si aceptas ciertos términos.

—¿Qué condiciones? —preguntó Jessie, aunque a estas alturas estaba dispuesta a aceptar casi cualquier cosa.

—Tu destacamento de protección permanece contigo en todo momento; no hay intentos de perdernos. Tú continúas pasando las noches en la casa de seguridad. Aceptas todas las precauciones de seguridad en el campo, incluso las maniobras evasivas que podrías considerar excesivas. Te sometes al juicio de los aguaciles en cualquier escenario de campo, sin importar lo exagerado que lo consideres. Si decimos que te vayas, te comprometes a irte, sin hacer preguntas. ¿Puedes aceptar estos términos, Sra. Hunt?

—Puedo —dijo ella sin dudar, tanto si pensaba cumplirlas como si no.

—Entonces, a la espera de la autorización de mi superior, puedes proceder.

Jessie miró a Decker, que parecía estar luchando contra una sonrisa.

—¿Quieres conocer a tu compañero temporal? —preguntó.

CAPÍTULO CUARTO

Jessie no estaba impresionada.

El agente del FBI prestado al departamento para el caso del apuñalamiento parecía un viejo jugador de béisbol llamado al partido porque todos los titulares estaban lesionados. Cuando se acercó a conocerlo, Jessie observó que el tipo, que parecía tener unos treinta o cuarenta años, tenía una panza sorprendente para un agente del FBI.

Además, su pelo, inesperadamente largo y revuelto, era casi completamente plateado. Su rostro curtido y su olor salado sugerían que pasaba más tiempo haciendo surf que trabajando en un caso. Su americana estaba deshilachada en el cuello y su corbata solo tenía un nudo flojo. Y aunque todavía era de mañana, ya había acumulado una impresionante serie de manchas de comida en sus pantalones desarreglados.

—Jack Dolan —dijo él, extendiendo la mano cuando ella se acercó pero sin ofrecer ningún saludo más allá de eso.

—Jessie Hunt —dijo ella, tratando de no hacer una mueca de dolor ante su apretado agarre.

—Ah, sí. La infame perfiladora forense, hija de un asesino en serie, susurradora de psicópatas que se esconde de los hombres que hacen ruido por la noche.

—Eso es lo que figura en mi tarjeta de visita —replicó Jessie con acidez, sin entusiasmarse por todas las suposiciones que este tipo estaba haciendo de buenas a primeras.

—Agente Dolan —intervino Decker, cortando el gélido intercambio—, como el apuñalamiento de Studio City tiene varias características potenciales tanto de Xander Thurman como de Bolton Crutchfield, hemos decidido que la señorita Hunt se una a ustedes para evaluar la probabilidad de que uno de ellos sea el responsable.

Dolan miró a Decker, luego a Jessie y, finalmente, a Murph.

—Entonces —preguntó, aparentemente confundido—. ¿Ahora soy su niñera? ¿O será parte del equipo?

Jessie abrió la boca, sin saber qué iba a decir, aparte de que incluiría improperios. Pero antes de que pudiera decir una palabra, Decker intervino.

—Considérala tu compañera mientras dure el caso. Supongo que cubres las espaldas de tu equipo, agente Dolan. Esto no es diferente.

Dolan se mordió la lengua. Por el rabillo del ojo, Jessie vio a Murph evitar una sonrisa. Se volvió hacia Decker.

—¿Puedo hablar contigo en privado un momento?

Él asintió y empezaron a salir al pasillo.

—Un momento —dijo Murph—. El agente y yo saldremos. Ustedes hablen aquí dentro; cuanta menos gente te vea, mejor.

Cuando salieron, Jessie se volvió, con los ojos encendidos, hacia Decker.

—¿Es esto una especie de castigo? ¿Por eso me pones con este tipo? ¿No puedes sacar a Hernández del caso en el que está trabajando y ponernos a trabajar juntos?

—El detective Hernández no está disponible —dijo escuetamente—. No sacamos a detectives de un homicidio triple para satisfacer los caprichos de otros miembros del personal. No deberías esperar tener noticias suyas pronto. Si es así, significa que no está haciendo su trabajo. Además, Dolan está más que calificado para este caso. Y es a quien el Buró puso a disposición. Así que encuentra una manera de trabajar con él. Si no, puedes volver a la casa segura. Es tu decisión, Hunt.

*

El viaje a Studio City fue especialmente incómodo.

Estaba claro que a Dolan no le gustó que le transportaran en el asiento trasero de un sedán conducido por un aguacil. Murph y Toomey no estaban entusiasmados con la idea de hacer de chóferes de dos investigadores hoscos. Y Jessie estaba molesta por casi todo.

A pesar de lo que Decker había dicho, se sentía como si tuviera tres

niñeras en el coche, con dos más en un vehículo detrás de ellas. Su "compañero" aparentemente consideraba su participación en el caso como algo simbólico. Y los alguaciles, obviamente, estaban resentidos por ser mozos altamente capacitados. Para cuando llegaron a la escena del crimen, todo el mundo estaba al límite.

Toomey encontró la casa fácilmente. Era una encantadora casa de una sola planta, de estilo español, con media docena de coches de policía y montones de cinta policial amarilla delante. También había dos camiones de televisión. Pasó por delante de todos ellos y aparcó a media manzana, donde no los verían.

—¿Cómo vamos a manejar esto? —preguntó al resto—. No podemos permitir que vean a Hunt entrando en esa casa. Si esto es obra de Thurman o Crutchfield, estarán vigilando de cerca para ver si aparece. E incluso si no es obra de ellos, no queremos que su cara salpique todas las noticias.

Jessie esperó a ver si alguno de ellos sugería la solución obvia. Cuando nadie lo hizo, ella habló.

—Ve a la parte de atrás —indicó—. No había camino de entrada. Eso significa que hay acceso al garaje desde el callejón. Estará cerrado para los equipos de televisión y, de todos modos, no podrán entrar con esas furgonetas tan anchas. Deberíamos poder entrar sin que ninguna cámara se acerque.

Nadie parecía tener ninguna objeción, así que Toomey volvió a poner en marcha el coche e hizo lo que ella le recomendó. Llamó por radio a los demás aguaciles para comunicarles el plan y les aconsejó que permanecieran en la calle principal.

Efectivamente, el estrecho callejón estaba bloqueado por coches patrulla en ambos extremos. Se detuvieron y se bajaron. Murph y Dolan mostraron sus placas al agente más cercano, que les dejó pasar sin pedirles una identificación ni a Toomey ni a Jessie, que se resistía a revelar su identidad a nadie, ni siquiera a un policía.

Atravesaron la puerta trasera y subieron los escalones del porche hasta la entrada, donde otro agente les pidió la identificación. Se mostró menos reacio a dejarles pasar sin ver la de todos. Pero Dolan se inclinó y susurró algo que Jessie no pudo oír al agente, que asintió y se apartó para dejarles pasar.

Cuando atravesaron la puerta, Jessie trató de bloquear todas las molestias de la mañana y concentrarse en su entorno. Ahora estaba en

un caso y la víctima, fuera quien fuera, merecía toda su atención.

La puerta trasera se abría a la cocina, que era contemporánea y estaba bien equipada con todos los electrodomésticos más modernos. De hecho, todo parecía tan impecable que sospechaba que todo había sido renovado en los últimos seis meses. Algo en el lugar le recordaba a las flamantes Súper Mansiones de todas esas nuevas parejas adineradas de Orange County, donde había vivido brevemente antes de saber que su ahora ex marido, Kyle Voss, era un sociópata violento.

—¿Quién vive aquí? —preguntó sin dirigirse a en particular.

Un agente uniformado de aspecto joven y pelo rubio arenoso que estaba en la esquina la escuchó y se acercó.

—Creía que los detectives habían terminado —dijo.

—El FBI está ayudando —intervino Dolan, mostrando su placa y mirando la etiqueta con el nombre del joven policía—. ¿Qué puede decirnos, agente Martin?

—Sí, señor —respondió Martin—. La casa está alquilada por dos mujeres. Gabrielle Cantu y Claire Stanton. Stanton es la víctima. Tenía veintitrés años. Fue encontrada esta mañana temprano por Cantu y su acompañante.

—¿Dónde está Cantu ahora? —preguntó Jessie.

—En casa de su cita —respondió el oficial Martin—. Vive justo al otro lado de la colina de Mulholland Drive. No tiene familia en la ciudad, así que dijo que la dejaría quedarse allí hasta que se sintiera mejor. Obviamente no se siente cómoda volviendo aquí pronto.

—¿Dónde se encontró el cuerpo de Stanton? —preguntó Dolan.

—En el baño —dijo Martin—. Les mostraré.

Mientras los guiaba por el pasillo, Jessie se dio cuenta de que los alguaciles Murph y Toomey mantenían las distancias. Parecían menos interesados en las minucias del caso que en observar a todos los demás —oficiales, personal de la escena del crimen— en la casa. Incluso en una casa llena de agentes de la ley, todos eran considerados amenazas potenciales para el protegido, en este caso, ella.

Se preguntó a qué clase de negocio se dedicaban Gabrielle y Claire para poder permitirse el lujo de alquilar un lugar así a sus veintitantos

años. Suponía que ambas podrían ser asociadas en bufetes de abogados con zapatos blancos.

Pero su experiencia en este trabajo hasta ahora le decía que era más probable que fueran modelos o hijas de fondos fiduciarios. También podrían ser actrices. Y aunque era un estereotipo, el hecho de que vivieran en el valle de San Fernando aumentaba las posibilidades de que fueran artistas de la variedad adulta.

El salón tenía una televisión de pantalla gigante con altavoces de sonido envolvente, sofás de cuero y un bar. Cuando entraron en el vestíbulo de los dormitorios, Jessie observó que no había mucho que decir en cuanto a arte. Había juguetes y tecnología, pero nada que sugiriera que las residentes tuvieran una inversión a largo plazo en el lugar.

Cuando llegaron al primer dormitorio, el oficial Martin se detuvo.

—Esta era la habitación de Claire Stanton —dijo—. El baño conecta con el dormitorio de la otra chica. Así es como la encontró. Stanton estaba en la bañera.

—¿El equipo de la escena del crimen ha terminado ahí? —preguntó Jessie—. ¿Está bien si entramos?

—Sí. El cuerpo ya ha sido transportado. Puedo hacer que el investigador principal del CSU les envíe un mensaje de texto con las fotos si quieren.

—Por favor —dijo Jessie, entrando en el baño.

Puede que el cuerpo hubiera desaparecido, pero los restos de la carnicería permanecían presentes. Aunque el resto del cuarto de baño no parecía afectado, la bañera, una antigua de tipo independiente situada en el centro de la habitación, estaba cubierta de sangre, gran parte de la cual se había acumulado en un charco oscuro y viscoso cerca del desagüe.

Mientras Jessie estudiaba la escena, las fotos del CSI aparecieron en su teléfono. Las sacó mientras Dolan, que había recibido el mismo mensaje, hacía lo mismo en el suyo.

En la primera toma amplia, se veía el cuerpo de Claire Stanton tendida en la bañera, boca arriba, con un brazo extendido sobre el borde. Tenía los ojos abiertos y la sangre se extendía desde su cuello, cubriendo su pecho y gran parte de su rostro.

A pesar de ello, Jessie podía decir que la chica era hermosa, incluso más que los cientos de guapas aspirantes a trasplantes de Hollywood. Rubia y menuda, con extremidades tonificadas y bronceadas, parecía la animadora principal de una gran universidad.

Otras fotos mostraban primeros planos de su cuello y de los daños sufridos. Aunque era difícil decir con certeza, a primera vista las heridas parecían demasiado irregulares y ásperas para ser causadas por la mayoría de los cuchillos. Si Jessie tuviera que adivinar, parecía más el resultado de un destornillador o...

—Llaves —dijo Dolan.

—¿Qué? —dijo el oficial Martin desde la esquina de la habitación.

—Estas heridas en el cuello... parece que alguien la perforó con unas llaves largas. ¿La gente de la escena del crimen tenía alguna conjetura?

—No estaba cerca cuando evaluaron la escena, agente —admitió.

—Creo que tienes razón —dijo Jessie—. Las marcas de pinchazos parecen haber llegado en diferentes ángulos y aterrizado a diferentes profundidades, casi como si el asaltante estuviera agarrando múltiples llaves y se las clavara todas al mismo tiempo.

—No sabía que estuvieras entrenada para el análisis de la escena del crimen —dijo Dolan, con los ojos levantados con escepticismo.

—No lo estoy. Pero sí estoy capacitada para ver lo que está delante de mí —replicó ella—. Además, tengo algo de experiencia en ataques con cuchillos. Y lo que es más importante, estoy entrenada en comportamiento psicológico. Y basándome en las imágenes preliminares que hay aquí, diría que es probable que estemos ante un crimen pasional y no ante un asalto planeado de antemano.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Dolan, sin discutir.

—Es difícil imaginar que alguien que planea por adelantado elija las llaves como método de ataque. Es demasiado desordenado y no es algo seguro en términos de efectividad. Esto parece más improvisado.

—¿Un crimen pasional? —repitió Dolan burlonamente.

—Es un cliché, pero sí.

—Eso no apoya mucho la teoría de que esto fuera obra de Crutchfield o Thurman —señaló—. Por lo que tengo entendido, ambos son bastante meticulosos.

—Estoy de acuerdo en que lo hace menos probable.

—¿Cuándo entró la llamada? —preguntó Dolan, volviendo su atención al oficial Martin.

—Un poco después de las dos de la mañana. Cantu y su cita habían vuelto de una noche de fiesta. Entró en el baño y la encontró allí. El tipo, de nombre Carter Harrington, llamó al nueve-uno-uno.

Dolan recorrió el baño durante unos segundos más, con cara de aburrimiento.

—Creo que ya hemos averiguado todo lo que podemos aquí por el momento —dijo, volviéndose hacia Jessie—. ¿Qué te parece si hacemos una visita a Gabrielle Cantu y vemos si nos puede dar un poco de color?

Jessie asintió. Podía percibir que él intentaba hacer avanzar las cosas. Si este caso no estaba relacionado con uno de sus asesinos en serie más destacados, estaba claro que quería establecerlo rápidamente para poder deshacerse del caso y de ella.

Aunque le pareció frío, Jessie no podía culparlo. Él buscaba asesinos en serie, no víctimas de torpes apuñalamientos con llaves. Y, aunque se resistía a admitirlo, ella también lo hacía.

CAPÍTULO CINCO

Fuera lo que fuera lo que hacía la cita de Gabrielle, Carter Harrington, para ganarse la vida, estaba bien pagado. El expediente que leyó de camino solo lo identificaba como "inversor de mercado", lo que podía significar prácticamente cualquier cosa. Su mansión cerrada en Briar Summit Drive, justo al lado de Mulholland Drive, tenía tres pisos con vistas al valle de San Fernando y a la zona oeste de Los Ángeles. Después de que les abrieran la puerta, el coche con Jessie, Dolan, Murph y Toomey bajó por el largo camino de entrada hasta el círculo de estacionamiento frente a la casa. Los demás aguaciles se quedaron fuera de la propiedad en su vehículo.

Carter Harrington salió a recibirlos. A punto de cumplir los cuarenta años, con algunas canas y un físico en forma que sugería que tenía mucho tiempo para hacer ejercicio, Harrington iba vestido de forma informal con un polo, pantalones de color canela y sandalias. Sonreía, pero en sus ojos rojos y apagados se notaba que había estado despierto toda la noche.

—Carter Harrington —dijo, extendiendo la mano a Jessie primero y a Dolan después—. Siento conocerlos en estas circunstancias.

—Por supuesto —dijo Jessie—. Soy Jessie Hunt, de la policía de Los Ángeles, y él es Jack Dolan, del FBI. Gracias por acceder a vernos tan rápido.

—¿El FBI? —repitió Harrington, claramente sorprendido—. ¿Y los detectives con los que hablé en la casa?

—Oh, siguen siendo el equipo principal de la investigación —dijo Dolan con displicencia—. Pero estamos tratando esto como un caso multijurisdiccional. No es tan inusual.

Harrington pareció aceptar esa respuesta, aunque para la mente de Jessie, era una respuesta completamente sin sentido, lo cual era probablemente la razón por la que Dolan lo dijo.

—¿Dónde está la señorita Cantu? —preguntó ella.

—Oh, claro —dijo él, como si recordara por qué estaban allí en primer lugar—. Gabby está en el estudio, viendo la televisión. Se ha tomado

una dosis de Zoloft para calmar los nervios, pero está despierta. Puede que hayan llegado en el momento ideal. Está consciente pero no agitada.

—Genial —respondió Dolan—. Quizá pueda darnos su versión de los hechos mientras vamos.

—Claro —aceptó Harrington, antes de darse cuenta de que solo Murph se unía a ellos mientras Toomey se quedaba junto al coche.

—Um, ¿qué pasa con tu amigo de allí? —preguntó.

—Oh, está aquí como apoyo moral —dijo Dolan, con la cara seria—. No le haga caso ni a él ni a ese otro compañero. Hunt y yo nos encargamos de los detalles.

—De acuerdo —dijo Harrington, conduciéndolos a la casa sin presionar, aunque obviamente estaba perplejo por todo el asunto.

—Entonces —dijo Jessie, tratando de hacerles pasar ese bache en el camino—. ¿Qué estaba haciendo en la casa anoche?

—Claro. Eso —dijo, sonando repentinamente incómodo mientras caminaba por el pasillo con paneles de madera frente a ellos—. Gabby y yo habíamos salido esa noche. Era nuestra primera cita y fuimos a bailar a algunos clubes. Me invitó a su casa y le dije que sí. Yo estaba... instalándome en su dormitorio mientras ella iba al baño por un minuto. De repente la oí gritar y entré corriendo. Encontré lo mismo que sus colegas. Su compañera de cuarto estaba tirada en la bañera. Llamé al nueve-uno-uno de inmediato. Salimos al salón y nos quedamos allí hasta que llegó la ayuda.

—¿No había conocido a Claire antes? —preguntó Dolan.

Harrington se detuvo en la entrada de una gran habitación que Jessie supuso que era el estudio. Podía oír el sonido de la televisión de fondo.

—No. Ni siquiera sabía que Gabby tenía una compañera de casa. Como dije, era nuestra primera cita. Solo nos habíamos enviado mensajes de texto y hablado por teléfono antes de eso.

—¿Cómo conoció a Gabby? —preguntó Jessie, tratando de sonar lo más casual posible.

—A través de un sitio de citas —respondió simplemente.

«¿Lo sabe tu mujer?»

Jessie estuvo tentada de hacer la pregunta en voz alta, pero decidió dejarla para más tarde, por si la necesitaba. El círculo de piel pálida en el dedo anular de Harington, que por lo demás estaba bronceado, sugería que se había divorciado recientemente o que se había quitado el anillo para la ocasión.

—¿Quiere hacer las presentaciones? —preguntó Dolan—. No queremos asustarla irrumpiendo en la sala.

—Claro —dijo Harrington, conduciéndolos a la cavernosa guarida con su techo abovedado y sus ventanas de cristal del suelo al techo.

—Gabby —dijo con voz firme pero suave—. Hay algunas personas que quieren verte.

Una mujer tumbada en la tumbona asomó la cabeza. Aunque parecía agotada y sus ojos estaban rojos por lo que Jessie sospechaba que eran horas de llanto, seguía siendo impresionante. Más exótica y sensual que el aspecto americano de Claire, tenía una larga melena oscura que caía en cascada sobre sus hombros. Al sentarse, Jessie vio que tenía el tipo de cuerpo voluptuoso que podría hacer que alguien como Carter Harrington escondiera su anillo de bodas.

—¿Quiénes son? —preguntó, medio asustada, medio desafiante.

—Me llamo Jessie, Gabby —respondió Jessie amablemente, tomando la iniciativa—. Él es Jack. Formamos parte del equipo que investiga lo ocurrido anoche. Sabemos que ya has respondido a algunas preguntas, pero tenemos algunas más para ti. ¿Crees que estás preparada para ello?

—Supongo —dijo Gabby de mala gana.

—Gracias —dijo Jessie, acercándose y sentándose en el sofá más cercano a la tumbona—. Intentaremos ser breves. Sé que debes estar agotada.

Gabby asintió, y luego miró hacia la esquina de la habitación.

—¿Quién es ése? —preguntó, apuntando al alguacil que se había colocado entre la entrada del estudio y el pasillo que acababan de atravesar.

—Él es Murph —dijo Jessie—. No es un gran hablador. Pero es muy

inteligente. Se limitará a escuchar. Jack y yo haremos las preguntas. ¿Por qué no te sientas, Jack?

Le dirigió a Dolan su mejor mirada de "siéntate, la estás asustando". Y, pareciendo entenderlo, lo hizo.

—Entonces, empecemos con esto, Gabby —comenzó Jessie—. ¿Sabes si alguien ha amenazado a Claire recientemente? ¿Tal vez un ex o un compañero de trabajo con el que hubiera tenido una discusión?

Gabby se sentó en silencio por un momento, buscando en su memoria.

—No que se me ocurra —dijo finalmente—. Era un encanto. Era difícil que alguien se enfadara de verdad con ella.

—¿De verdad? —Insistió Jessie—. Una chica bonita como ella... me imagino que habrá tenido que lidiar con la decepción de algunos pretendientes.

—Tal vez. Supongo. Pero ella era muy buena para dejar ir fácilmente a los chicos. Como ayer, la escuché en el teléfono, diciéndole a alguien que no podía verlo más. Ella fue realmente gentil al respecto.

—Entonces ella tuvo una disputa recientemente —señaló Dolan.

—Oh, sí, supongo —dijo Gabby, pareciendo darse cuenta solo ahora de que la llamada encajaba con el perfil que Jessie había descrito.

—¿Con quién estaba hablando? —preguntó Jessie rápidamente, sin querer que el ambiente se volviera demasiado acusador.

—No lo sé. La otra voz en la línea era fuerte. Pero yo estaba en otra habitación. No quería que Claire supiera que estaba escuchando. ¿No pueden ustedes rastrear ese tipo de cosas?

—Sí, podemos, Gabby —dijo Jessie tranquilizadoramente—. ¿Qué más puedes contarnos sobre la pasada noche?

—Ya les conté a los otros detectives sobre la cita que tuvo esa noche. Normalmente guardaba todos los detalles en su teléfono.

—¿Es posible que llevara a su cita a la casa, como tú hiciste con Carter? —preguntó Jessie.

—Lo dudo —dijo Gabby, acomodándose un poco más en el sillón. Parecía que se estaba desvaneciendo un poco.

—¿Por qué no? —preguntó Jessie.

—A ella no le gustaba llevar a los chicos a nuestra casa. Si se sentía... amigable, normalmente iba a la suya. No le gustaba que la gente supiera dónde vivía. Tuvo algunas malas experiencias, ¿sabes?

—En realidad —dijo Dolan, pareciendo molesto—, no lo sabemos. Pero parece exactamente el tipo de pensamiento que querríamos perseguir. ¿Puede darnos algún nombre?

—No me viene ninguno a la cabeza —dijo Gabby, sin darse cuenta de que se estaba contradiciendo repetidamente—. En realidad yo no seguí la pista de sus citas a menos que mencionara un nombre varias veces. Supuse que si no era lo suficientemente importante para ella, tampoco necesitaba memorizarlo.

Jessie tuvo la sensación de que había suficientes “citas” entre las dos como para que seguir la pista de los nombres fuera un reto. Miró a Carter Harrington, que movía el peso de sus pies de un lado a otro de forma incómoda, como si la conversación se adentrara en un terreno que prefería evitar. Estaba debatiendo si este era el momento de ir a esos lugares cuando Dolan intervino.

—Señora Cantu —dijo, abandonando cualquier pretensión de calidez —, está bastante claro que nos está ocultando algunas cosas. No sé si lo sabe, pero mentir a un agente federal es un delito.

El corazón de Jessie se hundió. La chica ya era frágil, y amenazarla parecía contraproducente

—No estoy mintie... —empezó a insistir Gabby.

Dolan la cortó.

—Incluso decir que no miente podría interpretarse como una mentira —señaló—. Está claro que hay algo entre sus citas y las de Claire que se está guardando de compartir con nosotros. Lo entiendo. No quiere incriminarse. Pero la cuestión es que, de todos modos, lo vamos a descubrir todo, en algún momento. Las únicas preguntas son: si será antes o después, y si usted será de ayuda o no. Si es antes y nos ayuda, podemos ser muy complacientes. Si es después y no nos ayuda, podemos ser muy duros.

Gabby parecía aterrorizada. Jessie trató de calmar un poco las cosas sin pisar demasiado a Dolan. Decidió no jugar al policía bueno sino al policía menos aterrador.

—Gabby, tu ayuda, en este momento, podría ser la diferencia entre que atrapemos a quien le hizo esto a Claire o no. Cada segundo que estamos en la oscuridad es otro segundo que su asesino tiene para ocultar su participación y cubrir sus huellas. No quieres ser responsable de eso, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Y tampoco quiere enfrentarse a cargos por obstruir una investigación federal —añadió Dolan contundentemente.

—No —susurró Gabby.

—Entonces, escuchémoslo —exigió él.

—No hemos infringido ninguna ley —insistió ella lastimeramente—. Simplemente... salimos con muchos chicos. La mayoría de los tipos son mayores, a veces casados.

—¿Son acompañantes? —preguntó Dolan, negándose a hacerse el simpático.

—¡No! —dijo ella rotundamente—. Solo dejamos que nos compren cosas. De vez en cuando, nos toca el premio gordo y uno de ellos se convierte en un... ¿has oído alguna vez el término "viejo rico"?

—Sí —respondió Dolan, manteniendo admirablemente la condescendencia fuera de su voz esta vez.

—Bueno, eso es lo que buscamos —dijo antes de volverse hacia Harrington y añadir— sin ánimo de ofender.

—Créeme —dijo Jessie—, nada de esto le sorprende. Sabía a lo que se apuntaba. Continúa.

—Así que cuando una de nosotras encontraba un viejo rico, normalmente accedía a ayudarnos a pagar el alquiler y otras cosas por el estilo. A veces eso podía durar unas semanas. A veces se prolongaba durante meses. Generalmente rotábamos a los chicos que entraban y salían. Pero a veces se convertía en algo más. Una de nosotras se convertía en una especie de amante profesional por un tiempo. Eventualmente, lo dejábamos cuando se volvía aburrido. Casi siempre se volvía aburrido. A veces él lo terminaba, generalmente si pensaba que su esposa podría descubrirlo.

—¿Cómo podría enterarse su esposa? —preguntó Jessie, intuyendo la

respuesta—. Y recuerda lo que dijo el agente Dolan sobre mentir al FBI.

—Es posible que yo o Claire le dijéramos al tipo que su mujer debería saber la verdad. Normalmente eso los asustaría. A veces incluso nos daban un poco más para asegurarse de que nos mantuviéramos calladas.

—Eso se llama extorsión —señaló Dolan.

—¿Eso es qué? —dijo Gabby, genuinamente despistada.

—¿No querías mantener la relación? —preguntó Jessie rápidamente, sin querer complicarse con cuestiones secundarias—. ¿Tal vez esperar que el tipo dejara a su mujer por ti?

—¿Estás bromeando? —preguntó Gabby, sonando casi insultada—. Tengo veintitrés años. No estoy preparada para sentar la cabeza. De esta manera obtengo todos los beneficios, pero todavía puedo ir de fiesta sin estar en la correa de alguien. El objetivo de todo esto es divertirse sin tener que trabajar demasiado para ello. Es decir, tal vez siente la cabeza cuando sea mayor, como a los veintiséis años o algo así. Pero por ahora, quiero pasármelo bien.

Hubo un largo silencio en la habitación. Nadie parecía saber cómo reaccionar ante aquella bomba de honestidad. Jessie trató de hacerse a la idea de que en la mente de Gabby, con casi treinta años, era una persona mayor.

—¿Cómo encuentras a estos tipos? —logró preguntar finalmente.

—Hay una página web. Se llama “El Look of Love” o “LOL” para abreviar. Ayuda a los hombres mayores ricos a encontrarse con chicas jóvenes y simpáticas para tener citas. Lo que pase después es cosa de ellos.

—¿Creaste un perfil en el sitio? —Jessie presionó.

—Sí, así los chicos pueden encontrar chicas que son de su tipo. Y permite que el sitio haga un control de seguridad de los chicos.

Jessie y Dolan miraron a Harrington, que se había retirado a la esquina del estudio y miraba por una de las enormes ventanas que daban a Santa Mónica.

—¿Habéis pasado uno de esos controles? —le preguntó Dolan.

Harrington se dio la vuelta, suspiró profundamente y volvió a acercarse a ellos.

—Sí —admitió.

—¿No le preocupaba que este sitio web le tuviera fichado como cliente? —quiso saber Jessie.

—Me enteré a través de un amigo que lo avaló. Conoce a la persona que dirige el sitio, así que hay cierta responsabilidad. Además, es un círculo bastante exclusivo. Hay unos quince o veinte clientes y menos de cien chicas. Es en el interés de todos mantener las cosas en secreto.

—Necesitaremos el nombre del operador del sitio —le dijo Jessie.

Harrington tenía un aspecto sombrío.

—Pero como dijo Gabby —se resistió—, no hay nada ilegal en ello. Solo es un servicio de citas muy exclusivo.

—No pretendemos cerrarlo —le aseguró Jessie, aunque la idea era atractiva—. Solo necesitamos acceder al perfil de Claire y a su historial de citas.

—¿Mencionarán que obtuvieron la información de mí? —se quejó.

—Solo si es necesario —dijo Dolan, mostrando lo que Jessie consideraba más deferencia hacia él que hacia Gabby.

—No se preocupe —añadió ácidamente—. Debería poder mantener esto oculto a su mujer, al menos hasta el juicio.

—¿Qué? —preguntó él, genuinamente horrorizado.

—Señor Harrington —dijo ella, sabiendo que estaba disfrutando de esto más de lo que probablemente debería—, cuando atrapemos a este tipo, se enfrentará a un juicio. Usted tendrá que testificar en un tribunal abierto. Así que sería conveniente que pensara en cómo vas a explicar su “cita” a la señora Harrington. Tal vez deba llamarla antes de que regrese de cualquier viaje prolongado en el que esté ahora, el que le tiene tan cómodo haciendo desfilar a Gabrielle. Le deseo suerte.

CAPÍTULO SEIS

Jessie se quedó boquiabierta.

—¿Puedes repetir eso? —preguntó incrédula.

—Ya me escuchaste —dijo Dolan mientras se encontraban en la entrada de la mansión de Harrington—. Ahora que el caso está cerrado, me dirijo a la comisaría.

—El caso no está cerrado —le recordó ella—. Hay un asesino con las llaves manchadas de sangre por ahí en alguna parte.

—Eso no me concierne —dijo Dolan con indiferencia—. El caso está cerrado en cuanto a Crutchfield y Thurman. Está claro que quienquiera que haya hecho esto, no fue uno de ellos. Y como estoy tras esos dos, este caso está oficialmente en el fondo. Además, los detectives de North Hollywood pueden manejar esto muy bien. Pueden obtener los nombres del sitio de citas y averiguar quiénes de ellos no tienen coartada. Apuesto a que este asunto se resuelve en doce horas, sin ayuda de nosotros.

Jessie sabía que tenía razón. Los detectives originales, a los que ni siquiera había conocido, eran probablemente más que capaces de trabajar en este caso. Y ya no parecía haber ninguna conexión con ninguno de los asesinos en serie con los que estaba relacionada. Eso hacía difícil justificar el seguir persiguiendo al asesino.

Pero ella realmente quería hacerlo. No todas sus razones eran altruistas. Una de ellas era simplemente la emoción de la persecución. Después de haber estado escondida en la casa del WITSEC durante días, no había podido satisfacer ese deseo. Ahora que le había cogido el gusto a la caza, no podía apagar ese instinto.

También sabía que si el capitán Decker estaba de acuerdo con Dolan en que este caso no tenía ninguna conexión con ninguno de los dos asesinos en serie, sus cacareados conocimientos internos y sus habilidades forenses quedarían sin efecto. En primer lugar, solo se le permitió seguir este caso porque parecía que podía tener una visión especial del asesino. Si eso ya no era cierto, entonces no había razón para que estuviera allí. Y eso significaba probablemente que la enviarían de vuelta a esa aburrida casa de Palms y que se esperaría

que pasara interminables horas junto a la piscina, lo que agotaría su alma. Cualquier cosa que pudiera evitar ese resultado valía la pena.

Por último, independientemente de su propia situación, estaba la chica. Había visto la cara de Claire, tan joven y hermosa, congelada en una máscara de miedo. Había visto las horribles perforaciones que habían convertido su cuello en un desastre pulposo. Que ella no fuera la víctima de un asesino en serie no significaba que Claire Stanton no tuviera derecho a la justicia. Si Jessie podía ayudar a que eso sucediera, tenía la obligación de hacerlo. No podía dejar pasar el caso si no le convenía. Así que mintió.

—Todavía no sabemos si esto no es obra de Crutchfield o Thurman —dijo finalmente, haciendo que incluso Murph y Toomey se giraran sorprendidos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Dolan con incredulidad—. Este asesinato no tiene ninguna de las señales de ninguno de ellos.

—Ninguna de las señales evidentes —dijo ella con una convicción impresionante—. Pero estos dos hombres son inteligentes. Sabrían que el uso de sus métodos habituales les delataría. El uso de llaves como arma homicida les permitiría a cualquiera de ellos satisfacer ese impulso asesino sin revelar su participación. En realidad, sería una jugada inteligente para desviar las sospechas, lo cual parece estar funcionando con usted en este momento.

Dolan la miró con una mezcla de desconcierto, frustración y una pizca de admiración.

—¿De verdad intentas venderme la idea de que Thurman o Crutchfield, siendo perseguidos, y uno de ellos gravemente herido, se tomaron el tiempo de viajar al valle de San Fernando y asesinar a una fiestera cualquiera con un arma que ninguno de los dos había usado antes?

Jessie sonrió amablemente ante su diatriba, sabiendo que solo lo enfurecería más.

—No tengo que venderte la idea, agente Dolan. Solo tengo que venderla a mi capitán. Eres más que bienvenido a dejar el caso y yo seguiré persiguiéndolo por mi cuenta. Como has mencionado, hay dos peligrosos asesinos sueltos, y por mi parte no pienso dejar ninguna piedra sin remover en su búsqueda. Pero tú lo haces.

—Eres realmente una verdadera fiera —dijo Dolan.

Jessie sonrió dulcemente mientras abría la puerta del coche y subía.

—Eso me han dicho.

*

La confianza de Jessie no tardó en desmoronarse.

De vuelta a la estación, mientras esperaba para hacer su presentación al capitán Decker, algo estaba pasando. Nadie dijo nada, pero ella podía sentir una energía elevada en el aire.

Se preguntó si había surgido una pista más creíble en la búsqueda de alguno de los dos hombres, lo que hacía que su cuestionable argumento para seguir con el caso Stanton no fuera convincente. Si fuera así, no tenía un plan de respaldo. Fuera lo que fuera, era grande. La llevaron a la misma sala de conferencias aislada, donde esperó con Murph durante veinte minutos sin incidentes. Dolan había desaparecido.

—¿Sabes lo que está pasando? —le preguntó a Murph.

Él la miró, ligeramente satisfecho por su malestar.

—¿Cómo voy a saber algo? —preguntó—. He estado atrapado aquí contigo.

—Tienes ese auricular —señaló ella—. Estoy segura de que estás recibiendo actualizaciones.

—No puedo ayudarte —contestó él, aparentemente disfrutando de estar en una posición más dominante después de varias horas de ser su chofer personal glorificado. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entraron Decker y Dolan.

—Se ha producido un avance —dijo el capitán sin preámbulos.

Jessie se dio cuenta inmediatamente de que, fueran cuales fueran las noticias, no eran buenas. El rostro de Decker, ya muy delineado, estaba aún más arrugado que de costumbre y parecía reacio a establecer contacto visual. De alguna manera, sabía que la noticia estaba relacionada con ella. Decker parecía dudar en continuar. Detrás de él, Dolan parecía aún más taciturno que de costumbre.

—Adelante, capitán —dijo ella, armándose de valor—. Puedo soportarlo.

—Hemos encontrado a Ernie Cortez.

Eso debería haber sido una gran noticia. Ernie era el oficial de seguridad del DNR que mató a sus compañeros y ayudó a Bolton Crutchfield a escapar. Si fue localizado, podrían tener por fin una pista sobre la ubicación de Crutchfield. Pero el comportamiento de ambos hombres sugería que no debía emocionarse demasiado.

—Presiento que hay más —dijo ella.

—Está muerto —suspiró Decker.

—¿Ataque al corazón? —preguntó Jessie con escepticismo, tratando de mantener a raya el pánico que sentía.

Dolan se adelantó.

—Lo encontraron en el contenedor de un callejón a unas seis manzanas de aquí. El hombre estaba destripado desde el esternón hasta la pelvis. Sus entrañas estaban al lado del contenedor. Así es como lograron encontrarlo.

Jessie cayó en su silla, tratando de procesar la noticia. Crutchfield había cultivado en secreto a Ernie durante años, básicamente seduciéndolo. Había funcionado tan bien que Ernie había matado voluntariamente a media docena de sus propios compañeros de trabajo al servicio de un asesino en serie. Y ahora Crutchfield había prescindido de él de forma brutal y sin contemplaciones.

«¿Por qué? ¿Ernie lo había decepcionado o enojado de alguna manera? ¿Se había vuelto contra su amo?»

Pero ella sabía que esa no podía ser la razón principal. Si lo fuera, no habría dejado el cuerpo tan cerca del lugar donde sabía que trabajaba Jessie. Era un mensaje para ella.

—¿Qué están ocultando? ¿Cuál es la parte que temen contarme?

Los dos hombres se miraron. En la esquina de la habitación, Murph estudiaba llamativamente sus zapatos.

—Dejó una nota —dijo finalmente Decker—. Estaba doblada en un cuadradito y metida en una pequeña bolsa de plástico, que estaba

clavada en el paladar de Cortez. La nota iba dirigida a ti.

—Por supuesto —dijo Jessie, más resignada que sorprendida—. ¿La tienes contigo?

—Está con los forenses ahora. Pero la hemos escaneado.

—¿Puedo verla? —preguntó Jessie.

Decker asintió y sacó la imagen en su teléfono, luego se la entregó. Inmediatamente reconoció la letra de Crutchfield, un descubrimiento que no sabía cómo lidiar. La nota era más corta y directa de lo que ella esperaba, con solo un poco del lenguaje florido que el hombre solía utilizar. Decía:

Señorita Jessie,

Espero que esta correspondencia le encuentre bien. Me disculpo por el método de entrega. Sé que le gustaba Ernie, aunque sospecho que ese afecto ha disminuido últimamente. Pensé que querría saber que recientemente tuve una reunión con su padre. Le preocupaba que mi lealtad hacia él se viera comprometida por el tiempo que pasé con usted. ¡Qué acusación! Pero él está superando eso. Anticipo que pronto estará lo suficientemente recuperado de sus heridas para intentar otra reunión con usted. Prepárese para verlo en breve. Debería ser un encuentro matador. ¡Que prevalezca el Thurman más fuerte!

Respetuosamente,

Bolton

Jessie levantó la vista para ver a los tres hombres de la sala mirándola fijamente, esperando su reacción. Sabía que cualquier indicio de aprensión reforzaría su inclinación colectiva a devolverla a la casa segura inmediatamente. Así que la reprimió.

—Si no fuera un asesino brutal, diría que el tipo tiene un futuro escribiendo para Hallmark. Realmente tiene una habilidad con las palabras, ¿no creen?

—Está bien estar inquieta —respondió Decker, ignorando su bravuconería—. A mí me inquieta.

—No estoy inquieta —insistió Jessie, sin estar segura de lo convincente que era—. Si alguien entiende cómo operan estos tipos, soy yo. Tengo dos asesinos en serie fijados en mí, uno de los cuales es mi propio padre. Si hubiera dejado que eso me afectara, ahora estaría hecha un ovillo. En realidad veo esto como algo bueno.

—¿Cómo es eso? —Dolan la desafió.

«Sí, ¿cómo es eso, Jessie?»

—En primer lugar, Ernie está fuera del juego ahora. Es un psicópata menos del que tengo que preocuparme. Segundo, a su extraña manera, creo que Crutchfield me está ayudando. Está tratando de advertirme que mi padre está casi listo para venir por mí de nuevo.

—No me queda claro que haya elegido un bando en esa lucha —replicó Decker.

—No estoy diciendo que haya elegido un bando —dijo Jessie—. Solo creo que quiere una pelea justa. Y cree que haciéndome saber que Xander Thurman está casi de vuelta a la fuerza de la caza y la matanza lo hace más justo.

Dolan se adelantó, con una expresión dudosa en su rostro.

—¿Cómo sabes que no está tratando de manipularte, de atraerte a una falsa sensación de seguridad para sacarte a la luz?

Jessie casi resopló su incredulidad.

—¿En qué mundo rebanar a un hombre, verter sus entrañas en un callejón y clavar una nota en la boca del cuerpo con un clavo me da una falsa sensación de seguridad? Sé con quién estoy tratando aquí.

—Yo también —intervino Decker—, y por eso, ahora que estamos seguros de que este caso del valle no está relacionado, te envío de vuelta a la casa segura.

El corazón de Jessie se hundió. Esto era lo que había temido. Pero apenas dejó pasar un segundo antes de responder.

—De ninguna manera —replicó ella—. Ahora que sé que el juego de la espera ha terminado, no hay ni una sola posibilidad de que vuelva a una casa de rancho en Palms a esperar que me ataquen.

Murph se revolvió ante eso.

—Haces que suene como si estuvieran esperando para descender al lugar —dijo—. Ninguno de esos hombres tiene idea de esa casa. Por eso el cuerpo fue arrojado cerca de aquí. Este es el único lugar que Crutchfield puede conectar contigo, y por eso el Servicio no quería que vinieras. Pero ahora que lo has hecho, planeamos ocultarte en la casa y mantenerte allí hasta que esto se resuelva.

Jessie podía sentir la energía en la habitación trabajando contra ella. A menos que algo cambie rápidamente, ella iba a perder esta lucha. Entonces, de la fuente menos probable que podría haber imaginado, llegó un salvavidas.

—O podemos intentar otra cosa.

Todos miraron al que habló. Era Dolan.

CAPÍTULO SIETE

Jessie se quedó con la boca abierta.

Vio que la del capitán Decker hacía lo mismo. Este malhumorado agente del FBI estaba a diez segundos de separarse de ella para siempre. Que hiciera cualquier cosa para socavar eso era soprendente.

—¿Cómo dices? —dijo Murph, igualmente aturdido.

—En realidad no puedo creer que esté a punto de decir esto, pero escúchenme —dijo Dolan—. Quizá la mejor manera de mantener a la señorita Hunt a salvo sea mantenerla en movimiento.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Decker, tratando de frenar su hostilidad hacia la idea.

—Mire, Hunt podría seguir volviendo a la casa segura por la noche. Pero ahora que sabemos que el caso Stanton no tiene nada que ver ni con Crutchfield ni con Thurman, quizá deberíamos seguir con él. Seguir las pistas e interrogar a los testigos, todo eso la llevará a lugares inesperados en momentos imprevisibles. Su paradero será prácticamente imposible de rastrear. Y todo el tiempo, tendría un agente del FBI y un pequeño ejército de alguaciles a su lado.

Decker y Murph parecían poco convencidos, pero ninguno de los dos habló. Dolan aprovechó su silencio para presionar más.

—Mire capitán —continuó—. Estoy seguro de que tiene plena confianza en todos los miembros de su comisaría. Y aguacil Murphy, sé que piensas lo mismo. Pero si Ernie Cortez estaba comprometido, alguien más de dentro podría estarlo también. Pero si estamos en constante movimiento y ni siquiera nosotros sabemos a dónde vamos después, eso hace que sea bastante difícil para un cómplice avisar a Crutchfield o Thurman. Solo significa menos agujeros que tapar.

—Correcto —dijo Jessie—. Y después de un día de movimiento constante, volvería a la casa segura, más confiada en mi seguridad y sintiendo realmente que hice una diferencia ese día.

—Y nadie sabría cuándo ocurriría eso —añadió Dolan—. Cuando nos separemos esta noche, yo no sabré a dónde va. Supongo que no conoce la ubicación de la casa más allá de que está en Palms, capitán.

Decker negó con la cabeza. Dolan se volvió hacia Jessie en ese momento.

—Por cierto —añadió con sorna—, quizá no vayas anunciando el barrio de tu piso franco a nadie que no deba conocerlo. Solo un consejo de seguridad.

Jessie sintió el impulso de darle un puñetazo en la nariz, pero se obligó a no hacerlo. Después de todo, él era la razón principal por la que ella podría no ser cortésmente encarcelada en la próxima hora.

—Gracias, agente —dijo con dulzura antes de volverse hacia el capitán Decker—. ¿Qué te parece?

Decker, a su vez, miró a Murph, que ahora sabía que se llamaba profesionalmente Aguacil Murphy.

—Sigo oponiéndome —dijo, aunque no con la firmeza que ella esperaba—. Va en contra del procedimiento y pone a la protegida en un riesgo innecesario.

Sin embargo, ella observó que él no había rechazado oficialmente la idea. Tal vez no tenía autoridad para desautorizar a su oficial superior.

Decker se inclinó hacia delante, con los brazos apoyados en la mesa de conferencias, perdido en sus pensamientos. Nadie hablaba. Finalmente, tras lo que debían ser al menos veinte segundos, levantó la cabeza.

*

Convirtieron la sala de conferencias en un despacho improvisado.

Trajeron teléfonos para que pudieran hacer llamadas. A cada uno de ellos se le entregó un portátil limpio para su uso temporal. Murph trajo a regañadientes una tercera silla ahora que estaba claro que no se irían pronto. El pobre Toomey se quedó sentado en su coche en el garaje.

El tercer alguacil, un cuarentón de baja estatura llamado Collica, con la complexión de un corredor de ultramaratón, estaba asignado a sentarse en la sala de espera de la comisaría y observar a todos los que

entraban. El cuarto miembro de su equipo de protección, un rubio alto, con el pecho de barril y corte de pelo llamado Emerson, daba vueltas a la manzana, aparcando de forma intermitente. De vez en cuando, él y Collica cambiaban de posición.

En el breve intervalo de tiempo en que se preparaba su equipo, Jessie pidió a Dolan que se uniera a ella a solas en el pasillo. Pero Murph se lo impidió, diciendo que, en cambio, él saldría fuera. En cuanto la puerta se cerró tras él, Jessie hizo la pregunta que tenía en mente.

—¿Por qué me apoyaste antes?

—¿No querías que lo hiciera? —preguntó él—. Me imaginé que estarías feliz de que lo hiciera. Estuviste a unos segundos de que te encerraran.

—Estoy feliz —dijo ella, notando que él había evitado completamente la pregunta—. Pero quiero saber por qué. Hace unas horas, estabas listo para terminar con este caso y conmigo. Ya podrías haber vuelto a tu despacho. Dudo seriamente que hayas luchado por esto debido a tu profundo respeto por mí. Entonces, ¿por qué?

—No es tan complicado —insistió, encogiéndose de hombros—. Hablaba en serio sobre cómo moverse probablemente te mantiene más segura. Y tú parecías preocuparte por esta chica. Pensé que te merecías una oportunidad de hacer justicia por ella. ¿Tiene que haber algo más que eso?

—Sí, porque no creo que te importe ninguna de esas cosas. Además, incluso si eso es cierto, no tenías que quedarte. Diablos, tú le quitaste el caso a los detectives de la División de Hollywood Norte, aunque esto no es un asunto del FBI.

—Te sorprendería saber lo que me importa —dijo, sonando genuinamente herido—. Admito que permanecer aquí en la Estación Central probablemente me mantiene más cerca de los avances en la búsqueda de estos asesinos en serie. Pero tampoco me gusta ver cómo asesinan a chicas jóvenes. No hay ninguna razón por la que no pueda trabajar en este caso contigo y mantener mis oídos abiertos por aquí.

Jessie seguía sin creérselo. Pero no estaba dispuesta a presionar demasiado por el momento. Después de todo, estaba en el caso, podía moverse en lugar de quedarse encerrada en esa casa. En lugar de ser una víctima potencial, estaba en modo perseguidor. Así lo prefería ella.

Cuando todo estaba preparado, se pusieron a trabajar. Dolan comprobó los registros telefónicos de Claire mientras Jessie intentaba acceder a su cuenta del sitio de citas. Ella estaba recibiendo empuje.

—Valoramos la privacidad de nuestros clientes —dijo oficiosamente por el altavoz la mujer de acento británico que atendía el teléfono tras escuchar la situación.

—¿Incluso cuando se trata de un asesinato? —preguntó Jessie con incredulidad.

—No importa cuál sea la situación —respondió la mujer con una frialdad fuera de lugar.

Jessie miró sus notas y encontró el nombre que Carter Harrington le había dado de la persona que dirigía la empresa.

—Déjeme hablar con Kane Sanders —dijo.

—Puedo transmitir su mensaje, pero Kane no está disponible en este momento.

Jessie sintió que la sangre en sus venas bombeaba un poco más rápido. Se esforzó por mantener la voz uniforme mientras respondía.

—Kane debería saber que a la policía de Los Ángeles no le gusta que le den gato por liebre y que es posible que haya una orden de registro en las oficinas del sitio web de Look of Love en un futuro próximo si no puede ser más complaciente.

—Y usted debería saber —replicó la mujer en el mismo tono odioso de antes— que Kane tiene un equipo legal que prescindirá rápidamente de cualquier orden judicial de este tipo. Además, debería saber que el acoso no le sienta nada bien.

De repente, Jessie se dio cuenta de que Dolan estaba de pie junto a ella.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el teléfono.

Jessie asintió.

—Señora —dijo en voz alta—, soy el agente Jack Dolan del FBI. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Darian —dijo la mujer, sonando algo menos segura de sí misma que antes.

—¿Está segura de eso, señora? —preguntó Dolan—. Porque, como puede o no saber, mentir a un agente federal es un delito.

—¿Cómo se atreve a afirmar que...?

—No me haga perder el tiempo —interrumpió Dolan, completamente imperturbable—. Creo que ambos sabemos que Kane está más que disponible. Así que deja de fastidiar.

Tras una larga pausa, Darian respondió.

—Espere un momento, por favor.

Hubo quince segundos de Muzak, después de los cuales otra voz femenina entró en la línea.

—Soy Kane Sanders. ¿En qué puedo ayudarle?

Jessie miró a Dolan, que sonreía. Se dio cuenta de lo que él debía saber todo el tiempo. Kane era Darian, sin el acento de mierda.

—Hola, Kane —respondió, sin mencionar lo que sabía—. Gracias por hacer tiempo. El asunto es el siguiente. Como estoy seguro de que Darian le informó, soy un agente del FBI. Mi compañera y yo estamos investigando la muerte de una joven que utilizó su sitio. Va a darnos acceso completo a todos sus datos hoy.

—¿Por qué demonios iba a hacer eso? —preguntó ella.

—Porque si no lo hace, yo y algunos reporteros de algunas de mis emisoras de noticias locales favoritas estaremos fuera de su dirección para una conferencia de prensa que detallará todos los detalles sórdidos de cómo funciona el sitio de citas Look of Love. Terminaremos justo a tiempo para las noticias de las seis. O, si lo prefiere, puede darnos la información que necesitamos y puedo posponer la rueda de prensa. ¿Cómo le gustaría proceder, Darian, eh, quiero decir Kane?

Hubo varios momentos de silencio. Cuando Kane respondió sonaba un poco derrotada.

—¿Tiene un bolígrafo? —preguntó.

—Sí tengo —respondió Dolan alegremente.

—Aquí están sus datos de acceso.

—No —dijo él—. Necesito acceso de administrador.

—Pero eso revelaría los nombres reales de nuestros clientes —protestó ella.

—No pretendo cerrarle, Kane —le aseguró con algo parecido a la simpatía—. Tengo entendido que su negocio, aunque censurable, no es ilegal. No pretendo arrestar a nadie por el simple hecho de usarlo, solo por asesinar a Claire Stanton.

—¿Tengo su palabra? —suplicó Kane.

—Claro —dijo Dolan—. No vale mucho. Pero si eso es lo que le hace superar el obstáculo, le doy mi palabra solemne.

Mientras Kane dictaba la información de acceso y Jessie la anotaba, Dolan salió de la sala de conferencias al vestíbulo, donde era menos probable que se escucharan sus risas.

CAPÍTULO OCHO

El sitio web era un tesoro.

Estaba lleno de material salaz sobre las predilecciones de sus clientes, muchos de cuyos nombres Jessie reconoció. Entre ellos se encontraban un conocido abogado penalista, varios directores ejecutivos, un prominente político local y varios de los principales actores de Hollywood, incluidos algunos ejecutivos, un par de directores y una estrella de cine extremadamente conocida. Según los datos del sitio, Claire se había relacionado con casi una docena de ellos en los últimos dos años.

La configuración del sitio web era en realidad bastante inteligente. Casi toda la comunicación después de registrarse inicialmente se hacía a través de la aplicación asociada. De este modo, la mensajería se mantenía en un lugar discreto, sin duda un punto de venta para estos hombres de alto perfil. Incluso en la parte de la aplicación dedicada a la mensajería, los clientes y sus posibles citas se identificaban por números en lugar de por nombres. Era una operación bastante impresionante y segura. A no ser que se encontrara con un agente del FBI insistente.

El intercambio de mensajes más prometedor para Jessie era uno del miembro #401B22, que resultó ser el concejal de West Hollywood, Milton Jerebko. Era de hace dos días.

En él, Claire —miembro 62W3— amenazaba abiertamente con hacer pública su relación. El motivo no estaba claro. Pero había provocado una fuerte reacción de Jerebko. Después de un irritante ir y venir, su mensaje final decía: Haz esto y acabaré contigo. Parecía que merecía la pena comprobarlo.

Tras comprobar que Jerebko trabajaba desde su casa ese día, el grupo, o los Cuatro Mosqueteros, como Dolan había empezado a llamarlos, se apiló en el coche del Servicio de Alguaciles. El trayecto hasta la casa de Jerebko en las colinas de West Hollywood duró más de media hora, lo que permitió a Dolan informar a Jessie de lo que había averiguado en los registros telefónicos de Claire, que era: no mucho.

—Enviaba mensajes de texto todo el tiempo, pero casi nunca hacía llamadas —señaló—. Y las que hacía eran sobre todo para servicios de

entregas. Casi nunca hablaba con nadie.

—Estos niños de hoy en día —dijo Jessie con su mejor voz de anciano.

—Hay varias llamadas desde y hacia teléfonos públicos en las últimas semanas —continuó, fingiendo no oírla—. Eso parece extraño para una chica tan moderna.

—¿El mismo teléfono público siempre? —preguntó Jessie, repentinamente interesada.

—No. Cada llamada es en un lugar diferente. Pero todas están en la misma zona, a este lado de las colinas, a lo largo del corredor que va desde Hollywood al oeste hasta Beverly Hills.

—Justo la zona por la que viajaría nuestro amistoso concejal de barrio —señaló Jessie.

—Cierto —reconoció Dolan— pero parece extraño que se comunicaran de esa manera cuando ya estaban siendo tan directos a través de la aplicación.

—Quizá habían acordado términos financieros y él quería una capa extra de seguridad para esa charla —especuló Jessie.

—O podría ser algo completamente no relacionado —respondió Dolan —. Tal vez Claire compraba sus drogas a un traficante al que le gustaba estar en movimiento.

—Así que tu teoría es que, de la nada, Claire se convirtió en una adicta que coordinaba sus recogidas a través de un teléfono público.

—La adicción puede ocurrir rápidamente —replicó Dolan.

Jessie era escéptica pero no estaba de humor para discutir sobre ello.

—Supongo que el informe toxicológico preliminar ayudará con eso —dijo—. Deberíamos tenerlo más tarde hoy.

Desde el asiento delantero, Jessie oyó un suave gruñido de Murph. Dolan también lo oyó claramente.

—¿Tienes alguna idea sobre el asunto, alguacil Murphy? —preguntó.

—No es mi área —respondió Murph.

—Y sin embargo, tienes ideas. Me encantaría escucharlas.

Murph se quedó quieto por un momento, aparentemente debatiendo si participar. Jessie se dio cuenta de que tenía ganas de hacerlo. Un segundo después lo hizo.

—No soy un investigador, pero dudo que sea una adicta. Las fotos de su habitación, incluso las de las fiestas nocturnas, nunca la mostraban con los ojos nublados o fuera de control. Tenía medallas de múltiples carreras de resistencia enmarcadas en su pared y un dorsal de la maratón de Los Ángeles en su tocador. Eso fue hace solo unas semanas. Es difícil imaginar que de repente se metiera de lleno en las drogas al mismo tiempo que entrenaba y completaba una carrera de cuarenta kilómetros. Supongo que todo es posible. Pero ella no me pareció de ese tipo.

Tanto Jessie como Dolan se sentaron en el asiento trasero en silencio, reflexionando sobre lo que había dicho. Jessie se reprendió en silencio por no haberse dado cuenta de toda la parafernalia relacionada con las carreras que había en la casa. Era un recordatorio de que todavía tenía mucho que aprender en este trabajo.

El viaje hasta la casa de Jerebko fue una aventura. Las carreteras que llevaban a Hollywood Hills eran estrechas, con coches aparcados a ambos lados. A menudo solo podía pasar un coche a la vez. Y eran sinuosas, con vericuetos y curvas que tenían a Jessie al borde de las náuseas cuando llegaron a la casa.

—Este lugar parece bastante extraordinario para un funcionario público —señaló Dolan.

De tres pisos y abarcando media manzana, toda la propiedad estaba rodeada por un muro de piedra de tres metros de altura. Jessie había hecho una investigación preliminar sobre la familia y sabía que no se podía comprar con el sueldo de un concejal.

—En realidad, la compró su mujer —dijo—. Gayle Martindale Jerebko es descendiente de los acaudalados Martindale, que se hicieron ricos en la fiebre del oro de California de 1849. La mayor parte del clan sigue viviendo en San Francisco. Pero mientras estudiaba en Stanford, Gayle se enamoró de un joven estudiante activista llamado Milton Jerebko. Cuando él se mudó al sur de California, ella lo siguió.

—¿Una mujer de esa procedencia se ha unido a un activista político? —preguntó Dolan con incredulidad.

—En materia de amor no hay nada que decir, Dolan. Además, supongo que vio potencial en él —respondió Jessie—. Resulta que tenía una

buena razón. Milton acabó entrando en política tras ganar popularidad entre la comunidad local por su apoyo a la asistencia sanitaria para los jóvenes homosexuales sin hogar. Hace seis años arrasó en su carrera por el ayuntamiento y se rumoreaba que estaba pensando en presentarse a la alcaldía de Hollywood Oeste o incluso a la de Los Ángeles. Tras ser elegido concejal, Gayle asumió la dirección de su fundación de asistencia sanitaria. Según las noticias, es conocida por ser una incansable recaudadora de fondos para la causa. Ninguno de los dos ha sido arrestado nunca.

—¿Familia? —quiso saber Dolan.

—Tienen dos hijos en el instituto, una hija que va a entrar en el último año y un hijo que está a punto de entrar a segundo. El único roce con la ley de alguno de ellos fue cuando su hija chocó accidentalmente por detrás a otro conductor mientras hacía su examen de conducir.

Parecían la pareja perfecta, lo que hizo que Jessie sospechara intrínsecamente. Mientras repasaba en su cabeza lo que sabía sobre los Jerebko, los cuatro salieron del coche y se dirigieron a la puerta principal, pasando por delante del otro vehículo de los aguaciles que estaba parado al otro lado de la calle. Dolan estaba a punto de pulsar el timbre cuando se oyó una voz por el altavoz.

—Por favor, digan lo que tienen que decir —dijo una voz masculina y cortante.

—Al menos sabemos que no es Darian —murmuró Jessie en voz baja.

Dolan se obligó a sonreír mientras respondía.

—Soy el agente especial Jack Dolan del FBI —dijo—. Tenemos que hablar con el concejal Jerebko.

—¿Puedo ver su identificación, agente? —preguntó la voz—. Por favor, sosténgala ante la cámara que está a su izquierda.

Dolan hizo lo que se le pidió. Después de un momento, la voz continuó.

—¿A qué se debe esto?

—Un asunto que solo puede ser discutido con el concejal. Por favor, abra la puerta ahora.

Hubo otra pausa, seguida de un timbre. La puerta comenzó a abrirse lentamente.

—Por favor, diríjanse a la entrada principal en la parte superior del camino de entrada —dijo la voz—. Serán recibidos en la puerta.

Así lo hicieron, atravesando el empinado camino empedrado hasta la imponente puerta principal. En el camino, Jessie se inclinó hacia Murph.

—Sabes, ahora que estoy de vuelta en el campo, creo que sería aconsejable devolverme mi arma de servicio. Me siento un poco desnuda sin ella.

Murph puso una breve mirada de conflicto antes de responder.

—Está en la casa de seguridad. Haré que la lleven a la comisaría. ¿Crees que puedes interrogar a esta pareja de mediana edad sin ella? ¿O debería pedir más refuerzos?

Jessie pensó en una respuesta graciosa, pero aún no se le había ocurrido ninguna cuando se abrió la puerta principal. Jessie se sorprendió ligeramente al no ver a un hombre mayor con traje de mayordomo. En cambio, era un veinteañero con pantalones y camisa abotonada.

—Hola, soy Elias, el administrador de la casa de la familia Jerebko. ¿Son todos del FBI? —preguntó, tratando de ocultar su evidente aprensión.

—Ellos son aguaciles de los Estados Unidos. Ella es de la policía de Los Ángeles —dijo Dolan—. Es una unidad multijurisdiccional.

—Necesitaré ver la identificación de todos —insistió Elias.

Murph y Toomey sacaron las suyas y se las pusieron frente a Elias. Jessie estaba a punto de mostrar la suya también cuando Murph le agarró la muñeca y le bajó la mano.

—Basta de esto —dijo impaciente—. Este es un asunto que requiere tiempo. Si quieres, podemos darte nuestros certificados de nacimiento más tarde. Pero tenemos que hablar con el concejal ahora.

—Pero ella... —comenzó Elías, señalando con la cabeza a Jessie.

—Y no te vayas a ninguna parte —añadió Dolan, interrumpiéndolo—.

Puede que tengamos preguntas para ti más tarde.

Elías retrocedió y les indicó que le siguieran. Mientras los guiaba por el enorme vestíbulo y un pasillo ornamentado, Jessie miró primero a Murph y luego a Dolan. No se le escapó que los dos habían trabajado en conjunto para asegurar que Elias nunca viera su identificación, y por lo tanto su nombre. Estaba claro que todos se tomaban en serio lo de mantener su paradero lo más secreto posible.

Tardaron un buen minuto en llegar a lo que Elías llamaba "el estudio de atrás", donde los Jerebkos les esperaban. Ambos se levantaron cuando el grupo entró. Más allá de su edad, que rondaba los cuarenta años, Milton Jerebko no se parecía en nada a lo que Jessie había predicho. No era precisamente guapo. Pero sacaba el máximo partido a lo que tenía.

Alto y musculoso, tenía un rostro bronceado y su pelo oscuro, ligeramente ralo, estaba perfectamente peinado. Su traje de chaqueta descansaba despreocupadamente en el brazo del sofá que tenía a su lado y llevaba pantalones azul marino y una atrevida camisa de vestir rosa con la corbata azul celeste ligeramente aflojada. Tenía una amplia sonrisa y destilaba confianza mientras extendía la mano a Jessie primero y luego a los demás mientras se presentaba.

—Soy Milt —dijo con voz potente—. Ella es mi esposa, Gayle.

Gayle también les estrechó la mano a todos. También de unos cuarenta años, era tan inmaculada como su marido. Rubia y escultural, con una figura que sugería horas de duro trabajo en el gimnasio, parecía que podría haber sido la madre de Claire. Jessie se obligó a quitarse ese incómodo pensamiento de la cabeza.

—¿A qué debemos el honor de toda la comunidad policial de Los Ángeles? —preguntó Jerebko una vez concluidos los apretones de manos.

—Bueno, concejal —comenzó Dolan—, sería mejor que discutiéramos este asunto con usted en privado.

Jessie observó que utilizaba el título formal del hombre en lugar de su nombre, un sutil recordatorio de que lo que estaba en juego era más importante de lo habitual para un funcionario público. Pero eso no pareció inquietar a Jerebko, al menos de momento.

—Cualquier cosa que tengan que discutir conmigo, pueden hacerlo delante de mi esposa —dijo con seguridad.

Jessie sospechó que podría arrepentirse de haber sido tan descarado.

—Muy bien —dijo ella, decidiendo poner a prueba la teoría—. Estamos aquí por Claire Stanton.

—Ah, por supuesto —dijo él expectante—. Tenía el presentimiento de que podría tratarse de eso. ¿A cuánta otra gente ha intentado extorsionar?

—¿Perdón? —preguntó Jessie, realmente sorprendida.

—Supongo que están haciendo algún tipo de investigación sobre sus intentos de extorsionar a la gente con la que ha estado involucrada. No puedo ser el único.

Jessie le miró fijamente en un silencio aturdido. Dolan entró en el vacío.

—¿Reconoce que tuvo una relación con la señora Stanton?

—Yo no lo llamaría realmente una relación. Pero estuvimos involucrados, sí. Es decir, hasta que intentó presionarme para que le pagara para que se quedara callada.

Jessie miró a Gayle Jerebko, cuya expresión tensa estaba entre una sonrisa y una mueca. Está claro que esto no le estaba gustando.

—¿Estaba al tanto de esta relación? —le preguntó Jessie.

—Me enteré hace poco —dijo escuetamente—. Después de que esta mujer intentara chantajear a Milt, él se sinceró conmigo en lugar de pagar.

—¿Y cómo ha sido eso para usted? —Jessie no pudo evitar preguntar, aunque no fuera estrictamente profesional.

—No puedo decir que los últimos días hayan sido los mejores de mi vida. Primero, enterarme de que mi marido me ha sido infiel. Luego, descubrir que su amante está tratando de extorsionarlo. Pero era el curso de acción correcto. Pagar solo habría empeorado las cosas. De esta manera, sus amenazas no tienen poder.

—¿Y qué pasa con los votantes? —Jessie contraatacó—. Incluso si usted no le echa en cara esto, ellos podrían hacerlo.

—Mis electores son muy comprensivos —dijo Jerebko, cambiando sin esfuerzo al modo político—. Esta es una comunidad bastante

indulgente. Según mi experiencia, mientras hagas el trabajo del pueblo, la gente de aquí no se preocupa demasiado por los pecadillos personales. Había estado pensando en la idea de una conferencia de prensa para que todo saliera a la luz. Ahora que parece que las fuerzas del orden están involucradas, estoy aún más seguro de que debería hacerlo. Será duro para Gayle y los niños, que no hicieron nada para provocar esto. Pero es lo correcto. ¿Cuánto tiempo tengo? ¿Ha sido arrestada?

—No, no fue arrestada —dijo Dolan rotundamente.

—¿Por qué no? —preguntó Jerebko.

—Porque fue asesinada.

CAPÍTULO NUEVE

Jessie sabía que iba a ocurrir.

Por la forma en que Dolan lo preparó, ella podía saber de antemano que estaba a punto de soltar la bomba. Se preguntó si lo había hecho deliberadamente para que ella pudiera prepararse para ver las reacciones de la pareja. De ser así, funcionó. Cuando las palabras salieron de su boca, sus ojos se fijaron en los Jerebko.

Ambos parecían legítimamente aturdidos. Pero había más. En el caso de Milton, vio que las ruedas giraban casi de inmediato, mientras procesaba el hecho de que era casi con seguridad un sospechoso. La conmoción de Gayle parecía mezclarse con algo parecido a la satisfacción, tal vez por el hecho de que la mujer que había puesto patas arriba su vida ya no respiraba. Ambas reacciones eran poco halagüeñas. Pero ninguna de ellas indicaba necesariamente que fuera culpable.

—¿Cómo? —Milton finalmente logró articular.

—Por razones obvias, no podemos entrar en detalles en este momento —dijo Dolan—. Pero vamos a necesitar declaraciones de ambos sobre su paradero de anoche.

—¿Está sugiriendo que tenemos algo que ver con esto? —preguntó Gayle, con la espalda cada vez más rígida.

—No es una posibilidad descabellada —dijo Dolan—. Especialmente a la luz de lo que nos ha contado... y de lo que no.

—¿Qué se supone que significa eso? —escupió Milton, su encanto se desvanecía rápidamente.

—Bueno, concejal, se olvidó de mencionar su amenaza hacia la señorita Stanton a través de una aplicación de citas.

—¿Aplicación de citas? —repitió Gayle, perpleja—. ¿Conociste a esta mujer en una aplicación?

La expresión de Milton pasó de ser santurrona a avergonzada en un instante.

—Vaya, parece que ustedes dos todavía tienen algunas cosas que discutir —dijo Dolan, riéndose para sí mismo antes de ponerse repentinamente serio—. Mientras tanto, ¿le gustaría hablar de la amenaza, señor?

—¿Qué amenaza?

—La amenaza de "acabar con ella" si hacía pública su indiscreción.

—Oh, Dios —gimió Jerebko—. Eso no es lo que parece. Me refería a acabar con ella económicamente. Mis abogados iban a demandarla por difamación, fraude, cualquier cosa que se les ocurriera. En realidad, nunca haría daño a alguien físicamente.

—¿Tiene alguna prueba de que se trataba de una amenaza legal y no física? —preguntó Jessie.

—Hablé con mis abogados el mismo día que me envió el mensaje. Renunciaré al privilegio abogado-cliente si eso ayuda a probarlo.

—Una cosa no excluye la otra —dijo Dolan.

—¿Cómo dice?

—Amenazarla legalmente no impide que vaya por ella físicamente —dijo.

—Oh, Dios mío —dijo Jerebko, pareciendo realmente nervioso.

—¿Dónde estuvo anoche, Sr. Jerebko? —preguntó Jessie, con la esperanza de obtener una respuesta más honesta ahora, que él estaba menos compuesto.

—Estuve en San Diego. Acabo de regresar esta mañana.

—Tendremos que verificar eso —dijo Jessie antes de volverse hacia Gayle—. ¿Dónde estaba usted, señora?

—Estaba aquí —dijo ella, todavía con aspecto algo aturdido por el repentino giro de los acontecimientos—. Jugado a juegos de mesa con mis hijos y luego me fui a la cama.

—¿Jugó a juegos de mesa con sus hijos? —preguntó Murph, hablando por primera vez. Dolan le lanzó una mirada molesta.

—Sí —respondió—. Trivial Pursuit, Scattergories. Tenemos noches "sin internet" en las que simplemente pasamos el rato, sin teléfonos,

sin televisión, solo interacción personal en vivo.

—¿Y sus hijos van por eso? —preguntó Jessie, queriendo alejarse de la humanidad de los sospechosos y mantenerlos a la defensiva.

—Si tienen que hacerlo —respondió Gayle—. Prefiero protegerlos de esto si es posible. ¿Quizás puedan revisar el GPS de mi teléfono o algo así? Pero si lo requieren, entonces sí, pueden responder por mi paradero.

—¿Y usted, concejal? —preguntó Dolan, volviendo su atención a Milton—. ¿Quién en San Diego puede responder por usted?

—No lo sé —dijo Jerebko con inseguridad—. Fui allí a una conferencia por la tarde. Pero no vi a mucha gente después.

—¿Tal vez en el hotel en el que se alojó? ¿Quizás el agente de recepción que le registró?

—Estaba bastante lleno —dijo sin convicción—. Dudo que se acuerde de mí.

—De acuerdo —insistió Dolan—. Entonces denos el nombre del hotel y lo comprobaremos por usted.

—No lo recuerdo de memoria —respondió Jerebko—. Pero puedo conseguírselo.

—¿No tiene un recibo, concejal? —preguntó Dolan con escepticismo.

Jerebko le miró enfadado.

—¿Por qué sigues diciendo “concejal” como si fuera una mala palabra? —preguntó.

—Solo intento llegar al fondo de las cosas, señor —dijo Dolan con calma.

Por supuesto, Jessie sabía que no era así. Como ella sospechaba, utilizaba el título porque le recordaba a Jerebko que tenía la confianza del público y que de alguna manera, grande o pequeña, la había roto. Sabía que eso lo corroería y posiblemente lo obligaría a cometer algún tipo de error. Finalmente parecía estar funcionando.

—Creo que es hora de que se vayan —dijo Jerebko, pareciendo recuperar algo de su autoridad.

—Creo que es hora de que venga con nosotros —replicó Dolan en voz baja, socavándolo rápidamente de nuevo—. Puede hacerlo como un respetado funcionario público, viniendo silenciosa y voluntariamente a la comisaría para ayudar en una investigación en curso. O podemos hacerlo de manera más formal. Puedo leerle sus derechos y ponerle bajo custodia. Puede solicitar un abogado. Por supuesto, los medios de comunicación podrían enterarse de todo esto y vigilarnos mientras le llevamos por la puerta principal de la comisaría. Eso sería lamentable. Es su decisión, Sr. Jerebko.

El hombre se quedó parado, sopesando su elección. Mientras lo hacía, Dolan añadió algo que sorprendió a Jessie.

—Un consejo —dijo en voz baja—. Si lo que esconde es algo menos que un asesinato, es mejor que venga por su cuenta. Sea lo que sea, probablemente podamos resolverlo. Si la ha matado, puede dejar que le arreste y llamar a su abogado cuando lleguemos.

Jerebko le miró con la expresión más abatida que Jessie había visto en mucho tiempo. Luego, casi en un susurro, respondió.

—¿Puedo ir al baño primero? —preguntó patéticamente.

*

Navegar por la estación era complicado.

Mientras Dolan llevaba a Jerebko a la sala de conferencias para una entrevista informal, voluntaria y aún no bajo arresto, Murph se aseguró de que la costa estuviera despejada para que Jessie atravesara los pasillos sin ser vista por nadie que pudiera delatar su presencia.

Le dieron el visto bueno. Mientras caminaba rápidamente hacia la sala de conferencias, Jessie no podía evitar la sensación generalizada de que incluso aquí no estaba segura. Después de todo, la Estación Central era el único lugar en el que tanto Crutchfield como su padre sabían que podían buscarla.

Dudaba que ninguno de los dos pudiera acceder a las instalaciones: las precauciones de seguridad eran impresionantes incluso antes de que ella recibiera la protección formal del Servicio de Alguaciles. Pero incluso con todas las medidas de seguridad que tomaban los aguaciles,

bastaría un solo descuido para que uno de ellos, o los dos, descubrieran que estaba aquí y la siguieran hasta su próxima ubicación.

Frank Corcoran, el agente supervisor, le había asegurado que se habían establecido múltiples capas de protección en torno a la comisaría que ella había ignorado intencionadamente. Le advirtió que, de alguna manera, ella podría revelar sus procedimientos con una mirada o una palabra fuera de lugar. A ella le pareció que la sugerencia rozaba el insulto, pero se contuvo, prefiriendo no librar esa batalla.

Una parte de ella se preguntaba si los aguaciles la estaban poniendo en peligro intencionadamente, para utilizarla como cebo y atraer a cualquiera de los asesinos. Por otra parte, tenía que admitir que fue ella quien insistido en venir a la comisaría, no ellos.

Cuando por fin entró en la sala de conferencias, con Murph justo detrás de ella, Jerebko estaba sentado con desazón en una silla metálica plegable en la pequeña mesa del centro de la sala. Dolan estaba de pie en un rincón, consultando su teléfono. Respiró profundamente y apartó mentalmente de su mente los pensamientos sobre cualquier asesino, excepto el de Claire.

—Me alegro de que te hayas unido a nosotros —dijo Dolan cuando entró—. Me preocupaba que te perdieras.

Ella no respondió, no quería dar a Jerebko una pista de que había alguna animosidad entre sus interrogadores. En cambio, se sentó en una silla plegable frente a Jerebko y lo miró fijamente. Él miró a todas partes menos a ella.

—Señor Jerebko —dijo finalmente, tomando la iniciativa antes de que nadie lo hiciera—, no soy detective. Soy una perfiladora de criminales. Y mi perfil de usted sugiere que no ha sido sincero sobre su estancia en San Diego. Pero para ser honesta, hasta un profesor de preescolar podría haberse dado cuenta. Sus intentos de inventar una coartada avergonzarían a un niño de tres años. Así que ahora que estamos nosotros solos, sin su decepcionada esposa, ¿por qué no nos ahorra algo de tiempo y se sincera?

Miró a Dolan, que ahora estaba de pie detrás del concejal. No dijo nada, pero su media sonrisa sugería que aprobaba su táctica. Y resultó que con razón. Segundos después, Jerebko se desahogó.

—Ayer estuve en San Diego —insistió antes de admitir—, pero no pasé

la noche allí.

—¿Dónde estuvo? —preguntó ella, evitando todo juicio en su voz.

—Pagué la habitación por la noche, pero me fui y volví a Los Ángeles para encontrarme con alguien.

—¿Quién era? —preguntó Jessie, tratando de ser paciente mientras le sacaba los detalles.

—Tuve otra cita con una chica diferente del sitio.

—¿No estaba preocupado por las amenazas de chantaje adicionales?

—Un poco. Pero la verdad es que me sentía... solo. Las cosas habían terminado con Claire y, como puedes imaginar, Gayle no iba a estar de humor amoroso. Así que hice una cita.

—Necesitaremos su nombre —dijo Jessie.

—Por supuesto —aceptó él—. Puedo darte su nombre, su número de socia, lo que necesites. Pasé la noche en su casa, donde, por cierto, no intentó sacarme dinero.

—Qué bien que haya encontrado a alguien que le aprecie de verdad por usted, señor —dijo Jessie, incapaz de mantener el sarcasmo a raya.

—Tendremos que mantenerle aquí mientras hacemos seguimiento —dijo Dolan rápidamente, ahora en la rara posición de hacer de pacificador.

—Lo que haga falta —dijo Jerebko en tono lastimero.

Lo dejaron en la sala de conferencias con un oficial vigilando y los tres —Jessie, Dolan y Murph— se trasladaron a un armario de suministros cercano, el único lugar cercano sin tráfico constante de personas, para hablar. Murph habló antes que ninguno de ellos.

—Sra. Hunt, tienes una llamada. Normalmente, no la pasaría. Pero como entra por la centralita de la estación y tu capitán la ha autorizado, estoy dispuesto a dejarla pasar, siempre que no revele nada de sus movimientos.

—De acuerdo —dijo Jessie, su curiosidad superando su aprensión—. ¿Quién es?

—Un tal detective Ryan Hernández.

A pesar de sus mejores esfuerzos, Jessie sintió que sus mejillas se sonrojaban.

CAPÍTULO DIEZ

—Oh. De acuerdo —dijo ella, tratando de sonar imperturbable—. ¿Dónde debo tomarla?

—Tómala aquí —dijo Dolan, notando claramente su cara repentinamente rosada pero sin decir nada al respecto—. Comprobaré la coartada de Jerebko. Y también investigaré los datos telefónicos de su mujer. Búscame cuando hayas terminado.

Ella asintió. Murph habló en su teléfono.

—Pásala —dijo, y luego se lo entregó—. No mucho tiempo, ¿de acuerdo? Incluso en condiciones de seguridad, esto es un riesgo.

—Gracias —dijo ella, tomando el teléfono.

—Estaré afuera —le recordó él.

Cuando él cerró la puerta, ella se llevó el auricular a la oreja.

—Hola —dijo vacilante.

—Jessie —llegó la voz familiar de Ryan Hernández, su amigo, compañero de caso ocasional y, al parecer, ahora también el tipo cuyo nombre la hacía sonrojar involuntariamente—. ¿Cómo estás?

—Me las estoy arreglando —dijo ella, contenta de que su voz no estuviera tan descontrolada como su piel—. Ya sabes, resolviendo casos, evadiendo asesinos en serie, ese tipo de cosas.

—Un día típico en la oficina para ti, ¿verdad? —le preguntó juguetonamente.

—A veces se siente así.

—Bueno, siento mucho no haber estado en contacto últimamente. Sé que te prometí que te mantendría al tanto de los hospitales a los que tu padre psicópata podría haber ido para recibir tratamiento.

—Está bien —dijo ella, aunque no lo estaba—. El capitán me ha mantenido al tanto. Además, me dijo que estabas ayudando en un triple homicidio en Topanga Canyon, así que sé que has estado

ocupado.

—¿Crees que es por eso que he estado fuera de contacto? —preguntó, sonando ligeramente ofendido—. No es eso en absoluto. No dejaría que algo como unos asesinatos me impidiera contactar contigo.

—¿Entonces qué? —preguntó ella, sorprendida por su franqueza.

—Decker me ordenó que no lo hiciera. Dijo que cualquier tipo de comunicación podría poner en riesgo tu seguridad. Dijo que, hasta que atraparan a Crutchfield y Thurman, te quería completamente fuera de la red.

Jessie no pudo evitar sentirse aliviada. Aunque sabía que era ridículo, una parte primitiva de ella había empezado a preguntarse si él se había olvidado de ella. Al mismo tiempo, se sintió inmediatamente enfadada con el capitán Decker por haber hecho eso y ni siquiera habérselo dicho. Pensaba discutir con él sobre ese asunto cuando las cosas se calmaran.

—¿Por qué la llamada ahora entonces?

—Me enteré del asesinato de Ernie Cortez y de la nota de Crutchfield —dijo—. Me imaginé que debías estar rebotando por las paredes. Así que dije "a la mierda". Llamé a Decker y le exigí comprobar cómo estabas. Le dije que abandonaría el caso si no me dejaba.

—Eso le debió encantar —dijo Jessie porque no se fiaba de sí misma para decir mucho más.

—Sí, me amenazó con despedirme y colgó. Pero luego volvió a llamar cinco minutos después y dijo que me comunicaría contigo si llamaba al número principal y preguntaba por el comisario Murphy. ¿Quién es ese?

—Es parte de mi contingente de seguridad —explicó—. No creo que deba decir eso, en realidad.

—Bien. Solo lo necesario, lo entiendo. Así que, ¿cómo estás, realmente?

Jessie estaba bien hasta esa última palabra. De verdad. De repente se abrió una compuerta de emociones y sintió que un sollozo subía a su garganta. En el último momento, lo cubrió con una tos.

—He estado mejor —dijo, con la voz a punto de quebrarse pero

logrando mantenerse firme—. Es difícil lidiar con todo esto sin mucho sistema de apoyo alrededor. Después de la fuga del DNR, Kat se fue a tratar de encontrarse en Europa. No he podido ver a mi terapeuta por razones de seguridad. No se me permite hablar contigo. Y hasta hoy, he estado esencialmente encerrada en una casa de seguridad. Los alguaciles son buenos en su trabajo. Pero no son exactamente parlanchines. Y no he dormido muy bien, sobre todo porque tengo un miedo constante a que uno de los dos asesinos en serie me encuentre.

—Eso suena como que la estás pasando muy bien —respondió Ryan con falso entusiasmo antes de volver a su voz normal—. Lo siento mucho, Jessie. Eso suena infernal.

—Gracias —dijo ella.

Hubo una larga pausa que empezaba a ser incómoda cuando ella rompió el silencio.

—¿Cómo te va a ti? —preguntó, manteniendo las cosas en general aunque tenía especial curiosidad por el estado de su matrimonio. Él había mencionado recientemente que él y su esposa se habían separado.

—Mi vida ha estado... patas arriba. Te contaré más cuando podamos hablar en persona. Además, se siente raro quejarse de lo que pasa conmigo cuando estás bajo tanta presión.

—Por lo menos no es aburrido —dijo Jessie, dejándolo libre por ahora.

—Sí. Con suerte, estos dos tipos serán atrapados pronto y podrás retomar tu vida normal de no salir por la noche, ver la televisión aburrida y comer mal.

—Me encantaría —dijo ella, riéndose.

Hubo un suave golpe en la puerta. Jessie sabía lo que significaba.

—Hola. Acaban de decirme que termine la llamada. Pero no desaparezcas, de acuerdo. No quiero que pierdas tu trabajo ni nada, pero es bueno saber de ti de vez en cuando.

—Veré lo que puedo hacer, siempre que no ponga en riesgo mi pensión —añadió bromeando—. No vales eso.

—Qué lindo —dijo ella, colgando antes de que él pudiera volver a

sincerarse.

Abrió la puerta y le devolvió el teléfono a Murph.

—Vamos a un lugar apartado —dijo, sin comentar nada de lo que pudiera haber oído o no.

Volvieron a la sala de conferencias, que ahora estaba vacía. Jessie cogió un puñado de patatas fritas y miró la lista de otras citas de Claire en la página web de LOL.

Había dos que le interesaban especialmente. Una era una estrella de cine. El otro era un director general de tecnología. Ambos habían salido con ella en los últimos tres meses, lo que hacía que sus rupturas fueran más recientes y potencialmente más frescas.

Decidió llamar primero al número del actor, partiendo de la base de que conseguir una entrevista con él podría resultar más difícil que con un director general.

Jett Collison era una estrella de cine legítima. Según su página de Wikipedia, solo tenía veintiséis años. Pero ya había protagonizado varios éxitos de taquilla. Su especialidad era interpretar al protagonista de las comedias románticas, un poco empollón, entrañablemente torpe, pero con un aspecto poco convencional y encantador. Era como un Hugh Grant americano más joven. A su madre adoptiva, Janice, le encantaban esas películas de Hugh Grant de los años noventa, y las veía repetidamente. Jessie pensó que, si estuviera viva, probablemente también le gustaría Collison.

Jessie llamó al número que figuraba en su cuenta y se encontró con una alegre voz femenina.

—Teléfono de Jett. Habla Matilda. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, Matilda. Soy de la policía de Los Ángeles. ¿Está Jett disponible?

—¿Es una especie de broma? —preguntó Matilda—. ¿Eres Marnie? Sé que eres tú.

—No soy Marnie —dijo Jessie, adoptando su tono más profesional—. Me llamo Hunt. Trabajo con la policía de Los Ángeles. Estamos investigando una red de chantaje y nos preocupa que el señor Collison pueda ser una víctima potencial. Nos gustaría hablar con él lo antes posible. ¿Puede ponerle al teléfono, por favor?

Esperó que Matilda exigiera más pruebas de que Jessie era quien decía ser. En lugar de eso, cedió inmediatamente.

—Lo siento —dijo Matilda, sonando escarmentada—. Pero Jett está en el plató. La lista de escenas le hace rodar casi sin parar hasta las once de la noche. Si lo saco, podría costar cientos de miles de dólares y tal vez mi trabajo. ¿Hay alguna manera de que pueda hablar con él mañana? Está libre todo el día.

Jessie estaba a punto de echarse encima de Matilda cuando miró el reloj. Ya eran más de las cinco de la tarde y todavía tenía que contactar con el director general de tecnología y ver qué había encontrado Dolan sobre las coartadas de Jerebko. De todos modos, era poco probable que pudiera llegar a Collison hoy. Decidió jugar limpio.

—Esto es lo que necesito que hagas, Matilda —dijo, todavía firme pero con menos filo—. Ve a buscar a tu jefe y habla con él en privado. Dile que a la policía de Los Ángeles le preocupa que pueda estar en riesgo de chantaje relacionado con un grupo llamado LOL. Cuando escuche eso, sabrá de qué se trata. Dile que me envíe un mensaje a este número con una ubicación para discutir el asunto mañana a primera hora. Son las cinco y siete de la tarde ahora. Si no recibo ese mensaje antes de las siete de la tarde, mi compañero y yo iremos a ese plató y lo traeremos a la comisaría para charlar, independientemente de lo que esté rodando. ¿Está claro?

—Sí, señora —dijo Matilda.

—Que tengas una buena noche —dijo Jessie antes de colgar.

—Parece que disfrutaste más de lo que era profesionalmente apropiado —dijo Murph sin levantar la vista.

—¿Qué? ¿Ahora estás en el gallinero? —preguntó Jessie, medio divertida, medio extrañada—. ¿Apenas hablas durante horas y luego sueltas críticas sobre mis técnicas de investigación?

—Solo es una observación.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y Dolan entró. Parecía frustrado.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—La última novia de Jerebko confirmó su coartada —dijo decepcionado—. Y los datos del GPS de su teléfono también lo hacen.

Estamos comprobando las cámaras de vídeo de su edificio, pero no tiene buena pinta.

—¿Y Gayle?

—Lo mismo. No he hablado con sus hijos. Pero los datos de su teléfono la sitúan exactamente donde dijo que estaba, en su casa. Tus técnicos incluso encontraron que compró una película en Amazon alrededor de las 11:45 p.m. Eso no la absuelve totalmente. El médico forense sitúa la hora de la muerte entre la medianoche y las dos de la madrugada, pero nada de lo que he encontrado sugiere que sea un ángel vengador. Además, me pareció una persona práctica. Sabe que un escándalo como éste no va a arruinar la reputación de su marido. Diablos, incluso podría hacerlo más interesante para los votantes. De cualquier manera, creo que hemos llegado a un callejón sin salida con los Jerebko.

—Eso apesta.

—Sí. Así que dejé libre a Milton, al menos por ahora. Y se pone peor. El informe toxicológico preliminar dio negativo en drogas. Nada oficial, pero parece que Claire tenía un poco de alcohol en su sistema. Eso fue todo.

—¿Cómo es eso peor? —preguntó Jessie.

—Porque ahora el aguacil de allí va a empezar a pensar que debería solicitar su ingreso al FBI.

—Estoy contento con mi trabajo —dijo Murph en voz baja, logrando de alguna manera no sonreír.

—Qué santo eres —dijo Dolan, pareciendo más molesto por el hecho de que Murph tuviera razón sobre que Claire no era una adicta que por el hecho de que sus principales sospechosos tuvieran coartada.

—Tal vez pueda mejorar tu estado de ánimo —dijo Jessie mientras se ponía de pie, esperando pasar de la batalla de testosterona que sentía que se estaba gestando.

—¿Cómo es eso? —preguntó él, volviendo de mala gana su atención hacia ella mientras recogía sus cosas y se dirigía hacia la puerta de la sala de conferencias.

—Tengo dos sospechosos más para que los investiguemos. Uno de ellos es un importante director general de tecnología. Creo que

podríamos sorprenderle en su despacho si salimos ahora.

—Suena prometedor —dijo Dolan—. ¿Quién es el otro?

—Tendremos que esperar hasta mañana para eso. Y no quiero que te marees demasiado. Pero es una estrella de cine de la vida real. Trae tu libro de autógrafos, Dolan.

Le vio abrir la boca para ofrecer una réplica graciosa. Pero antes de que pudiera, ella salió de la habitación, dejándole hablar con la puerta.

CAPÍTULO ONCE

Apenas lo lograron.

Incluso utilizando las sirenas, el trayecto desde la Estación Central hasta la oficina de Gunther Stroud en el centro de la ciudad, a menos de diez millas de distancia, les llevó casi veinte minutos en el tráfico de la hora punta de Los Ángeles.

Jessie había supuesto que un gran ejecutivo trabajaría mucho más allá de la hora de llegada, las 5:36. Pero cuando la puerta del ascensor se abrió hacia el piso treinta y siete, Stroud estaba de pie, con el maletín en la mano, listo para salir. Detrás de él, el lugar parecía tranquilo, aparte de una solitaria recepcionista en el mostrador principal.

Tenía unos treinta años, era de estatura media, con gafas, pelo castaño rizado y apretado, y una piel pálida que sugería que no salía mucho de su despacho. Parecía distraído y no se dio cuenta de que había cuatro personas delante de él hasta que Dolan habló.

—FBI, Policía de Los Ángeles y Servicio de Alguaciles, señor Stroud —dijo, haciendo que el director general diera un ligero respingo—. ¿Le importa dedicarnos un momento de su tiempo?

Los ojos del hombre se abrieron de par en par durante unos breves segundos antes de recuperarse.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Jessie oyó un indicio de acento, aunque no pudo distinguirlo del todo; ¿quizá sudafricano? Fuera cual fuera su origen, estaba claro que Stroud llevaba mucho tiempo aquí.

—Es de naturaleza sensible —dijo Jessie—. ¿Por qué no vamos a su oficina?

—Estoy a punto de irme por el día —protestó Stroud—. Dígame ahora.

Jessie sabía que esa reacción no iba a sentar bien a Dolan y tenía razón.

—Bien, señor Stroud —comenzó, su voz llevaba una mordacidad de la que carecía antes—. Se trata de un club al que usted pertenece y que

empareja a hombres mayores, ricos y ávidos de sexo con mujeres más jóvenes que normalmente no les darían ni la hora.

Stroud miró involuntariamente a la recepcionista antes de darse la vuelta.

—Vamos a mi despacho —siseó en voz baja.

Mientras le seguían, Dolan esbozó la sonrisa más amplia que Jessie había visto en él. Jessie agradeció la indirecta, pero se preguntó hasta qué punto era productiva para obtener las respuestas que necesitaban. Ahora Stroud estaría a la defensiva durante el resto de la entrevista.

Cuando se acercaron a su despacho, Toomey ocupó un lugar justo fuera del mismo. Una vez cerrada la puerta, Murph hizo lo mismo dentro del despacho. Stroud se dirigió a ellos y comenzó a hablar antes de que alguno de ellos pudiera plantear más preguntas.

—Estoy muy ocupado. Es difícil encontrar tiempo para conocer mujeres. Así que me inscribí en este sitio web. No es ilegal. Es solo una forma conocer personas. No pagué a mis citas por sexo. No prometí nada. No sé qué hice mal.

—¿Está usted casado, Sr. Stroud? —preguntó Jessie, que ya sabía la respuesta.

Él pareció sorprendido, pero solo brevemente.

—Mi esposa está asignada a nuestra oficina de Londres. No nos vemos a menudo. Así que tenemos un acuerdo. Ella sabe que yo... salgo.

—Me pregunto quién la "asignó" a la oficina de Londres. —acotó Dolan, disfrutando de amplificar su personaje de "toro en una cacharrería".

—Fue una decisión mutua —dijo Stroud en tono cortante.

—¿Conoce a una mujer llamada Claire Stanton? —preguntó Jessie, tratando de reconducir la situación.

No hizo ningún esfuerzo por ocultar su familiaridad, ya que su rostro se deshizo en una agradable sonrisa al pensar en ella.

—Sí, por supuesto. Claire y yo salimos durante varios meses hace tiempo. Es una gran chica.

—¿Por qué rompieron? —preguntó Jessie.

—Me dijo que había conocido a alguien que le gustaba mucho y que no le parecía bien seguir viéndome.

—¿Dio un nombre?

—No —se mofó Stroud—. Esa no era su forma de ser. Era muy discreta.

—¿Así que le creyó lo de conocer a otra persona? —preguntó Dolan, un poco sorprendido.

—No me importaba. Tanto si había conocido a alguien como si mentía, estaba claro que no quería volver a verme. Así que lo acepté y seguí adelante. Hay muchas chicas bonitas en Los Ángeles.

—¿Dónde estuvo anoche? —preguntó Jessie rápidamente, esperando que el aluvión de preguntas al azar le hiciera bajar la guardia.

Él pareció perplejo por un momento antes de responder con seguridad.

—Estuve aquí.

—¿En la oficina? —preguntó ella.

—Sí, tuvimos un error de programación con nuestra última actualización y hubo que poner toda la carne en el asador para resolverlo. Estuve toda la noche trabajando con el equipo técnico.

—¿No se fue en ningún momento de la noche? —presionó Dolan.

—No. Me quedé dormido unas horas en mi sofá sobre las cuatro de la madrugada, pero estuve aquí todo el tiempo. Por eso estaba ansioso por irme ahora, para ir a casa a dormir.

—¿Quién puede verificar su paradero de anoche? —preguntó Dolan.

Stroud le miró como si estuviera bromeando.

—Solo unos diez ingenieros de software, nuestros responsables de marketing y relaciones públicas, nuestro asesor general y mi asistente personal. En un momento dado también había un chico con las pizzas.

Jessie pensó que casi podía oír la energía salir de la habitación.

—Necesitaremos todos sus nombres —dijo, aunque dudaba que lo necesitaran—. Y consultaremos con la seguridad del edificio para poder revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de anoche.

—No hay problema —dijo Stroud, sintiendo que la presión sobre él disminuía—. Mi asistente lleva un registro detallado. De todos modos, ¿de qué se trata todo esto?

—Gracias por su tiempo, señor Stroud —respondió Jessie, ignorando su pregunta y entregando una tarjeta de la oficina de detectives de la Estación Central—. Por favor, dígale a su asistente que envíe esos registros a este número de contacto. Y no salga de la ciudad sin ponerse en contacto con nosotros primero.

Se marchó sin decir nada más. No había razón para informarle de la muerte de Claire a menos que sirviera a sus propósitos. Y por ahora, al menos, no había.

Mientras bajaban en el ascensor, nadie habló durante varios segundos.

—Bueno —murmuró finalmente Murph—, eso fue profundamente insatisfactorio.

Jessie y Dolan lo miraron fijamente. Antes de que ninguno de los dos pudiera responder, su teléfono sonó y ella bajó la mirada.

—¿Qué te parece? —dijo, iluminándose ligeramente—. Es un mensaje de Matilda, la asistente de Jett Collison. Estaría encantado de reunirse con nosotros en su casa de la playa de Malibú mañana a las nueve de la mañana.

—¿Por qué no vamos allí ahora y le interrogamos?

Jessie miró a Dolan en silencio atónita. Fue Murph quien finalmente respondió.

—¿De verdad vives en este pueblo? —preguntó incrédulo—. ¿Qué crees que va a pasar si un agente del FBI, una experta en perfiles criminales de la policía de Los Ángeles y dos aguaciles de los Estados Unidos se presentan en el plató de una película y exigen interrogar a un actor famoso? ¿Crees que esto va a pasar desapercibido por mucho tiempo? ¿Crees que el estatus de protección de Hunt aumentará con eso, con todas las fotos del móvil enviadas a TMZ a los pocos minutos de nuestra llegada?

—¿De verdad es tan famoso? —preguntó Dolan, sorprendido por la inusual respuesta de Murph.

—Es bastante famoso —le aseguró Murph—. Y si nos presentamos y comenzamos a lanzar nuestro peso en un set de filmación, también

nos convertiremos en algo importante bastante rápido. Y eso no suele ser una buena idea cuando tratamos de mantener un perfil bajo. Tal vez deberíamos ir a su casa de la playa mañana en nuestro coche sin marcas y hablar con él sin que haya un equipo de rodaje alrededor. ¿Qué opinas, agente Dolan?

Jessie nunca había visto a Murph tan indignado. Estaba claro que Dolan tampoco lo había visto.

—Bien —dijo, sonando un poco enfadado—. De todos modos, son casi las seis y no sé qué más podemos hacer esta noche. Yo digo que nos vayamos por hoy. Me vendría bien un trago.

—Podemos dejarte en algún sitio —dijo Murph—, pero tenemos que llevar a Hunt de vuelta a la casa segura. La unidad nocturna se hará cargo pronto.

—Pueden acompañarme con una copa —les dijo Dolan—. Vamos, pueden ponerme al corriente de cómo funciona realmente la industria del cine.

—Me apunto a una copa —dijo Jessie. Cualquier cosa que la mantuviera fuera de esa prisión residencial alfombrada le resultaba atractiva, aunque significara tomarse una copa con un pesado como Dolan.

—Eso no va a suceder —dijo Murph con naturalidad.

—Vamos —dijo Dolan—. ¿De verdad crees que correrá peligro en un bar elegido al azar? En la última hora hemos entrado y salido del tráfico en hora punta con un segundo coche detrás de nosotros por seguridad. Si nos estuvieran siguiendo, ustedes lo sabrían. Incluso puedes elegir el bar, aguacil Murphy. De esa manera sabes que ni Crutchfield ni Thurman podrían anticipar nuestra próxima ubicación. ¿Qué dices, Murphy? No seas aguafiestas.

Jessie no se unió a la discusión, segura de que era una pérdida de tiempo. En cambio, se acomodó en su asiento, decidida a disfrutar de lo que le quedaba de tiempo libre esta noche, aunque fuera en un vehículo en movimiento. Cerró los ojos y trató de hacer una mini-meditación, concentrándose en su respiración mientras su pecho subía y bajaba lentamente.

Se desvió su atención por el sonido de la voz de Murph en su comunicador.

—Todos los equipos. Habrá un retraso momentáneo en el regreso a la base. Próxima parada no programada. Tiempo indeterminado. Los detalles se darán a continuación. Sigan al coche y manténganse alerta.

Jessie abrió los ojos, sin saber si había escuchado bien.

«¿Realmente voy a un bar?»

CAPÍTULO DOCE

Iba a ir. Pero no de inmediato. Primero, Murph se bajó para comprobar el lugar, llamado Bob's Frolic Four, mientras Toomey daba vueltas a la manzana con Jessie y Dolan en la parte de atrás. El bar estaba en una parte extraña del centro. Estaba en una calle comercial muy transitada, pero solo dos manzanas al oeste, el distrito comercial terminaba abruptamente y se encontraban en una zona residencial.

De repente, las calles tenían badenes y señales de "niños jugando". El barrio, en el límite del distrito de West Adams, estaba compuesto por una mezcla ecléctica de casas de estilo cottage y grandiosas mansiones que parecían haber sido construidas antes de la Segunda Guerra Mundial.

Pero antes de que Jessie pudiera apreciarlas realmente, Toomey había dado la vuelta y se dirigía de nuevo a la concurrida sección llena de tiendas, restaurantes y bares. Cuando volvieron a dar la vuelta al frente de Bob's, Toomey les habló. Oír su voz era una rareza tan grande que casi había olvidado cómo sonaba.

—Salgan en cuanto pare —les ordenó—. Murph está esperando en la puerta. Diríjanse directamente al interior. Sigan todas las instrucciones sin vacilar. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Jessie.

—Puede que esta sea la mejor noche de mi vida —añadió Dolan vertiginosamente mientras asentía con la cabeza.

El coche se detuvo y se bajaron, dirigiéndose con rapidez a la puerta, que Murph mantenía abierta. Les dirigió a través del abarrotado espacio a una sala trasera, lejos de los demás clientes.

Cuando llegaron allí, Jessie se dio cuenta de por qué Murph había accedido a la petición. Se trataba de un bar de policías y en la sala de atrás había casi exclusivamente agentes de la ley. Reconoció a unos cuantos detectives de las comisarías cercanas, así como a algunos agentes uniformados fuera de servicio. Había otros a los que no reconocía personalmente, pero a los que podía identificar como agentes de la ley por su comportamiento general. De la docena de personas que había en la sala, supuso que todos menos uno eran

policías de algún tipo. Y ése era el camarero.

Murph los dirigió a dos taburetes desocupados al final de la pequeña barra. Mientras se acomodaban, le oyó hablar por su comunicador.

—Jabberjay y Pigeon están en su sitio. Toomey, avísame cuando estés establecido en la sala delantera. Collica, mantén la posición en la parte delantera del lugar por ahora y haz comprobaciones periódicas en la parte trasera. Emerson, sigue vigilando la manzana desde el vehículo. Cualquier cosa inusual, házmelo saber inmediatamente.

Cuando terminó, Dolan se inclinó hacia él.

—¿Mi nombre en clave es Pigeon? —le preguntó juguetonamente—. Eso es un poco insultante, ¿no crees? Una paloma es solo una rata con alas.

Murph se limitó a encogerse de hombros, mientras sus ojos recorrían la habitación, siempre en movimiento.

—No te quejes —dijo Jessie—. Es mejor que Jabberjay. Están escogiendo referencias literarias para insultarme.

—Al menos han sido creativos contigo —dijo Dolan, antes de añadir —: De todas formas, ¿a qué literatura hacen referencia?

Jessie le miró, asombrada por su despiste.

—Eres un agujero negro de la cultura pop, Dolan —dijo.

—Y los dos están perdiendo el tiempo —señaló Murph en voz baja—. Les doy media hora aquí, como mucho. Así que será mejor que pidan esas bebidas que tanto les entusiasman. Y Jabberjay, solo puedes pagar en efectivo, ¿entendido? Nada de tarjetas de crédito. Sin nombres. Ni siquiera aquí.

Ella asintió y le hizo un gesto al camarero.

—Glenlivet puro, por favor —dijo y luego se volvió hacia Dolan—. ¿Qué vas a tomar, Pigeon?

—Gracias —dijo él antes de dirigirse al camarero—. Tomaré un vaso de su bourbon más barato, camarero, uno doble, por favor.

Mientras esperaban, Jessie recibió un mensaje de texto del capitán Decker. Después de mirarlo, se lo mostró a Dolan. Decía: Todavía no hay pistas sobre BC o XT. Los hospitales no tienen nada. El CSI sigue

revisando el cuerpo de Cortez pero de momento nada. Mantente positiva. Los atraparemos.

—Tal vez deberías pedir un doble también —dijo Dolan después de leer.

—No me tientes —dijo ella mientras llegaban sus bebidas.

Tomó un largo y lento sorbo, dejando que el dulce y cálido ardor del líquido cubriera su garganta. Después de tragar, se volvió hacia su compañero temporal.

—Así que ahora que estamos solos tú y yo en un bar, ¿qué tal si me dices la verdadera razón por la que has cambiado de opinión esta mañana y has respaldado la idea de que siga el caso Stanton?

—¿A qué te refieres? —preguntó él antes de beberse su chupito y pedir otro.

Ella le dirigió su mejor mirada de "tienes que estar bromeando".

—Quiero decir que en un momento estabas dispuesto a escapar porque el caso no tenía ninguna relación ni con Crutchfield ni con Thurman. Parecía que iba a volver a esa casa de seguridad olvidada por Dios. Y luego haces un giro de ciento ochenta y apoyas que siga investigando, con tu ayuda. ¿Qué pasa?

—Pensé que te merecías una oportunidad —dijo él sin convicción.

Ella se limitó a mirarle fijamente.

—Bien —dijo finalmente—. Te daré la verdadera razón. Pero te va a cabrear.

—Eso no es novedad. Escúpelo.

—Me imaginé que cuanto más estuvieras fuera, persiguiendo el caso, más probabilidades tendríamos de tropezar con uno de esos tipos. Eso no podría suceder si estuvieras en la casa de seguridad encerrada.

—Así que, básicamente, querías utilizarme como cebo para cazar a dos asesinos en serie —dijo ella.

—Yo no lo pondría así —respondió él, antes de engullir el segundo bourbon que le acababan de poner delante—. Vale, supongo que lo pondría así.

—¿Y por eso querías ir al plató esta noche? ¿Esperabas que alguien grabara para avisar a Crutchfield o a mi padre?

—Esa no era mi intención específica. Pero cuando me enteré de que podía ocurrir, no me sentí desolado —admitió antes de girarse y mirarla directamente a los ojos—. Mira, no creo que vayamos a atrapar a estos tipos mediante una investigación tradicional estándar. Tenemos que atraerlos, excitarlos; esperar que cometan un error. Y la mejor manera de hacerlo es hacer que salgan de su escondite y vayan por ti. Es cuando son más vulnerables.

Llegó su tercer trago y lo volvió a tirar mientras Jessie tomaba otro sorbo del suyo.

—Supongo que aprecio tu sinceridad —dijo ella. Ella había sospechado que esa podría ser su razón, pero no había esperado que él se sincerara al respecto. Al menos merecía el crédito por eso.

—Soy muchas cosas, pero un mentiroso no es una de ellas —dijo él, antes de enmendarlo un momento después—. En realidad, eso no es cierto. Soy un mentiroso; solo que no uno congénito. Es una situación específica.

—Hombre, eres un cruel hijo de puta —se maravilló ella—. ¿Cómo te has vuelto así?

Él la miró y levantó una ceja. Ella pensó que lo había ofendido de alguna manera y decidió dejar pasar el asunto. Pero entonces él respondió.

—Hace cuatro años, mi mujer y mi hijo murieron atropellados por un atracador de bancos —dijo sin emoción—. El tipo intentaba escapar y los atropelló. Se fue sin un rasguño. Desde entonces estoy de mal humor.

Jessie, conmocionada, tosió sobre su bebida. Tardó unos veinte segundos en recuperarse.

—Cielos —logró finalmente articular—, no lo sabía. Lo siento mucho.

—Créeme, si hay alguien que no tiene que mostrar deferencia hacia mí en el departamento de tragedias familiares, eres tú. Madre asesinada por tu padre asesino en serie a los seis años. Abandonada para morir en una cabaña helada con su cuerpo. Tu marido resulta ser un sociópata que te inculpa de asesinato y luego intenta matarte cuando lo descubres. Tu padre, perdido hace tiempo, encuentra y

descuartiza a tus padres adoptivos. Me sorprende que tú no seas más arisca.

—Sí, también yo —aceptó Jessie en voz baja.

De repente no le apetecía beber el resto de su whisky. Las imágenes de sus padres adoptivos, Bruce y Janine Hunt, pasaron por su cabeza. Intentó no pensar en las últimas; en ellos muertos en su apartamento de ancianos. Intentó imaginárselos cuando eran más jóvenes, enseñándole a hacer galletas de chocolate y a esquiar en las pistas de conejo de Nuevo México. Pero las otras imágenes, más duras, seguían interfiriendo.

—Necesito ir al baño —murmuró, levantándose del taburete.

Murph se dispuso a seguirla, pero ella levantó la mano.

—¿Puedo tener un solo momento de privacidad? —preguntó abruptamente—. No voy a ninguna parte. Solo conversa con tu amigo allí. Volveré en un minuto.

Murph se detuvo, aunque no parecía feliz por ello. A Jessie no le importó. Necesitaba unos minutos a solas para reponerse y parecía que el baño de mujeres de un bar de policías era el único lugar donde podría conseguirlo.

Se dirigió al fondo del bar y abrió la puerta del baño de mujeres. Afortunadamente, estaba vacío. Aunque no necesitaba ir al baño, se dirigió a un privado y se sentó, permitiéndose unos segundos para dejar que el dolor de su pérdida más reciente surgiera en unos breves sollozos y luego se disipara ligeramente.

Le hubiera gustado quedarse allí más tiempo, a solas con sus pensamientos. Pero oyó que otra persona entraba y se metía en la otro privado. Lo último que necesitaba era que una extraña la oyera llorar. Así que salió y se dirigió al lavabo para lavarse las manos y echarse un poco de agua en la cara.

Se miró en el espejo. El día le había pasado factura. Ya estaba privada de sueño y estresada. Pero el agotamiento mental de la investigación parecía hacer que su piel se hundiera más de lo habitual. Solo sus ojos verdes, tan apagados últimamente, tenían mejor aspecto. Tal vez fuera la emoción de estar en un caso. Tal vez fuera la humedad de su breve llanto. Pero brillaban con una energía que no había estado allí en los últimos días.

Oyó el ruido de la cadena del otro privado y se secó rápidamente los bordes de los ojos para que quien saliera no lo notara. Era una mujer desgarbada con un feo pantalón y una permanente poco favorecedora. Parecía que había bebido demasiado. Un poco tambaleante mientras se dirigía a los lavabos, la mujer se acercó a la encimera para estabilizarse.

—¿Estás bien? —preguntó Jessie, alegre que la mujer no estuviera en condiciones de darse cuenta de los problemas personales de otra persona.

—Sí, gracias —dijo la mujer con cansancio—. Un día largo. Puede que me haya excedido con lo de "quitarme los nervios".

Jessie se rio ligeramente.

—Créeme, lo entiendo —dijo mientras se inclinaba hacia el espejo, asegurándose de que las lágrimas de antes no hubieran dejado ninguna mancha en su mínimo maquillaje.

—Gracias por no juzgar —dijo la otra mujer, mirando y esbozando una media sonrisa mientras se retocaba el pelo en el espejo—. Todos tenemos cargas que llevar que otros no pueden comprender, ¿tengo razón?

Jessie asintió con la cabeza. Estaba tirando su toalla de papel en la ranura de la basura en la encimera cuando una sensación de hormigueo recorrió su columna vertebral. Algo en la media sonrisa de la mujer provocó un destello tardío de reconocimiento, como una intensa sensación de déjà vu. Le resultaba familiar.

Solo cuando la mujer metió la mano en el bolso, Jessie fue capaz de situar de dónde conocía la sonrisa. Era una sonrisa que había visto tantas veces a través del cristal de una celda del centro penitenciario de DNR. Era la sonrisa de Bolton Crutchfield.

CAPÍTULO TRECE

Jessie no tuvo tiempo de reaccionar.

Antes de que pudiera moverse o incluso hablar, Crutchfield la había golpeado contra la pared y sacó un pequeño cuchillo del bolso. Se lo acercó a la carótida, presionando firmemente la punta contra su piel. Ambos estaban de frente, mirándose en el espejo del baño.

—¿Soy su bestia de carga, señorita Jessie? —le ronroneó al oído con su agonizante y familiar acento de Luisiana.

En medio de su pánico, Jessie se reprendió por no haberse dado cuenta antes de que era él. La permanente era claramente una mala peluca. El pantalón parecía algo que había encontrado en una tienda de segunda mano especializada en ropa femenina de los años ochenta. Y de cerca, el vello de los brazos era evidente, aunque se hubiera afeitado y se hubiera maquillado la cara con rímel.

Había sido tan educada, sin querer juzgar a esta reliquia de otra época, aparentemente borracha y con problemas de moda, que había pasado por alto las señales de advertencia obvias. Mientras miraba en silencio a Crutchfield, permitió que su frustración consigo misma se convirtiera en su emoción principal. Era preferible al miedo.

Él la miraba impasible, observándola, esperando a ver cómo reaccionaba. Sabía que lo que dijera e hiciera a continuación podría determinar si vivía o moría.

Era la primera vez que se relacionaba con Crutchfield sin que estuviera encerrado. Aunque la situación física entre ellos había cambiado, ella decidió que su dinámica no podía hacerlo. Intentó acallar su mente, controlar el terror que le invadía por dentro y recordarse a sí misma por qué Crutchfield la había ayudado con los casos en el pasado, por qué disfrutaba de sus visitas, por qué incluso le había advertido de que su padre la perseguía: le gustaba.

«¿Y por qué le gusto yo?»

«Porque no me echo atrás ante él. Porque no actúo como la víctima indefensa. Porque doy lo mismo que recibo. Porque, a pesar de todo lo que he sufrido, soy fuerte».

En ese momento, supo qué hacer. A pesar de que el cuchillo se clavaba en su garganta, Jessie sintió que su cuerpo se relajaba. Dejó de presionar a Crutchfield, dejó de intentar liberarse y permitió que él la apretara más. Tomó un largo y lento aliento lánguido y exhaló profundamente.

—No se subestime, señor Crutchfield —dijo con una voz más firme de lo que imaginaba—. Yo no le llamaría una bestia, aunque tampoco sea un príncipe.

Crutchfield sonrió a su pesar, aflojando ligeramente su agarre sobre ella.

—Sigue siendo una vengala, incluso en estas circunstancias —dijo con aprecio—. He echado de menos su compañía, señorita Jessie. Nunca deja de sorprender.

Jessie tomó otro respiro, bastante segura ahora de que era poco probable que la destripara como había hecho con Ernie Cortez, al menos no en los próximos segundos.

—Tampoco usted, señor Crutchfield —respondió con suavidad—. No sabía que su gusto por la moda fuera tan retro. ¿Va a una fiesta de disfraces de “secretaria ejecutiva” más tarde?

Crutchfield soltó una sonrisa de oreja a oreja ante esa referencia.

—Oh, ¿aparento una sensibilidad de Melanie Griffith?

—Más bien como Joan Cusack —observó ella.

—Casi —dijo él, fingiendo estar molesto—. Aunque charlar de películas antiguas un usted es encantador, tenemos poco tiempo, así que tendré que acortarlo. Apuesto a que su amigo el aguacil que está afuera se está poniendo un poco nervioso y debatiendo cuánto tiempo es demasiado antes de irrumpir en el baño de damas.

—Impertinente, lo es —coincidió Jessie, tratando de mantener el ambiente de charla para que no decidiera repentinamente ponerse a apuñalar.

—Espero que nos volvamos a ver, señorita Jessie —dijo, su voz se volvió seria—. Pero para que eso ocurra, tiene que sobrevivir a la noche. Y para despertar mañana, tendrá que seguir mi consejo. No vaya a casa esta noche. A veces una casa segura no es tan segura como parece.

Los ojos de Jessie se abrieron de par en par a su pesar.

—Espere, ¿está diciendo que mi padre...?

—Odio hacer esto, señorita Jessie —dijo él, cortándola—. Pero para que nos reunamos, tengo que despedirme ahora. Y para hacerlo sin interferencias, la necesito... indispuesta.

Antes de que pudiera preguntar qué significaba eso, la palma de Crutchfield estaba en la parte posterior de su cráneo, golpeando su frente contra el espejo. Lo último que vio fue su propia cara acercándose demasiado rápido. Luego hubo un destello de agonía, seguido de oscuridad.

*

Cuando volvió en sí, se encontró desplomada en el suelo del baño. Murph estaba de pie junto a ella, con el arma desenfundada. Podía oír su voz, pero no podía distinguir las palabras. Al cabo de unos segundos se descifraron y le entendió.

—... Hunt. ¿Estás bien? ¿Puedes oírme?

—Ajá —consiguió gemir.

Un segundo después Dolan también estaba en el baño. Echó un vistazo a la situación y sacó también su arma. Murph le dirigió una breve mirada.

—Revísala —ordenó—. Tengo que asegurar la habitación.

Si aún no había asegurado la habitación, eso significaba que acababa de entrar. Se preguntó cuánto tiempo había estado fuera. Dolan se arrodilló junto a ella y estudió su cabeza. Sabía que estaba sangrando porque notaba cómo el líquido se deslizaba por su cuenta, sin llegar a tocar su ojo derecho.

Mantuvo su atención en Murph, que dio una patada en ambos privados, y luego dirigió su atención a la pequeña ventana abierta a lo largo de la pared más lejana. Se acercó a ella desde un lado y se asomó con cuidado antes de retirarse rápidamente y hablar por su comunicador.

—Equipo diurno: atención. Un asaltante está en la zona y estuvo dentro del local. Es probable que haya escapado por la ventana de un baño. El sospechoso podría estar todavía en el callejón o en la calle adyacente. Toomey y Collica, rodeen el lugar desde direcciones opuestas y reúnanse atrás. Emerson, continúa conduciendo alrededor de la manzana y espera más instrucciones. Alerta máxima.

—Mujer... —Jessie murmuró.

—¿Qué? —preguntó Dolan, inclinándose hacia ella.

—Crutchfield... vestido de mujer.

Dolan miró a Murph.

—Hunt dice que fue Crutchfield y que está vestido de mujer, o al menos lo estaba.

Murph asintió y volvió a su comunicador.

—Tengan en cuenta que el sospechoso es B.C. Puede estar disfrazado de mujer. Necesito comprobaciones de treinta segundos de los miembros del equipo de tierra — dijo, y luego se volvió hacia Jessie y Dolan—. ¿Cómo está ella?

—Sí, ¿cómo está ella? —repitió Jessie.

—Un pequeño corte sobre la sien derecha —dijo Dolan—. Probablemente ni siquiera necesita puntos de sutura. Un pequeño vendaje debería bastar. Podría haberse hecho algo mucho peor.

—En realidad no intentaba hacerme daño. Quería advertirme.

—¿Sobre qué? —preguntó Dolan.

—La casa segura. Dijo que no era seguro.

Murph pareció cabizbajo por un momento antes de que su atención volviera a la voz en su oído. Después de escuchar, parecía aún más desanimado.

—Todos los equipos se han reportado —les dijo—. No han encontrado nada. Se ha ido.

CAPÍTULO CATORCE

Decidieron que Jessie debía pasar la noche en la comisaría.

Ella había protestado pero, dadas las circunstancias, no estaba en sus manos. Además, no tenía ninguna idea mejor. Por supuesto, cuando dijeron "estación", no se dio cuenta de que se referían a un catre en una celda desocupada.

—¿Me estás castigando? —le preguntó al capitán Decker.

—No —le dijo él mientras todos caminaban por el pasillo desierto hacia la zona de encierro—. En realidad, éste es el lugar más seguro para ti, al menos a corto plazo. Esta celda está aislada de las demás para que podamos mantener tu presencia en secreto para la mayoría de la gente. Es segura y está vigilada las 24 horas del día. Por esta noche, el equipo de seguridad incluye a dos de mis oficiales de mayor confianza. Dolan dormirá en el otro catre de la habitación. Y cuatro alguaciles frescos estarán aquí en veinte minutos para relevar al equipo de Murphy por la noche. No se puede hacer mucho mejor que esto, a no ser que estés en un búnker antiatómico.

—Entonces, no es un castigo —dijo ella, más para aligerar el ambiente que para ser combativa. Antes de que pudiera volver a ella, se dirigió a Murph—. ¿Están todos bien en la casa segura?

—Todo bien hasta ahora —dijo él—. Hemos aumentado el contingente del equipo táctico con la esperanza de que tu padre aparezca, pero están en su mayoría fuera del lugar. Estamos usando vigilancia adicional, incluyendo drones. Queremos atraerlo, de hecho. Incluso tenemos a una alguacil caminando con tu ropa y con el pelo recogido en una cola de caballo como la tuya. Está armada hasta los dientes, así que aunque entre, se llevará una sorpresa.

—No te pongas pedante, Murph —aconsejó Jessie—. Xander Thurman es taimado, paciente y brillante. Subestimarlo suele hacer que la gente muera.

—Lo tenemos cubierto, señorita Hunt —le aseguró él con firmeza.

—Como quieras —dijo ella, y luego volvió a centrar su atención en Decker—. Por cierto, ¿se me permite tomar más ibuprofeno o va en

contra de las normas de la cárcel? La cabeza me sigue matando.

—El médico dijo que podías tomar dos más a las once de la noche, pero no antes.

—¿Y realmente no pensó que tenía una conmoción cerebral? —Recordó Jessie con incredulidad—. ¿Te lo crees?

—Has oído lo mismo que yo —respondió Decker—. Cree que el golpe fue lo suficientemente fuerte como para aturdirte pero no lo suficiente como para provocar una conmoción cerebral; casi como si hubiera perfeccionado la técnica.

—Crutchfield ha perfeccionado muchas técnicas —coincidió Jessie—, incluyendo, al parecer, encontrarme en ese bar de alguna manera. ¿Alguna teoría sobre cómo sucedió?

Murph se adelantó y habló. Sonaba casi mecánico.

—Creemos que estableció un lugar de vigilancia en los alrededores de la Estación Central, sabiendo que aparecerías en algún momento. Nuestros chicos hicieron una búsqueda en los edificios de los alrededores de la estación y encontraron todo un montaje en un apartamento desocupado frente a la entrada del garaje de la estación. Había una caja de pizza vacía y varias botellas de refresco vacías. Sus huellas estaban en ellas. Creemos que esperó y observó desde allí todo el día. Probablemente vio nuestro vehículo yendo y viniendo durante todo el día. No es la misma marca y modelo que los típicos vehículos sin marca de la policía de Los Ángeles, lo que fue un error de descuido por nuestra parte. Sospechamos que nos vio salir y nos siguió hasta el bar.

—¿Algún plan para remediarlo en el futuro? —preguntó ella, tratando de no sonar demasiado acusadora.

—Tenemos a tus agentes rastreando la zona por turnos. Y, en el caso de que haya montado otra vigilancia que no encontremos, pensamos utilizar vehículos policiales sin marcar para cualquier viaje futuro, de modo que no pueda distinguirse entre ellos.

—Eso podría resolver un problema —señaló Dolan—. Pero no explica cómo desapareció de un bar en una manzana concurrida de la ciudad sin dejar rastro.

—Ese callejón no tenía cámaras —señaló Decker—. Pero las dos calles adyacentes sí las tenían. Nuestro equipo no vio a nadie salir de la zona

con el atuendo que describiste o que tuviera el aspecto habitual de Crutchfield.

—Es posible que tuviera otra ropa esperando en el callejón —dijo Jessie—, o algo más debajo de ese pantalón. O podría haber...

Se interrumpió, dudando en sugerir su otra teoría.

—¿Qué? —preguntó Decker.

—Conociéndole, puede que se haya puesto creativo, tal vez haya arrancado una tapa de alcantarilla y haya escapado por el alcantarillado. Dudo que ese tipo de cosas le molesten.

—No revisamos las alcantarillas —admitió Decker.

—Habría tenido que ser muy rápido antes de que mis chicos llegaran —dijo Murph—. Incluso si lo hubiera planeado con antelación, estaría apretado.

—No sabemos cuánto tiempo tenía —le recordó Jessie—. Podría haber estado fuera durante segundos o minutos.

—Fueron segundos —dijo Murph con seguridad.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque el vaho de tu respiración donde te sostuvo contra el espejo no se había desvanecido cuando llegué. Cuando Dolan llegó, menos de quince segundos después, ya había desaparecido. Así que desde que te golpeó la cabeza contra el espejo hasta que yo irrumpí fue menos de eso. Probablemente lo perdí por un pelo. Habría tenido menos de treinta segundos para llegar desde la ventana a la tapa de la alcantarilla más cercana, abrirla, entrar y cerrarla antes de que llegaran Toomey o Collica. Eso es poco.

—Pero probablemente fue exactamente lo que ocurrió —dijo Dolan mientras se quitaba los zapatos, se tumbaba en un catre y se estiraba —. Alguien debería revisar ahí abajo para ver si se deshizo de su ropa. Tal vez haya pruebas en ellas que puedan ayudar a localizar dónde se ha escondido.

—¿Realmente vas a dormirte ahora mismo? —preguntó Jessie, sorprendida.

—No —respondió él—. Primero voy a envolverme con esta manta

rasposa. Luego me voy a dormir.

Jessie se volvió hacia los demás, que estaban igualmente aturdidos. Murph se recuperó primero.

—No es mala idea —dijo—. Deberías acomodarte. Alguien te traerá ese ibuprofeno. Pero cuanto antes puedas dormir, más eficaz serás mañana. Suponiendo que todavía quieras salir mañana.

Jessie le miró con desdén. Estaba a punto de añadir una respuesta sarcástica cuando el sonido de los fuertes ronquidos del catre de Dolan resonó en la celda.

—¿Puede alguien traerme tapones para los oídos también? —preguntó Jessie.

*

Jessie no durmió mucho.

En parte, puede que fueran los ronquidos de Dolan. Pero ella sospechaba que habría tenido problemas incluso si él hubiera estado en silencio. Sus pensamientos acelerados eran más un problema. A decir verdad, tenerlo en la celda, incluso con el ruido, era más reconfortante que frustrante. No es que se lo fuera a decir nunca.

Hacia las cinco de la mañana, renunció a dormir y se levantó para ducharse, ponerse la ropa extra que los alguaciles habían traído de la casa segura y tomar café. Cuando volvió con una taza para él una hora más tarde, estaba acurrucado en el catre en posición fetal. Sus ronquidos habían sido sustituidos por un suave silbido.

Estuvo tentada de dejarle dormir más tiempo. Pero tenían que comprobar el estado de las búsquedas de Crutchfield y Thurman y ver si el forense tenía algo nuevo sobre Claire Stanton. Y todo eso era antes de hacer el viaje a Malibú para reunirse con Jett Collison.

Así que, con más satisfacción de la que se sentía orgullosa, le dio una fuerte patada al catre de Dolan. Él resopló fuertemente y se dio la vuelta, apenas se agarró antes de caer al suelo.

—¿Qué...? —murmuró.

—Ya amaneció, Doble Bourbon —dijo Jessie en su tono más intencionadamente molesto.

La única respuesta de Dolan fue taparse la cara con la manta y lanzarle el dedo corazón.

—Oh, gestos obscenos de un agente del FBI tan recatado —se burló ella.

—No soy tan recatado —murmuró él desde debajo de la manta.

—Tengo un poco de café para ti, cariño —dijo ella alegremente—. Luego tenemos que ponernos a trabajar.

—¿Estás bromeando? —gimió—. Quizá en un par de horas.

—En un par de horas, tenemos que estar a medio camino de Malibú para entrevistar a una estrella de cine —le recordó ella—. Antes de eso, tenemos que revisar los informes nocturnos sobre Claire y nuestros asesinos duales. El tiempo va a pasar volando.

—¿No quieres quedarte sin hacer nada después de lo que pasó anoche? —preguntó él.

—Sé que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, Dolan. Pero me sorprende que me hagas esa pregunta. ¿Todavía estás borracho?

—Oye, solo estoy cuidando de ti. No tienes que ser tan mezquina al respecto —dijo, con la cabeza todavía escondida bajo la manta—. ¿Puedo al menos ir al baño primero?

—Claro que sí, Doble Bourbon —dijo ella—. Te espero en la sala de conferencias.

Para cuando se reunió con ella media hora más tarde con una magdalena en una mano y un enorme café en la otra, ya había leído el informe del forense sobre Claire, que no tenía nada nuevo. También pensaban que las llaves eran el arma homicida más probable. Pero su garganta estaba tan destrozada que no podían determinar su estilo, marca o antigüedad. Además, toda la sangre había lavado la zona alrededor de la piel, por lo que no había suficientes restos de bacterias para buscar pistas. Volvían a estar en el punto de partida con las pruebas forenses.

Le pasó a Dolan el expediente cuando se sentó y estaba a punto de abrir los informes de búsqueda nocturna de Crutchfield y Thurman

cuando entró Decker.

—Tengo algunas novedades —dijo, su voz sugería que no debían emocionarse demasiado.

—Buenas noticias, supongo —dijo Dolan con sarcasmo.

Decker se lanzó, ignorando el comentario.

—Nuestra CSU volvió a revisar la alcantarilla y las cloacas cerca del bar. Efectivamente, las huellas de Crutchfield estaban en la tapa. Encontramos la ropa a la que se refirió Hunt a unos diez metros por el túnel, parcialmente sumergida en el agua de la alcantarilla. No había forma de obtener muestras útiles de ellas. Comprobamos las huellas posteriores en cada tapa de alcantarilla durante los siguientes cuantrocientos metros y encontramos una que llevaba a un callejón cerca de una estación de metro. Las imágenes de las cámaras le muestran entrando en la estación y luego en un baño. No había imágenes de su salida, pero enviamos un equipo allí y encontramos a un trabajador de mantenimiento inconsciente en el armario del baño. Estaba desnudo.

—Pervertido —dijo Dolan, con la boca llena.

—Al menos no lo mató —señaló Jessie, aliviada.

—Esa es una buena noticia —coincidió Decker—. Pero ésa es casi la única buena noticia que tenemos. Cuando revisamos las imágenes en busca de un trabajador de mantenimiento que saliera del baño, encontramos una que creemos que era Crutchfield. Pero se unió a un grupo de otros en una sala de empleados. Cuando nuestra gente llegó, encontraron que el salón tenía una salida trasera sin cámaras de vigilancia que funcionaran. Se escapó.

—¿Crees que desactivó la cámara con anticipación? —preguntó Jessie.

—No. Llevaba una semana sin funcionar antes de que se escapara de la DNR. Simplemente tuvo suerte.

Hubo un breve silencio que fue interrumpido por Murph, que entró en la habitación y le dio un golpecito en el hombro al jefe de la brigada nocturna. El otro hombre se fue y Murph ocupó su lugar sin decir nada. Tenía los ojos un poco hinchados pero, por lo demás, tenía buen aspecto.

Jessie estaba a punto de hacer un comentario a su costa, pero Dolan

habló primero.

—¿Alguna coincidencia con Thurman?

—Nada —respondió Decker—. Ha estado fuera del radar por completo. Creo que sus lesiones pueden mantenerlo fuera de servicio más de lo que preveíamos.

Estaba a punto de continuar cuando sonó el teléfono de la sala de conferencias. Descolgó y escuchó, con el rostro más ceniciento a cada segundo que pasaba. Cuando colgó, miró directamente a Jessie.

—Tal vez he hablado demasiado pronto —dijo, con la voz cargada de emoción.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Un hombre que coincide con la descripción de Thurman atacó a un detective esta mañana, apuñalándolo varias veces.

—¿Quién? —preguntó Dolan.

Jessie ya sabía la respuesta antes de que Decker contestara.

—Ryan Hernández.

CAPÍTULO QUINCE

Jessie sintió que el corazón se le caía al estómago.

—Está vivo —continuó Decker antes de que ella pudiera hablar—. Ahora está en el quirófano. Confían en que saldrá adelante.

—¿Atraparon a Thurman? —preguntó Dolan inmediatamente.

—No. El equipo estaba buscando pruebas en una zona boscosa en el cañón de Topanga. Estaba oscuro. Hernández se las arregló para defenderse después de las primeras cuchilladas. Incluso hizo un disparo. Menos mal, porque eso fue lo que alertó al resto del equipo. Cuando llegaron, apenas estaba consciente.

—¿Dónde fue apuñalado? —Jessie preguntó con voz uniforme, sin traicionar ningún indicio de que su preocupación era algo más que profesional.

—Una vez en el estómago, justo debajo de las costillas izquierdas, y varias veces en el antebrazo izquierdo. Parece que intentó bloquear los golpes con el brazo.

—¿Creía que había acertado a Thurman cuando disparó? —quiso saber Dolan, aparentemente ajeno a la situación médica de Hernández.

—No lo sé en este momento —dijo Decker—. Si lo hizo, obviamente no fue un disparo mortal porque no encontraron al tipo. Lo único que dijo Hernández antes de desmayarse fue que parecía Thurman.

—¿Qué tan graves son las heridas? —preguntó Jessie, notando de nuevo que sonaba sorprendentemente neutral.

—Un corte en el antebrazo llegó hasta el hueso, pero se sienten bien en general. No cortó arterias importantes y lo han vendado bien. Lo que les preocupa es la herida del abdomen. Les preocupa que haya sido lo suficientemente profunda como para perforar un riñón. Al parecer, perdió bastante sangre antes de que pudieran llevarlo al hospital. El cañón estaba aislado y el acceso era difícil. Utilizaron un helicóptero.

La magnitud de la situación se instaló entre ellos y nadie dijo nada

durante varios segundos.

—¿Dónde está? —preguntó finalmente Jessie—. Voy a verlo.

—No —dijo Murph con firmeza desde la esquina de la habitación.

—No es una petición —respondió Jessie—. He trabajado con Ryan Hernández. No es solo un colega. Es un amigo. Y fue atacado por mi padre por mi culpa. Voy a ir al hospital.

—No —repitió Murph, impasible.

Jessie se dirigió a la puerta cuando Dolan le puso una mano suavemente en el brazo.

—Espera un segundo antes de irte —dijo con una voz inesperadamente suave—. Piensa en esto un momento.

—¿Pensar qué?

—¿Realmente crees que Hernández logró defenderse de tu padre? Sé que es un buen detective. Pero fue tomado por sorpresa en la oscuridad por un asesino experimentado. ¿Te parece que Hernández está vivo por sus habilidades o por alguna otra razón?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el capitán Decker, sin entender.

Pero Jessie sí entendía. A pesar de su enfado y ansiedad, los engranajes de su cabeza empezaron a girar. Dolan tenía razón. Si Thurman se había acercado lo suficiente como para apuñalar a Ryan en el abdomen, entonces estaba lo suficientemente cerca como para haberle apuñalado en el pecho o en la cabeza o haberle cortado la garganta. Ryan estaba vivo porque su padre no tenía intención de matarlo.

«Pero, ¿por qué le dejó vivir?»

En cuanto se hizo la pregunta, la respuesta era obvia. Dolan también lo sabía claramente, ya que la miraba expectante. Ella dijo en voz alta lo que ambos comprendían.

—Thurman no mató a Ryan porque quería que lo llevaran al hospital. Habría seguido al helicóptero desde tierra para ver a dónde lo llevaban. Sabe que me sentiría responsable de las heridas del detective Hernández y querría verlo. No pudo encontrarme de otra manera, así que creó una forma. Me está esperando en el hospital.

Dolan asintió con la cabeza.

—Y por eso no puedes ir —dijo.

—Pero nosotros sí podemos —señaló Decker con énfasis—. Podemos inundar el hospital de agentes para que lo busquen. Esta podría ser realmente nuestra oportunidad de darle la vuelta a la tortilla.

—O —sugirió Murph desde la esquina—, ir por una vía menos abierta y hacer lo que hicimos anoche. Hacer que alguien que se parezca a Hunt vaya a la habitación de Hernández. Darle un amplio margen de maniobra. Entonces, si aparece, saltamos.

—Eso no te funcionó muy bien anoche —replicó Decker.

—¿Dejas de pescar y te vas a casa porque tu primer cebo no funcionó? —preguntó Murph—. ¿O pones otro trozo de cebo en el sedal, lo dejas caer en el agua y te preparas para la larga espera?

Decker era aparentemente un pescador porque asintió a la analogía.

—Lo prepararemos —dijo antes de volverse hacia Jessie—. Tú mantente lejos de ese hospital. Tienes suerte de que no te tenga encerrada en esa celda hasta que todo esto termine.

—Capitán, ¿realmente crees que algún lugar es seguro para mí hasta que todo esto termine? La mejor manera de mantenerme a salvo es atrapar a la gente que quiere hacerme daño.

—Es fácil para ti decirlo —replicó Decker con brusquedad—. Si mueres, la comisaria me ejecutará en persona.

—¿Qué tan seguro te parece Malibú? —sugirió Dolan, intuyendo claramente que esta disputa no podía acabar bien y pasando rápidamente a la acción—. No se me ocurre ninguna forma mejor de sacarte esto de la cabeza que interrogar a una estrella de cine de la vida real. ¿Te apuntas?

—Me apunto —dijo Jessie, siguiéndole la corriente.

Además, en cuanto a distracciones mentales, esta era una muy buena.

*

Mientras Toomey conducía por la autopista de la costa del Pacífico y Santa Mónica daba paso a Malibú, pasaron por una hermosa casa tras otra. Pero después de cuarenta y cinco minutos de viaje frente al mar, llegaron a una que era diferente.

Jessie trató de ocultar su asombro.

A pesar de su preocupación por Ryan, no podía dejar de sorprenderse por lo que veía.

Ella había estado en algunas casas impresionantes. Incluso había vivido en una durante un tiempo antes de saber que su marido era un asesino sociópata. Pero nunca se había encontrado con algo así.

Apartada de las demás casas, que a menudo solo tenían unos pocos metros de espacio entre ellas, ésta estaba en una propiedad cerrada, apoyada en un acantilado que colgaba arrogantemente sobre el agua. Era la casa de Jett Collison.

La mansión de tres plantas de estilo español estaba rodeada por un elaborado muro de piedra de tres metros que parecía haber sido enviado desde la misma España. La puerta parecía ser de madera gruesa, pero en realidad era de metal delicadamente pintado en múltiples tonos de marrón. A lo lejos, el océano Pacífico se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Aparcaron delante de la verja. Mientras Murph salía del coche, la voz de la asistente de Jett Collison, Matilda, que le resultaba muy familiar, sonó por el intercomunicador.

—Hola, ¿están con Hunt? —preguntó. Jessie se dio cuenta de que nunca le había dado a la chica su nombre de pila. Al parecer, Matilda pensaba que era “Hunt”. Eso estaba bien, ya que así era menos probable que la identificaran.

—Sí —dijo Murph, aparentemente sintiendo lo mismo—. Todos somos parte de su equipo.

—¿Podría mostrar su identificación a la cámara? —le preguntó amablemente.

Murph la sacó y estaba a punto de desplegarla hacia la página de fotos del interior cuando la puerta se abrió. Al parecer, Matilda se conformó con ver el exterior de una cartera de cuero.

Murph se encogió de hombros ante Toomey mientras volvía al asiento

del copiloto y subía.

—Es muy lista —murmuró Toomey en voz baja.

Condujeron por el camino de piedra hasta la entrada principal de la casa. Al llegar, Matilda salió a recibirlos. No tenía el aspecto que Jessie esperaba por su voz. Bajita y corpulenta, con gafas y una espesa mata de pelo oscuro rizado, el único indicio de que se trataba de la misma persona del teléfono era la forma en que rebotaba sobre los dedos de los pies, como si no pudiera controlar su propia energía. No podía tener más de veintitrés años.

—Parece más una entusiasta bibliotecaria que una profesional del entretenimiento —dijo Dolan.

—¿Cómo se supone que debe lucir una profesional del entretenimiento, agente Dolan? —preguntó Jessie con brusquedad, desquitándose con él por sus propias suposiciones.

Él la miró, ligeramente sorprendido, pero no dijo nada. Jessie salió, tratando de dejar de lado su frustración consigo misma. A pesar de su formación y experiencia, seguía cometiendo el pecado capital de sacar conclusiones antes de que las pruebas las respaldaran. El hecho de que Dolan hubiera hecho lo mismo no la excusaba. Se suponía que era una experta en perfiles criminales, que utilizaba los hechos para hacer evaluaciones, no que prejuzgaba a las personas en función de su aspecto o su sonido.

«Tengo que mejorar en esto».

Sonrió mientras salía del coche y se acercaba a estrechar la mano.

—Hola, Matilda —dijo con su voz más cálida—, soy Hunt.

—Encantada de conocerte —dijo Matilda, estrechando su mano vigorosamente—. Siento que no pudiéramos quedar anoche. Pero estos malditos estudios, no quieren desperdiciar millones de dólares por hora, ¿verdad?

—Claro —respondió Jessie porque no se le ocurrió una respuesta más ágil.

—Hola, chicos —dijo Matilda, saludando con la mano al ver a los otros tres hombres mientras bajaban del coche—. No me di cuenta de que serían tantos. Solo he enfriado una Perrier.

—No pasa nada —dijo Dolan secamente—. De todos modos, prefiero el agua del grifo.

—Entonces agua para ti —dijo Matilda con entusiasmo antes de volverse hacia Murph y Toomey—. ¿Y para ustedes, caballeros?

Murph negó con la cabeza. Toomey no respondió en absoluto.

—Ellos están bien —dijo rápidamente Jessie—. ¿Por qué no entramos? Creo que el señor Toomey se quedará fuera. Es un poco claustrofóbico.

—Es una casa muy grande, señor Toomey —prometió Matilda—. ¿Está seguro?

Toomey asintió a medias. Matilda se encogió de hombros y les hizo una señal a los demás para que la siguieran dentro de la casa mientras Toomey se colocó junto a la puerta principal, de espaldas al camino de entrada.

—Jett acaba de levantarse —les dijo Matilda mientras los guiaba por un pasillo con lo que parecían ser baldosas de cuarcita bajo los pies—. No terminó hasta pasada la medianoche y no volvió aquí hasta pasada la una. Así que recién está empezando el día.

—Intentaremos no alterar demasiado su estado de ánimo —prometió Dolan.

—Siento que me estás tomando el pelo un poco —dijo Matilda juguetonamente, aunque su sonrisa parecía un poco forzada.

—Solo un poco —respondió Dolan cuando doblaron la esquina y entraron de repente en una enorme sala.

Medía fácilmente cincuenta metros de largo, con un techo abovedado de diez metros de altura. Toda la longitud de la sala estaba cubierta de ventanas del suelo al techo que daban al Pacífico. El lado de la sala más cercano a ellos parecía un cruce entre un bar retro y un salón recreativo, con antiguos videojuegos de pie a lo largo de las paredes y la zona central compuesta por una mesa de ping-pong, un billar, un futbolín y una mesa de hockey de aire. En el extremo de la sala había una enorme pantalla, casi del tamaño de un cine, contra la pared del fondo. Alrededor de ella, en un semicírculo suelto, había varios sofás y sillones.

—Jett —gritó Matilda, su voz resonó con fuerza—. Tus invitados están aquí.

Una cabeza asomó desde uno de los sofás y el brazo unido a ella les hizo un gesto para que se acercaran. Al hacerlo, se levantó para recibirlos.

Jett Collison tenía un aspecto muy parecido al de las películas que le hicieron famoso. Era alto, probablemente medía uno ochenta metros Aunque a primera vista parecía larguirucho, Jessie vio que sus bíceps sobresalían a través de su camiseta ligeramente pequeña, que también dejaba al descubierto la mitad inferior de sus bien definidos abdominales.

Su pelo castaño estaba despeinado y se le caía en algunas partes y llevaba unas finas gafas de montura de alambre que resaltaban sus brillantes ojos azules. Mientras se acercaba, les dedicó su patentada sonrisa ladeada. Parecía un cervatillo un poco inseguro con un pantalón de chándal suelto. Sus pies descalzos hacían ruido al golpear el suelo de baldosas.

Mientras se acercaba, Jessie se encontró casi sin quererlo encantada por sus modales pomposos y autodespreciativos. Se recordó a sí misma que ese tipo se ganaba la vida dando esa impresión y que no debía dejarse deslumbrar por ella. Al fin y al cabo, podía ser la persona que le había clavado varias llaves en la garganta a Claire Stanton hacía menos de treinta y seis horas.

A medida que él se acercaba, ella pudo ver que detrás de su sonrisa ganadora y su buena apariencia poco convencional, esos ojos azules estaban llenos de aprensión. Sabía que esto no iba a ser un festival de chismes. Se aferró a su preocupación, esperando utilizarla en su beneficio.

—Chicos —dijo Matilda a modo de presentación—, este es Jett Collison. Jett, este es... oh cielos, me acabo de dar cuenta de que no conozco ninguno de sus nombres, aparte de Hunt.

—Jack Dolan —dijo el agente del FBI mientras estrechaba la mano de Collison, sin identificar su agencia.

—Murphy —se presentó Murph desde varios metros de distancia, sin hacer ningún esfuerzo por estrechar la mano.

—Encantado de conocerlos a todos —dijo Collison, con voz suave y vacilante—. Siento estar tan descuidado esta mañana. No soy madrugador.

—No hay problema —dijo Jessie, sonriendo ampliamente con la

esperanza de poder adormecer a Collison para que la viera más como una chica fanática que como una interrogadora. Tal vez él sería más comunicativo si no la viera como una amenaza seria—. ¿Dónde deberíamos hablar?

—¿Está bien el sofá? —preguntó él con inseguridad.

—Claro —respondió ella—. Guíe el camino, Sr. Collison.

—De acuerdo, pero solo si me llamas Jett —dijo él, como Jessie anticipó que haría.

—De acuerdo, Jett —dijo ella, ofreciendo su mejor sonrisa.

Cuando todos estaban sentados en varios sofás, Jett se recostó.

—Entonces, ¿de qué se trata todo esto? —preguntó, tratando de sonar casual pero fallando.

—Bueno —comenzó—, suponemos que Matilda te dijo que esto estaba relacionado con LOL, ¿verdad?

—Sí, señora —dijo él, con cara de estar esperando el golpe.

—¿Qué puedes decirnos sobre tu participación en esa organización? —preguntó ella con dulzura.

—Um, bueno, es como un servicio de citas, más o menos. Ayuda a los chicos a conocer a las chicas para, ya sabes, salir y esas cosas.

Jessie se preguntó si sus respuestas entrecortadas se debían al nerviosismo o si simplemente era así. Si era esto último, los guionistas de sus películas merecían un enorme crédito.

—¿Y utilizaste este servicio? —presionó ella.

—Sí, es decir, a veces. Conocí a algunas chicas geniales a través de él. Es difícil conocer chicas en mi vida normal. Así que esto es un poco más... sencillo.

—¿No estás saliendo con nadie en serio? —preguntó.

—Bueno, eso es un poco complicado. ¿Estamos hablando extraoficialmente?

—No somos periodistas, Jett —dijo Dolan, adoptando un tono de padre—. Somos agentes de la ley. Nada es extraoficial.

—Dicho esto —intervino Jessie—, si algo que nos cuentas no es relevante para nuestra investigación, no tenemos que incluirlo necesariamente en nuestro informe.

—Um... —Jett dudó.

Jessie podía decir que necesitaba un pequeño empujón.

—Oye, Matilda —le dijo a la chica, que estaba de pie justo al lado del grupo meciéndose de un lado a otro muy ligeramente—, Creo que me encantaría esa Perrier ahora. Y a Jack también le gustaría su agua del grifo... eh, sin gas.

—Claro que sí, Hunt —dijo Matilda, con una voz más amable que su expresión. Se fue, aunque estaba claro que quería quedarse. Cuando ella estaba fuera del alcance del oído, Jessie reanudó.

—Mira, Jett. Es evidente que sabemos que utilizas el servicio o no estaríamos aquí. Y sabemos que el servicio empareja a hombres ricos con señoritas que están abiertas a todo tipo de relaciones, incluso a las de muy corta duración. No estamos aquí para detenerte por solicitar prostitución, si eso es lo que te preocupa. Solo necesitamos información, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, bien —dijo Jett, pasándose los dedos por el pelo para que sobresaliera aún más—. Yo solo, vale, este es el asunto. Mi publicista me ha puesto en contacto con esta actriz, ¿no? Me ayuda a conseguir buena prensa y tengo a alguien a quien llevar a los estrenos y esas cosas. Y ella es genial y todo. Pero no somos una pareja real. Es más para el espectáculo. Pero todavía quiero tener un poco de romance y esas cosas, ya sabes. Así que un amigo me recomendó este sitio y me dijo que era muy discreto. Lo probé y me gustó. Podía salir con una chica... o normalmente quedarme en casa con ella, y no preocuparme de que los paparazzi estuvieran encima.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Jessie preguntó.

—Bueno, supongo que no puedo estar totalmente seguro. Pero mi amigo dijo que la empresa nunca ha tenido un problema así. La mayoría de estas chicas no tienen trabajos normales. Su trabajo es tener citas. Los chicos pagan todas las comidas y clubes, y a veces mucho más, como el alquiler y otras cosas. Así que si eres una chica que busca divertirse, ser agasajada por un tipo rico y no tener que preocuparse de pagar las facturas, es un buen trabajo. ¿Por qué ibas a arriesgarte a estropearlo por hablar de ello, sabes?

—¿Te sentías seguro solo por eso? —siguió Dolan.

—Sí, eso y el hecho de que todas mis citas demostraron que era cierto. Nunca tuve una de esas chicas que me amenazara con algún video o me pidiera dinero, probablemente porque lo entregué sin que me lo pidieran. He pagado el alquiler; los billetes de avión para que una chica volviera a casa por Navidad. Una vez incluso le compré a una chica un cachorro. Tengo el dinero. Las hizo felices. Y cuanto más feliz es mi cita, mejor lo pasamos. No digo que sea lo más romántico del mundo. Pero funciona para todos los involucrados.

Eran momentos como este los que hacían que Jessie se alegrara de que hubieran podido mantener el nombre de Claire fuera de las noticias. Oficialmente era para que los familiares pudieran ser notificados. Pero la verdadera razón era que podían obtener reacciones genuinas sobre ella de los posibles sospechosos.

Con eso en mente y sin ninguna advertencia, le hizo la pregunta que le había preparado.

—¿Funcionó eso con Claire Stanton?

CAPÍTULO DIECISÉIS

Hubo una larga pausa mientras los ojos de Jett se abrieron de par en par.

Cuando empezó a responder, se le quebró la voz y soltó una tos seca que tardó varios segundos en detenerse. Jessie no podía saber si era sincera o solo una técnica de dilación.

Bebió un poco de agua de la mesa de café y se limpió la boca.

—Creo que sí —dijo finalmente—. Ella parecía estar contenta con el acuerdo.

—¿Cuánto tiempo salieron los dos? —preguntó Jessie.

—Durante un tiempo, en realidad —dijo—. Fue más a largo plazo que algunas de las otros. Una vez que empezamos a vernos, dejé de salir con las otras chicas.

—¿Por qué? —preguntó Dolan.

—Porque ella me gustaba —dijo Jett simplemente—. Ella era genial. Es decir, también está súper buena, obviamente. Pero también es divertida con los pies en la tierra. No siempre teníamos que pedir servicio de botella en la sala VIP de un club. Era feliz pasando el rato aquí, viendo una película y comiendo palomitas.

—¿Pero dejaste de verla? —preguntó Jessie de forma directa.

—Sí. El rodaje se agitó. No podía pasar tanto tiempo con ella como quería. Ella necesitaba más seguridad financiera, ¿sabes? Así que nos separamos, al menos por ahora. Tal vez nos juntemos de nuevo cuando la película termine de rodarse. ¿Está Claire en algún tipo de problema? ¿Ha hecho algo malo?

—Nada de eso —le aseguró Dolan, aparentemente decidiendo adoptar el enfoque de Jessie de interrogar con azúcar en lugar de vinagre—. Solo estamos haciendo un seguimiento de rutina. Oye, ¿puedo hacerte unas preguntas sobre tu agenda de los últimos días?

—Sí, claro —dijo Jett—. Pero puede que tengamos que hablar con Matilda si quieres detalles reales. Ella se encarga de todas esas cosas.

—Está bien —dijo Dolan—. Empezaremos contigo y ella puede ayudar a rellenar los huecos, ¿te parece?

—Genial —aceptó Jett.

—Oye, Jett —interrumpió Jessie, intuyendo que era el mejor momento para seguir con una sospecha que no se podía quitar de encima—. Mientras Jack te pregunta esas cosas, ¿puedo usar tu baño?

—Claro, es por ahí —dijo él, señalando el pasillo cerca de la enorme pantalla de televisión.

Ella se dirigió en esa dirección mientras Dolan continuaba con su interrogatorio. Murph hizo un movimiento para seguirla, pero ella sacudió la cabeza casi imperceptiblemente. Parecía molesto, pero no se movió.

Una vez que se perdió de vista, Jessie se movió rápidamente. Algo en la reacción de Jett a su pregunta sobre cómo había terminado su relación con Claire no sonaba genuino. Y sospechó que obtendría más información sobre la verdadera naturaleza de la relación si comprobaba dónde vivía él en lugar de lo que decía. Eso significaba encontrar su dormitorio.

«Pero, ¿cómo hacer eso en un lugar tan gigantesco?»

Mientras caminaba por el pasillo, llegó a una escalera alfombrada que parecía desgastada, como si tuviera mucho tráfico de personas. Era un lugar tan decente para empezar como cualquier otro. Subió las escaleras de dos en dos, consciente de que una vez que Matilda volviera con el agua, se notaría su ausencia.

Una vez en el segundo piso, miró la alfombra con más atención y siguió la sección con más huellas de zapatos. Efectivamente, conducía a una puerta al final de un largo pasillo. Estaba ligeramente entreabierta. Jessie debatió brevemente si eso cumplía la norma legal para entrar sin ser acusada de allanamiento de morada.

Después de medio segundo, decidió preocuparse por eso más tarde y empujó la puerta para abrirla. Estaba claro que era el dormitorio de Jett, como demostraban los pósteres de sus diversas películas, entre ellas El novio, Mercado agrícola y El novio 2.

La cama king californiana estaba en un extremo de la enorme habitación, con vistas a la playa y al océano a través de las puertas del balcón. En el centro de la habitación había una cinta de correr, una

máquina elíptica y un gimnasio doméstico. Contra la otra pared había una pantalla de televisión de apenas un tercio del tamaño de la de la sala de estar.

Caminó alrededor, mirando la mesa auxiliar junto a la cama, que tenía un guión, una caja de pañuelos y una foto de una pareja mayor que supuso que eran sus padres. No había nada más de importancia personal en ningún lugar de la zona. En el tablero de la cinta de correr había un ejemplar de Entertainment Weekly, abierto con una crítica de su última película, Wing Man. Obtuvo una calificación de notable.

Pasó al baño. Era más grande que la mayoría de los dormitorios. Encontró más guiones y revistas de entretenimiento esparcidas por ahí, pero nada personal. La ducha era estándar, al igual que la sala de vapor, aparte del hecho de que él tenía una sala de vapor.

Encendió la luz del vestidor y miró a su alrededor. Era cavernoso. Pero aparte de una sección con trajes y esmóquines, casi todo en su armario era informal. Había innumerables camisetas y pares de vaqueros.

Estaba a punto de apagar la luz y volver a bajar al salón cuando miró el extremo del armario, donde los abrigos de Jett descansaban en perchas. Lo que le llamó la atención fue que estaban separados de sus otras chaquetas.

Junto a los trajes y esmóquines, tenía un cortavientos, una chaqueta de cuero, una gabardina y una parka de esquí. Pero en el extremo más alejado había tres pesados abrigos dispuestos en línea para bloquear cualquier visión de la pared que había detrás.

«¿Por qué tiene tres abrigos si vive en el sur de California? ¿Por qué están allí? Tiene espacio más que suficiente para ponerlos con sus otros abrigos aquí.»

Se acercó para comprobarlo. Al acercarse, se dio cuenta inmediatamente de algo. Había una corriente de aire.

Jessie llevaba unos pantalones informales y unos prácticos zapatos planos con calcetines hasta el tobillo. Justo por encima de la línea de los calcetines, había un indicio de una brisa que hacía cosquillas en la piel expuesta. Cuando dejó de caminar y se colocó justo delante de los abrigos, las botas de sus pantalones se hincharon ligeramente.

Empujó los abrigos a un lado y miró la pared que había detrás de ellos. Enseguida se vio que había algo detrás. Pequeños rayos de luz se

colaban por una rendija apenas visible entre las secciones de la pared. Jessie golpeó una sección cerca de la hendidura. Estaba hueca. Tanteó hasta encontrar una muesca que sobresalía ligeramente de la pared y presionó sobre ella. La muesca cedió y el panel de la pared se abrió, revelando una habitación detrás de ella.

Jessie respiró hondo y entró, mirando a su alrededor. La habitación parecía inocua, casi como si fuera una habitación del pánico sin las medidas de seguridad. Había una cama de dos plazas en una esquina. Contra la pared del fondo había una silla con un pequeño escritorio con un cuaderno en espiral. Se acercó y lo hojeó. Estaba compuesto por historias cortas escritas a mano, reflexiones generales y poemas, nada terriblemente ofensivo. La habitación parecía realmente una sala de seguridad temporal en la que refugiarse si un fanático enloquecido irrumpía en la casa.

Jessie se sentó en la silla, decepcionada. Se dio cuenta de que había albergado esperanzas poco razonables de que la habitación proporcionara pruebas evidentes de la culpabilidad de Collison. No habría sido la primera vez que un acosador guardaba recuerdos ocultos del objetivo de su obsesión. De hecho, era bastante común. Pero, al parecer, Jett Collison no era más que un actor de veintitantos años al que le gustaba las relaciones fáciles con chicas buenas y no quería ser asesinado por un fanático psicópata.

Apoyó los codos en los muslos y apoyó la cabeza en las manos con los ojos cerrados, tratando de determinar hacia dónde ir con el caso. Collison era su último sospechoso serio. Si no resultaba, tendrían que volver a revisar los viejos mensajes del sitio de citas e intentar establecer conexiones a partir de textos de dudosa relevancia. La perspectiva no era atractiva, pero era todo lo que tenían.

Volvió a abrir los ojos, decidida a aceptar el trabajo de investigación. No todos los casos se resolvían gracias a un brillante destello de perspicacia. De hecho, la mayoría de las veces se trataba de una simple investigación a la antigua.

Estaba a punto de levantarse y bajar las escaleras cuando vio un pequeño cubo de plástico debajo de la cama de dos plazas del otro lado de la habitación. Se acercó y se arrodilló para sacarla. Había algo dentro, pero el revestimiento blanco de la papelera impedía verlo. La parte superior estaba cerrada como un recipiente de Tupperware, pero consiguió abrirla.

Dentro había un pequeño álbum de fotos. Lo abrió y se quedó

boquiabierta. Todas las fotos eran de Claire Stanton. Algunas eran posadas, pero la mayoría eran espontáneas. Algunas fueron tomadas, obviamente, a escondidas. Unas pocas eran de ella durmiendo en la cama del dormitorio, desnuda.

Dejó el álbum y miró los otros dos objetos de la caja. Uno de ellos era otro recipiente sellado, esta vez más pequeño y circular. Lo abrió. En su interior había lo que equivalía a un mechón de cabello humano. Era del mismo tono de rubio que el de Claire.

El último artículo estaba en una bolsa Ziploc. Jessie no la abrió porque podía ver claramente su interior. Contenía una especie de tela blanca rasgada, tal vez una sección arrancada de una bufanda o pañuelo. En una esquina del material había una mancha roja. Era difícil saber lo que era: tal vez lápiz labial, posiblemente sangre.

Se estaba inclinando para ver más de cerca cuando oyó el crujido de una tabla del suelo a su derecha. Antes de que pudiera reaccionar, una voz fuerte le gritó.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

CAPÍTULO DIECISIETE

Era Matilda.

Estaba en la entrada de la habitación, con el ceño fruncido y la cara roja. Todo su cuerpo parecía vibrar de furia. Jessie miró rápidamente sus manos y vio, para su alivio, que estaban vacías.

—Estaba buscando un baño —dijo Jessie con lo que esperaba que fuera una voz tranquilizadora mientras se ponía de pie, todavía preparada para cualquier movimiento repentino.

—¿Aquí dentro? —preguntó Matilda, que aún parecía dispuesta a abalanzarse.

—Me perdí —explicó Jessie—. ¿Conocías esta habitación?

—No. Pero tal vez eso es porque no voy husmeando por la casa de mi jefe, porque es de mala educación.

—Como he dicho —repitió Jessie con un comportamiento conscientemente despreocupado— me he perdido un poco. Es una casa grande, Matilda, como sabes.

—¡Tienes que salir de aquí!

—Ya lo creo —aceptó Jessie—. Volvamos a bajar juntas para no perderme de nuevo.

—Puedes ir por tu cuenta. Voy a cerrar esto.

—No lo creo —dijo Jessie brevemente.

—¿Qué?

—Vamos a bajar juntas —anunció Jessie, separando los pies a la altura de los hombros y flexionando los dedos en previsión de tener que usarlos.

Matilda parecía igualmente desconcertada y furiosa.

—No puedes venir a darme órdenes...

—Me temo que sí —la cortó Jessie—. Trabajo con el Departamento de

Policía de Los Ángeles y esta habitación es una prueba potencial en la investigación de un crimen. Así que no te dejaré sola en ella. Vamos a bajar las escaleras juntas. Eso puede ocurrir contigo caminando delante de mí, guiando el camino de forma hospitalaria. O puedo esposarte y arrastrarte de vuelta. Tú decides, Matilda.

Por un segundo, la mujer más joven pareció querer golpear a Jessie. Pero antes de que pudiera reaccionar, alguien detrás de ella habló.

—¿Todos están bien aquí? —preguntó Murph, entrando en escena. Su tono era casual, pero Jessie pudo ver que estaba tenso por la anticipación.

—¡Esta mujer está invadiendo el espacio privado de mi jefe! —se quejó Matilda.

Murph asintió comprensivamente.

—Puede ser un poco entrometida —dijo tranquilizadoramente—. ¿Por qué no bajamos todos y lo solucionamos juntos?

Matilda continuó mirando fijamente a Jessie. Pero al cabo de unos instantes pareció recuperar el sentido común. Lanzó una última mirada sucia, luego giró sobre sus talones y murmuró—: Síganme.

Una vez abajo, Jessie se dirigió directamente a Collison, que seguía sentado en el sofá, charlando alegremente con Dolan. Se acercó a él y se detuvo a pocos centímetros de su cara.

—Levántate —le ordenó.

—¿Qué...? —empezó él, con una mirada confusa.

—Levántate ahora o te dejaré plantado —le ordenó ella con los dientes apretados.

—Yo haría lo que ella sugiere —dijo Dolan, ligeramente divertido.

Murph, en cambio, no parecía divertido en absoluto. Aunque no dio un paso adelante ni dijo nada, su mano derecha se cernía sobre su arma y su cuerpo estaba tenso, listo para entrar en acción.

Collison se levantó. Jessie le agarró el brazo y se lo retorció a la espalda, sacando las esposas y encajándolas en sus muñecas en un movimiento fluido.

—¿Qué está pasando? —exigió Collison—. ¿Qué he hecho?

Matilda se adelantó.

—Encontró una habitación detrás de tu armario y ahora está enloqueciendo por ello.

—Sí, Jett —coincidió Jessie—. Estoy enloqueciendo. ¿Puedes adivinar por qué?

La cara de Collison se puso muy roja.

—Puedo explicarlo —tartamudeó—. No es lo que parece. Es decir, lo es. Pero no de una manera espeluznante.

—Tienes el pelo de Claire en un contenedor de plástico, amigo —le recordó Jessie—. No hay nada más espeluznante que eso.

Lo empujó por el pasillo delante de ella antes de volverse y llamar a Dolan.

—No pierdas de vista a su lacaya. Y llama a la policía de Malibú. Deberían traer a su CSU también. Hay una pieza de ropa que podría tener sangre.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta para seguir "escoltando" a Collison fuera de la casa.

*

Jessie esperó a que alguien la llamara.

Estaban conduciendo de vuelta a la Estación Central. Un coche blanco y negro de la policía de Malibú les seguía con Collison en el asiento trasero. Su CSU estaba procesando el cuarto oculto. Mientras se alejaban, Matilda le había gritado a Jett que no dijera nada. Al parecer, además de sus habilidades para conseguir Perrier, ahora también era una abogada aficionada.

Después de haber tenido una hora para calmarse, Jessie sabía que probablemente había exagerado y dejado que su frustración se desbordara. Parte de ella estaba legítimamente dirigida a un tipo que podía haber matado a una mujer joven. Pero incluso mientras lo empujaba hacia la parte delantera de la casa, una parte de ella sabía que también se trataba de una ira fuera de lugar, sin forma, por el

hecho de que Ryan había sido apuñalado.

Ella no podía hacer nada por él. Pero podía hacer esto. El problema era que, al salir furiosa y poner a Collison bajo custodia, había perdido el elemento sorpresa. Podría haber hecho que Murph mantuviera alejada a Matilda mientras ella acribillaba al actor con preguntas sobre los recuerdos que él no sabía que había encontrado. Pero ahora esa opción estaba descartada, él estaría en guardia.

Estaban a medio camino de la estación cuando Dolan finalmente habló.

—Sabes —dijo, mirando al frente—, tú y tu padre no son tan diferentes.

Ella se giró para mirarle, sin estar segura de haberle oído bien.

—¿Qué demonios quieres decir con eso? —preguntó ella.

—No lo digo como una indirecta. Es solo una observación. Los dos son implacables a la hora de perseguir sus objetivos. En tu caso, el objetivo es el asesino de Claire. En su caso, eres tú. Ambos utilizan técnicas sigilosas para lograr esos objetivos hasta que determinan que un ataque frontal es más efectivo. Y ambos tienen un terrible control de sus impulsos. En tu caso, eso se manifiesta al arrestar imprudentemente a una estrella de cine. Y en su caso, se manifiesta como asesinar gente. Pero ya me entiendes.

Ella le miró fijamente durante cinco segundos antes de responder.

—No, no te entiendo. Estoy persiguiendo agresivamente a un asesino, de la misma manera que lo harías tú o cualquier otro investigador. Xander Thurman tortura y mata a la gente por diversión. Yo diría que eso nos hace bastante diferentes, agente Dolan.

—Bueno, obviamente no es una comparación perfecta —admitió—. Solo digo que puedo ver cómo ustedes dos están relacionados. Ambos tienen una intensa ética de trabajo, aunque la de él sea un poco menos... evolucionada.

—Te juro por Dios que si no pensara que me van a arrestar, te daría un puto puñetazo en la cara ahora mismo.

—¿Ves lo que quiero decir sobre el control de los impulsos? —dijo, una sonrisa asomando en los bordes de su boca.

Jessie miró por la ventana. Sabía que estaba bromeando con ella, tratando de aligerar un poco el ambiente después de lo que había sido un tramo intenso. Pero sintió que lo que decía iba en serio, al menos un poco. Y como el comentario de él se ajustaba a su peor temor sobre sí misma, la golpeó mucho más fuerte de lo que ella sabía que pretendía.

Cerró los ojos y se susurró a sí misma un mantra familiar.

«No me parezco en nada a mi padre. No me parezco en nada a mi padre».

CAPÍTULO DIECIOCHO

Jett Collison no siguió el consejo de Matilda.

Después de que le leyeran sus derechos Miranda, accedió a hablar con Jessie y Dolan sin la presencia de su abogado. Mientras se acomodaba en una silla de la pequeña sala de conferencias, estaba claro que creía que podía convencerlos.

—Empecemos por el santuario —dijo Dolan, comenzando el interrogatorio para que Collison no se viera inmediatamente enfrentado de nuevo a Jessie—. ¿Qué pasa con eso, Jett?

—Bien —respondió Collison, ajustándose las gafas mientras hablaba —. Es como he intentado decirles antes, no es tan malo como parece.

—Tiene muy mala pinta —dijo Dolan.

—Puedes preguntarle a Claire. Tal vez guardé algunas cosas para recordar nuestro tiempo juntos. Pero nunca la acosé ni nada parecido. No soy un acosador.

—¿Qué eres entonces? —siguió Dolan.

—Como he dicho, ella me gustaba mucho. Había terminado con otras chicas. Pensaba dejar a esa actriz con la que ni siquiera salía realmente. Todos mis allegados me decían que estaba cometiendo un error. Matilda dijo que estaba loco. Pero no me importaba. Así que la semana pasada compré un anillo y le propuse matrimonio.

—¿Le pediste a Claire que se casara contigo? —preguntó Jessie, incrédula—. ¿Qué dijo ella?

—Dijo que no. Dijo que no buscaba sentar cabeza y que sería raro salir después de eso, así que me dejó.

—¿Cómo te hizo sentir eso? —preguntó Jessie.

—Me sentí realmente herido —admitió—. Quiero decir, supongo que debería haber sabido que a ella no le gustaba eso. Después de todo, todos los tipos de ese sitio son ricos o poderosos. Si hubiera querido casarse, tenía muchas opciones. Pero una parte de mí pensó que ella me vería de otra manera. Soy joven. Y supongo que pensé que ser

famoso podría marcar la diferencia. Pero a ella no le importaba eso.

—¿Y qué hiciste cuando te dejó? —preguntó Dolan.

—Lo utilicé en mi arte, hombre —respondió intensamente—. Volqué toda mi angustia en mi última actuación. Creo que realmente tengo una oportunidad para algunas nominaciones por esta película.

—¿Cómo se llama? —preguntó Dolan.

—I.T. Guy. Trata de un empleado de tecnología de Internet empollón que se gana el corazón de la hija de su director general.

—Suena como un ganador —dijo Jessie, manteniendo su comentario sin sarcasmo—. Pero, ¿nos estás diciendo que su rechazo nunca te afectó? ¿Simplemente seguiste adelante? Y recuerda que Dolan es un agente del FBI. Mentirle es un delito federal. Así que piensa antes de responder.

Jett pareció hacer exactamente eso, sopesando cuidadosamente sus siguientes palabras.

—Escucha, no estoy diciendo que lo haya manejado todo a la perfección, obviamente no. Quiero decir que encontraste el mechón de pelo. Estaba el álbum de fotos, aunque apostaría que hay mucha gente que colecciona fotos de sus ex.

—¿Incluyendo las desnudas tomadas sin su conocimiento y guardadas en una habitación secreta? —preguntó Jessie.

—Vale, esa parte no tiene buena pinta, lo admito. Pero no estaba pensando con claridad en ese momento. Estaba súper confundido, en cuanto a las emociones. Seguro que también encontrarás otras cosas. Te confieso ahora mismo que me enteré de que había salido con un ejecutivo de un estudio para el que he trabajado y les dije que no volvería a hacer una película allí si no lo despedían. Es decir, eso claramente no estuvo bien. Pero no es ser acosador.

—Sí, en cierto modo lo es —replicó Jessie.

—¿Claire presentó cargos o algo así? ¿Se está quejando? Porque no creo que sepa nada de esto.

—¿Ni siquiera la bufanda con su sangre? —preguntó Dolan, ignorando notablemente la pregunta de Collison.

—¿Sangre? —repitió Collison, aturdido—. Eso no es sangre. Es lápiz labial. Se lo manchó en la bufanda y dijo que estaba estropeada, así que la tiró. Me quedé con una parte, claro. Pero no es sangre.

Jessie y Dolan se miraron. Esa afirmación se verificaría o desmentiría pronto. Pero Collison parecía menos viable como sospechoso a cada segundo que pasaba.

—¿Por qué pensaste que era sangre? —preguntó, subiendo la voz—. ¿Le ha pasado algo?

Jessie podía sentir que lo estaban perdiendo y trató de meter una última pregunta que la había estado carcomiendo antes de que él se perdiera por completo.

—Jett —dijo con firmeza—, dijiste que Matilda pensó que estabas loco al proponerle matrimonio a Claire. ¿Parecía molesta por ello?

—No lo sé —respondió Jett, cada vez más agitado—. Realmente no presto atención a los estados de ánimo de mi asistente. No has respondido a mi pregunta: ¿le ha pasado algo a Claire?

No podían entretenerse más y Jessie tenía curiosidad por ver la reacción de Jett cuando le dijeran información que teóricamente no sabía ya. Miró a Dolan, que asintió ligeramente, dándole el visto bueno.

—Está muerta, Jett —dijo rotundamente—. Ha sido asesinada.

—¿Qué? ¡No!

Su ceño estaba fruncido como si le acabaran de hacer una pregunta matemática difícil que no pudiera responder. Miró de ella a Dolan, que asintió en señal de confirmación. Volvió a mirar a Jessie, como si esperara que cambiara de opinión.

—¿De verdad? —preguntó lastimeramente.

—De verdad —le aseguró Jessie, todavía incapaz de saber si era sincero o no. Olvídate de I.T. Guy. Si estaba fingiendo, esta era fácilmente su mejor actuación.

—¿Cuándo?

—Anteanoche —respondió ella—. Por eso el agente Dolan te preguntaba dónde estabas entonces. Y me di cuenta, por sus notas, de

que no tenías una respuesta muy buena.

—¿Creen que yo lo hice? —preguntó Collison, con los ojos muy abiertos.

—Estamos tratando de eliminarte como sospechoso, Jett —dijo ella apoyándolo—. Pero es difícil cuando, según las notas que estoy leyendo, dices que hace dos noches te olvidaste el teléfono en el estudio y volviste haciendo autostop para recogerlo porque tu coche se averió.

—Pero es cierto. El estudio suele asignarme un conductor. Pero cuando me di cuenta de que me había dejado el teléfono allí, ya se había ido. Y no conduzco mucho, así que no sabía que la batería de mi coche había muerto.

—Pero ya ves el problema, Jett —dijo con calma—. No podemos rastrear tu paradero utilizando tu vehículo porque no lo conducías. No compartiste el viaje, así que tampoco podemos rastrear eso.

—¿Cómo iba a llamar a un Lyft sin mi teléfono? —interrumpió.

—Pero tampoco llamaste a un taxi, lo que habría tenido sentido. ¿Hiciste autostop en la ciudad hasta Malibú?

—Solía hacerlo todo el tiempo antes de ser famoso. Y un taxi habría tardado una eternidad en llegar a mi casa.

—Pero eso significa que nadie puede responder por ti. ¿Por qué no le preguntaste a Matilda? Estoy seguro de que ella te habría llevado.

—Era su noche libre. Ella vive en Culver City. No quería molestarla para que viniera a buscarme a Malibú y me llevara a Hollywood. Eso le habría llevado horas.

—Muy considerado de tu parte —dijo Jessie—. Así que para repasar, no podemos usar tu teléfono para localizarte porque lo dejaste en el trabajo. No podemos rastrear tu vehículo porque no lo usaste. Tomaste un método de tránsito no verificable para llegar a tu teléfono. Eso significa que estuviste fuera de la red durante unas dos horas, incluyendo la ventana de tiempo en la que Claire fue asesinada.

—Es solo una terrible coincidencia —insistió él.

—Tal vez —dijo ella.

—Es cierto. ¿No pueden comprobar las cámaras de vídeo?

—¿Qué, te refieres a todas las cámaras de seguridad que la ciudad coloca en tramos aleatorios y despoblados de la costa del Pacífico? Eso no existe, Jett.

Parecía que quería responder, pero se detuvo. Estaba perdido. No importaba porque justo entonces Decker asomó la cabeza.

—¿Puedo hablar con vosotros dos? —preguntó a Jessie y Dolan.

—Claro —dijo y luego a Collison—, no te muevas.

—¿Dónde voy a ir? —gimió.

Jessie casi se rio mientras se dirigía a la puerta. No sabía si ese tipo era culpable, pero estaba disfrutando atándolo con nudos. Cuando ella, Dolan y Murph salieron al pasillo, la expresión de la cara de Decker le dijo que tenía que ponerse seria.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Han llegado los resultados preliminares de la bufanda. La marca roja era lápiz labial. Hay que soltar a Collison.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Jessie no estaba sorprendida.

Cada nuevo dato la había hecho estar cada vez menos segura de que el actor fuera su hombre. Y a pesar de haberle machacado hace unos momentos por su total falta de coartada, no se atrevía a creer que él fuera el autor de este crimen.

Para su sorpresa, Decker no estuvo de acuerdo.

—Vamos a hacer que lo sigan una vez que salga —dijo con un tono de voz nervioso—. No podemos retenerlo más sin provocar una crisis en el cuartel general. Pero si comete un error cuando esté fuera, estaremos encima de él.

—¿De verdad crees que es nuestro hombre? —preguntó Jessie, desconcertada por su certeza.

—Hunt, puede que yo no sea un perfilador. Pero el tipo tenía un santuario secreto sobre una mujer a la que acababa de pedir matrimonio, una mujer que lo rechazó. Y no tiene coartada para la hora de la muerte. Quiero decir, literalmente no puede proporcionar una mínima prueba de su paradero. Este tipo no se va a librar solo porque su sonrisa hace que a la gente le flaqueen las rodillas. La celebridad no es un pasaporte a la criminalidad.

—Parece que lo es —dijo Dolan con sorna.

Decker tuvo que respirar hondo para mantener la calma ante el comentario sarcástico del agente del FBI.

—Mira, los poderes fácticos no quieren una demanda si este tipo acaba siendo inocente. Y la verdad es que estoy contento de evitar la atención de los medios de comunicación el mayor tiempo posible. Protege la investigación. Y protege a Hunt. Una vez que se sepa que Jett Collision fue arrestado, ¿cuánto tiempo crees que pasará antes de que su nombre se filtre también? Eso es lo último que necesitamos.

—Estoy con el capitán en eso —añadió Murph en voz baja.

Decker parecía feliz de contar con el apoyo.

—Si este tipo es culpable, va a caer, sea quien sea —dijo—. Así que déjenlo ir. Pero no dejen de buscar. Estamos a una prueba más de volver a detenerlo. Si lo atrapamos, quiero que sea con total certeza.

—Sí, señor —dijo Jessie mientras se marchaba.

Se volvió hacia Dolan, que parecía tan escéptico como ella.

—La justicia es igual para todos —le dijo cuando el capitán estuvo fuera del alcance del oído—. Pero la pregunta es: ¿creemos realmente que es culpable?

Dolan suspiró profundamente.

—No lo sé, Hunt. En papel, este tipo es un golpe seguro, basado en todo lo que el capitán acaba de decir. Pero mi instinto me dice que no es así.

—Siento lo mismo —coincidió antes de añadir—: Por supuesto, a veces mi instinto me mete en problemas. Estoy tratando de confiar menos en él y más en las pruebas.

Murph, silencioso como de costumbre junto a ellos, se animó de repente. Se dio la vuelta y habló por su comunicador. Dolan, que no se había dado cuenta, respondió.

—No lo sé. En mi experiencia, para gente como nosotros, las pruebas son secundarias. Resolvemos los casos basándonos en nuestra capacidad de leer a la gente. Sé que eso va en contra de todo el entrenamiento. Pero creo que es cierto. Cuando hay que elegir entre pruebas o instintos, siempre me quedo con lo que hay en mi vientre peludo.

Murph hizo un gesto a Jessie para llamar su atención.

—Tienes una llamada —dijo—. Es del detective Hernández. Se está conectando a mi teléfono. Puedes cogerlo en el armario de enfrente.

Jessie miró a Dolan.

—¿Te importa? —preguntó.

—Por supuesto que no —dijo él—. Coordinaré la salida de Collison y veré lo que Decker ha planeado en materia de vigilancia.

—De acuerdo —aceptó ella—. Cuando vuelva, creo que deberíamos volver a la mesa de trabajo. No podemos perseguir a este tipo más

agresivamente sin algo firme que lo conecte. Así que deberíamos volver a revisar los otros textos de los clientes en el sitio para ver si nos perdimos algo.

—Eso suena divertido.

—Es lo que me recomienda mi instinto —dijo.

—Tengo a Hernández en la línea —interrumpió Murph, entregándole el teléfono.

Ella lo cogió, entró en el pequeño armario que se estaba convirtiendo en su segundo despacho y fingió no notar las mariposas que revoloteaban en su estómago.

Había conseguido apartar a Ryan de su mente mientras investigaba a Collison. Pero ahora, con él consciente y dispuesto a hablar, todas sus confusas emociones volvieron a surgir. Se acercó el teléfono a la oreja y habló.

—No puedo dejarte solo ni un segundo —dijo, fingiendo enfado.

—Lo sé, ¿cierto? —respondió él. Su voz sonaba débil y distante.

—¿Cómo estás? —preguntó ella, incapaz de mantener la farsa de la broma ligera.

—Genial —respondió él con aspereza—. Dicen que me van a trasladar al Centro Médico del Hospital de California hoy mismo. Está a menos de tres kilómetros de la estación, así que será más fácil proporcionarme seguridad.

—Es bueno saberlo —dijo ella—. Eso hará que sea más fácil visitarte. Pero no me dice realmente cómo estás.

—He estado mejor —admitió—. Pero el médico dice que me dan otro golpe de medicación para el dolor en un par de minutos, así que tengo eso a mi favor, lo cual es agradable.

—Parece que te vendría bien ahora.

—No quería estar mareado antes de hablar contigo —dijo con seriedad.

—Te lo agradezco. Así que tal vez mientras estés lúcido puedas decirme cómo te va realmente en lugar de evitar repetidamente la pregunta.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Por un momento, Jessie pensó que estaba debatiendo si ponerla al día. Pero entonces oyó un fuerte trago y se dio cuenta de que estaba luchando por recuperar el aliento.

—Estaré bien —dijo finalmente—. Me han cosido el brazo. El cuchillo no ha tocado nada vital. Y no es mi mano la que dispara, así que ahí está eso. Durante un tiempo les preocupó las puñaladas en el estómago. Pero tampoco le dio a nada vital. En su mayoría solo alcanzó grasa de la barriga.

—Tú no tienes grasa en la barriga —señaló Jessie.

—Estoy tratando de ser autodespreciativo —resopló—. De todos modos, los médicos dicen que he tenido una suerte increíble; que debería volver al trabajo en un mes y estar autorizado para el servicio de campo en dos.

—Eso es genial —dijo Jessie—. Pero por qué intuyo que no crees que tu rápida recuperación se deba a la suerte.

—Creo que ambos sabemos ya la respuesta a eso, Jessie.

—Porque eso es lo que quería mi padre —dijo resignada.

—Eso es lo que quería tu padre —confirmó él.

—¿No lo “repeliste” como dijo Decker?

—Ojalá pudiera afirmar eso. Pero me sorprendió por completo. La primera tajada llegó antes de que supiera que estaba allí. La segunda fue más bien yo lanzando mi brazo hacia él que él golpeando hacia mí. Estaba en el suelo antes de saber realmente lo que estaba pasando.

—¿Y el disparo? —preguntó ella—. ¿No le diste?

—Ni siquiera le estaba disparando. Ya se había ido cuando saqué mi arma. Disparé al aire como una súplica de ayuda porque no conseguía gritar.

—Bueno, su pequeño plan no funcionó —dijo ella, tratando de animarlo—. Nos dimos cuenta de que te estaba utilizando para llegar a mí, esperando que apareciera en el hospital para poder acabar conmigo. Lo siento. Habría venido. Pero todos estuvieron de acuerdo en que sería un error.

—Está bien —dijo él, su voz se desvaneció de manera que ella tuvo que concentrarse para escucharlo—. Tomaste la decisión correcta. Pero esa no es la única razón por la que me dejó vivir.

—¿Qué quieres decir?

Hubo una larga pausa, así que ella repitió la pregunta.

—¿Qué quieres decir con que no fue la única razón, Ryan?

—¿Qué? —dijo él confusamente—. Oh, lo siento, creo que el médico me dio los medicamentos para el dolor sin decírmelo. Me siento... nublado. ¿Cuál era tu pregunta?

—¿Por qué Xander Thurman te dejó vivir?

—Quería que te diera un masaje. Quiero decir... un mensaje.

—¿Cuál es el mensaje, Ryan?

—Dijo que te lo dijera: Estás equivocada. Vuelve a mirar.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que dijo?

Pero Ryan no respondió. En su lugar, ella escuchó una larga y lenta respiración sibilante. Estaba dormido.

CAPÍTULO VEINTE

Jessie decidió guardarse el mensaje para sí misma.

Hasta que no entendiera mejor lo que significaba, no tenía sentido asustar a los demás.

De vuelta a la sala de conferencias, Collison se había ido y Dolan estaba revisando viejos mensajes de texto del sitio web de Look of Love. Cuando ella entró, él levantó la vista.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Sí —dijo ella—. Está en recuperación, debería volver al trabajo en un par de meses.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó él.

—En realidad no —respondió ella con sinceridad.

—Bien, porque me vendría bien un empujón —dijo él—. Si ambos no creemos que Collison sea nuestro hombre, a pesar de los puntos en su contra, entonces realmente estamos raspando el fondo del barril en cuanto a sospechosos legítimos.

—Eso mismo pensaba yo antes de encontrar la papelera bajo la cama de Collison. Temía la posibilidad de tener que volver a revisar toda esta basura para ver si se nos había escapado algo. Cuando encontré esas cosas, pensé que mis oraciones habían sido escuchadas. Y luego, cuando Matilda me atrapó, pensé que sería mejor rezar mis oraciones, me asustó tanto.

—Sí, ella es un pato raro —estuvo de acuerdo.

Jessie se sentó a su lado, dejando que un pensamiento se filtrara en su cerebro durante unos segundos.

—¿Qué tan rara crees que es? —preguntó finalmente.

—¿Qué, crees que fue ella? —preguntó Dolan.

—Solo digo —comenzó—, que obviamente está enamorada de Jett Collison. No le habría encantado que él empezara a tomar en serio a

Claire, y mucho menos que le propusiera matrimonio.

—Pero Claire dijo que no, así que ya no era una amenaza.

—En teoría —estuvo de acuerdo Jessie—. Pero Jett seguía suspirando, me atrevería a decir que obsesionado con ella. Si alguien hubiera sabido de ese santuario en el cuarto secreto, era Matilda. Si lo encontró, no pudo haberla hecho feliz. ¿Cómo sabemos que no mató a Claire en un ataque de celos? ¿Cómo sabemos que no se metió con el teléfono de Jett esa noche, o con la batería de su coche, para arruinar su coartada? Le castiga por amar a otra persona inculpándole por matarla a ella. Luego llega en el último momento para rescatarlo, ganándose su infinita devoción.

—¿Cómo lo haría? —quiso saber Dolan.

—No lo sé. ¿Quizás encuentra un vídeo de él que verifica su coartada?

—¿No es ese nuestro trabajo?

—Sí. Pero si ella le tendió una trampa, sabría exactamente dónde encontrar las imágenes que lo salvan. ¿Sabemos siquiera cuál es su coartada? ¿Dónde estaba hace dos noches?

Murph tosió cohibido desde la esquina de la habitación. Jessie lo miró. Era obvio que tenía algo que decir.

—¿Sí? —preguntó.

—Mientras tú estabas arriba en esa mansión violando la intimidad de Collison y Dolan interrogaba al tipo, Matilda volvió con esa agua buscándote. Sabía que no estabas tramando nada bueno, así que intenté entretenerla. En el curso de ese intento de demora, le pregunté sobre su vida y otras cosas. Ella mencionó que estaba protagonizando una obra en Rolling Hills. Actuó hace dos noches. Empezó a las nueve de la noche y duró dos horas.

Jessie guardó silencio por un momento, dejando que la información se asentara.

—¿Alguien ha comprobado esta coartada? —preguntó finalmente.

—Creo que Toomey se lo mencionó a tu capitán cuando ustedes dos estaban interrogando a Collison. Estaba haciendo que alguien hiciera un seguimiento.

—Rolling Hills está realmente lejos de Studio City —dijo Dolan, casi disculpándose—. Las posibilidades de que llegue allí después de actuar en el escenario son remotas.

—Sí, puedo hacer las cuentas de eso —dijo Jessie escuetamente antes de volverse hacia Murph—. ¿Por qué sospecho que ya has hiciste el seguimiento?

—Puede que haya comprobado en Internet si había alguna grabación de su actuación.

—¿Y? —preguntó Jessie expectante.

—Un par de personas la grabaron en YouTube. No estoy seguro de por qué. La obra no es muy buena. Y Matilda es... quizás más adecuada para su trabajo diurno.

—¿Cuánto tiempo me ibas a dejar seguir así, soltando teorías totalmente falsas?

—Por un rato más —dijo Murph—. No eran teorías horribles. Y fue bastante entretenido.

Jessie se desplomó en su silla, demasiado desinflada para reprenderle. Una vez más se había dejado llevar por sus instintos antes de comprobar si las pruebas lo corroboraban. A pesar de que Dolan había adoptado el "método de los instintos", no parecía que le sirviera de mucho últimamente.

Decidió dedicar las siguientes horas a centrarse únicamente en las pistas basadas en hechos creíbles, incluso si eso significaba revisar docenas de textos aburridos de viejos sexualmente rapaces y de las jóvenes que los interpretaban.

Y eso es exactamente lo que hizo. Durante el resto de la tarde, revisó cientos de textos, buscando cualquier cosa mínimamente relevante. Nada de lo que leyó se salía de lo normal. En realidad, eso no era del todo cierto. Algunos de los mensajes en otros hilos eran sexualmente gráficos. Algunos eran depravados. Algunos eran crueles. Pero ninguno de los mensajes dirigidos a Claire o procedentes de ella era amenazante o incluso especialmente excitante. La palabra que mejor los describía era "de negocios".

Mientras los estudiaba, no pudo evitar que sus pensamientos se dirigieran al mensaje que Ryan había transmitido de su padre: Te equivocas. Mira de nuevo.

«¿Qué significa eso? ¿Y por qué lo dice?»

Sabía que debía centrarse más en la segunda pregunta. Después de todo, la primera era un cebo para atraerla. Sin embargo, la primera pregunta era la que más la intrigaba.

¿Quería decir que ella estaba equivocada en este caso? Si era así, ¿cómo podía saber que ella lo estaba investigando? ¿La estaba siguiendo de alguna manera? ¿Acaso, a pesar de los esfuerzos de los aguaciles, había conseguido seguir sus movimientos, al igual que Crutchfield?

Se le ocurrió una idea. Navegó por la intranet de la policía de Los Ángeles hasta llegar a la página de la unidad de seguimiento de los medios de comunicación, que llevaba un registro de todas las referencias a un caso de la policía de Los Ángeles en los medios locales. Tecleó una rápida solicitud antes de volver a sus pensamientos.

Suponiendo que Xander conociera de alguna manera el caso, ¿cómo podía saber que estaba equivocada en sus suposiciones sin tener acceso a las pruebas? La respuesta no tardó en llegar. Xander Thurman, se recordó a sí misma, no era un hombre de pruebas. Al igual que el agente Dolan, era un hombre de instintos. Usaba sus instintos y su conocimiento de la naturaleza humana para hacer sus movimientos.

Desgraciadamente, esos movimientos solían implicar el asesinato de personas. Pero también implicaba saber cómo la gente podía ponerse en posiciones vulnerables que facilitaran el asesinato. Era una variante enfermiza y vulgar de lo que hacía un perfilador, pero utilizaba el mismo conjunto de habilidades básicas.

Dejando a un lado la incomodidad de reconocer, una vez más, que ella y su padre no eran tan diferentes en la forma de abordar su “trabajo”, trató de entender qué cosas de las personas involucradas en este caso harían que Xander pensara que se equivocaba al perseguirlas como lo había hecho.

Él no conocía ninguno de los detalles de la vida de Claire, así que esa no era la fuente de su comentario. Todo lo que sabía era lo que estaba disponible públicamente: que una atractiva joven fiestera había sido apuñalada hasta la muerte y que, basándose en las entrevistas con algunos amigos y en las fotos de las redes sociales, se sabía que había salido con varios hombres mayores y adinerados.

Y entonces se dio cuenta. Xander no necesitaba saber nada sobre Claire. Solo necesitaba saber cómo funcionaba la mente de su asesino. Y él era un experto en eso. Por otra parte, ella también lo era.

«Entonces, ¿qué motivaría a este asesino? ¿Qué suposición incorrecta estoy haciendo?»

Para empezar, todos los sospechosos probables eran hombres ricos que trataban de mantener estas relaciones en secreto.

«¿Pero lo son?»

Ahora que lo pensaba, ese no era realmente el caso. Los tres principales sospechosos que había interrogado eran hombres ricos y poderosos. Pero ninguno de ellos estaría realmente arruinado si se supiera de su relación con Claire.

Milton Jerebko le había contado a su esposa, Gayle, sobre la aventura antes de que Claire muriera. Y no parecía muy preocupado por que los potenciales votantes se enteraran. Por eso el plan de chantaje de Claire había fracasado.

Gunther Stroud tenía una relación abierta con su esposa, quien ni siquiera vivía en el mismo país que él. La idea de que pudiera ser avergonzado por la revelación de una relación con una joven atractiva parecía absurda.

Ni siquiera Jett Collison, con su falsa novia actriz, ocultaba a Claire a sus allegados. Y al haberle propuesto matrimonio, tenía que saber que si ella decía que sí, la verdad de cómo se habían conocido saldría a la luz. Estaba claro que no le preocupaba demasiado. Además, había parecido realmente afligido por su muerte. Y no era tan buen actor como para fingirlo.

La simple verdad era que ninguno de esos sospechosos tenía una razón para matarla. Las personas en sus vidas ya sabían lo que le ocurrió a Claire o no se habrían sorprendido enterarse. Ninguno de estos tipos habría considerado que el potencial escándalo de ser asociado con ella valía remotamente el riesgo de matarla.

Así que, o bien el asesino era alguien que aún no habían encontrado y que temía ser descubierto, o bien había otro motivo para el asesinato. Y como Jessie había revisado todos los textos de todos los pretendientes del sitio, sabía que no quedaba ningún candidato legítimo con “miedo a ser expuesto”.

Eso dejaba la teoría del motivo alternativo. Y Jessie estaba bastante segura de saber cuál era ese motivo: la pasión convertida en rabia. Ya había teorizado que el uso de llaves como arma homicida sugería que el asesinato no fue premeditado. Si lo hubiera sido, el asesino habría utilizado un instrumento más eficaz y menos sucio. La decisión de matar se tomó en el momento, sin pensar en las consecuencias. Este fue un crimen nacido de la pasión, no del miedo.

Por primera vez en horas, Jessie sintió que estaba en el camino correcto.

«Centrarse en la pasión, encontrar al asesino».

CAPÍTULO VEINTIUNO

¿Quién tenía esa clase de pasión?

Jessie pensó de nuevo en Matilda, que claramente tenía a Jett en un altar y podría haber dejado que sus celos se descontrolaran. Pero incluso ella probablemente habría llevado algún tipo de arma a un enfrentamiento. Además, tenía una coartada irrefutable.

Jessie empezó a repasar los sospechosos que había revisado anteriormente para verlos a través de este nuevo prisma de pasión y no de miedo. En ese momento apareció una alerta de correo electrónico en su portátil. Era de la Unidad de Seguimiento de Medios. El mensaje era de una sola línea:

"Un compromiso con los medios de comunicación encontró un asunto solicitado, con un vídeo relevante".

El vídeo estaba adjunto. Lo abrió. Inmediatamente, comenzó a reproducirse una noticia de una emisora local. Era de ayer, detallando la triste muerte de una joven en la casa de Studio City que alquilaba. Mientras se reproducían las imágenes de la escena, la voz en off decía que la policía no hacía comentarios, pero su compañera de piso confirmaba que la mujer había sido apuñalada hasta morir.

Justo antes de que el reportero concluyera su intervención, se emitió un pequeño clip de imágenes de archivo que mostraba a varios investigadores caminando por el interior de la casa. El resplandor de la ventana impedía ver muchos detalles. La cámara se acercó para obtener una mejor visión. Seguía siendo difícil distinguir las identidades. Pero una de las investigadoras era una morena alta con el pelo recogido en una coleta. Si alguien conociera su aspecto, podría identificarla fácilmente como Jessie Hunt. Evidentemente, Xander Thurman había estado viendo y había hecho precisamente eso.

Equipado con esa información y la dirección de la casa, no le habría sido difícil averiguar la identidad de la víctima, encontrar el sitio de LOL, contratar o amenazar a alguien para que lo pirateara, y leer los mismos textos que ella había leído, sacando finalmente su propia conclusión sobre la identidad del asesino.

«Si estuviera del lado de los ángeles, podríamos utilizar sus

habilidades».

La oscura ironía de que su padre habría sido un buen perfilador la hizo sonreír ligeramente antes de volver a ponerse seria. Tenía que asumir, basándose en estos nuevos conocimientos, que su padre no estaba mintiendo y que realmente sabía quién había matado a Claire. Así que pudo tomar como creíbles sus palabras a Ryan: "Te equivocas. Vuelve a mirar".

Eso respondió a su primera pregunta: ¿Qué significa eso?

Por supuesto, su segunda pregunta —por qué lo está diciendo— seguía flotando sobre ella como una nube que amenazaba con convertirse en un aguacero. Pero, por el momento, prefirió ignorarla.

Armada con algo que se acercaba a la certeza, volvió a revisar a los sospechosos, buscando a alguien que pudiera estar motivado por la pasión. Pero aun así, no había nada. Bueno, no exactamente nada. Se dio cuenta de algo extraño que no había visto antes.

En uno de los intercambios de mensajes de texto entre Claire y Milton Jerebko, varias semanas después de haberse visto claramente, él le pidió su dirección de correo electrónico. Ella se la dio en su siguiente respuesta. No hubo ninguna otra referencia a la solicitud en los textos futuros, que continuaron durante semanas hasta que todo el asunto del chantaje salió a la luz.

¿Por qué pedirle su dirección de correo electrónico y luego seguir comunicándose por mensajes en la aplicación? No parecía tener ningún sentido.

—Oye —dijo ella, levantando la vista hacia Dolan y hablándole por primera vez en lo que parecieron horas.

—¿Sí? —contestó él, con sus propios ojos apagados por la lectura constante y cercana.

—¿Hemos revisado alguna vez los intercambios de correo electrónico de Claire?

—No sabía que la gente de su edad aún usara el correo electrónico —respondió él solo medio en broma.

Ella ignoró la brecha y siguió adelante.

—En un texto, Jerebko se lo pide y ella se lo da. Pero luego se siguen

enviando mensajes. Hubiera pensado que en ese momento se habrían pasado al correo electrónico exclusivamente. Pero siguieron chateando en la aplicación como si nada hubiera cambiado.

Dolan rebuscó entre algunos papeles hasta encontrar lo que buscaba. Levantó una sola hoja.

—Parece que tu unidad técnica consiguió su contraseña de correo electrónico del proveedor y nos la envió. Pero todo el mundo ha estado tan ocupado que parece que nadie ha revisado aún los mensajes. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo curiosidad por saber si se han comunicado realmente fuera de la aplicación.

—Bueno, hazlo —dijo, entregándole la página mientras se levantaba —. Voy a sacudir el rocío del lirio, si sabes lo que quiero decir.

—Ni idea, Dolan —respondió ella, frunciendo el ceño—. Eres muy críptico.

—Digo que voy al baño a orinar —dijo él en un tono que sugería que estaba sumamente orgulloso de sí mismo. Consiguió salir por la puerta antes de ser clavado por el bolígrafo que ella le lanzó.

Volviendo a concentrarse, introdujo la contraseña en la cuenta de correo electrónico de Claire y entró a su bandeja de entrada. Fue a la fecha del texto cuando Jerebko le pidió por primera vez su dirección de correo electrónico y buscó cualquier mensaje que pareciera relacionado. Uno titulado “Re: LOL” parecía encajar. Abrió y leyó el correo electrónico.

Tuvo que hacer un esfuerzo físico para evitar que se le cayera la mandíbula ante lo que vio.

Miró a Murph por el rabillo del ojo. Él no le prestaba atención, mientras miraba su teléfono desde una esquina de la habitación. Abrió el siguiente mensaje en el intercambio y casi jadeó. Cada mensaje posterior le producía una pequeña sacudida interna que requería un esfuerzo concertado para no mostrarla.

Cuando llegó al último mensaje, Jessie se recostó en su silla. Su mente estaba acelerada. Lo que había visto era provocativo y potencialmente cambiaba el juego. Pero mientras estaba sentada en silencio, tratando de parecer normal, se dio cuenta de que si se lo contaba a Dolan, él querría perseguirlo al modo estándar de los hombres G, entrando duro

y rápido.

Pero si los instintos de Jessie eran correctos, eso no funcionaría. La forma de llegar a la verdad en este caso requería algo más sutil, el tipo de manipulación del que Dolan no era capaz. Pero ella sí.

El único problema era que si se presentaba con él y sus alguaciles, no habría forma de llegar a la verdad. Necesitaba estar sola, para crear una sensación de seguridad en su presa; para hacer creer al sujeto que ella estaba allí para ayudar y no para atrapar.

Y eso requería que saliera de la comisaría y se alejara de los hombres asignados para protegerla. No podía aparecer con un grupo de federales. Tenía que parecer digna de confianza. Y eso significaba parecer vulnerable. Y la única manera de parecer vulnerable era, en algún nivel, ser realmente vulnerable.

—Oye, Murph —dijo, haciendo que el aguacil levantara la vista de su teléfono de mala gana—. Tengo que sacudir el rocío del lirio. Vuelvo en un momento.

Ni siquiera sonrió cuando ella se levantó y salió. Ella miró hacia atrás para asegurarse de que él no la estaba mirando. No lo hacía. También se dio cuenta de que su arma estaba sobre la mesa, junto a su portátil, y pensó brevemente en volver por ella. Pero eso atraería definitivamente la atención de Murph y sus sospechas. En lugar de eso, se apresuró a bajar por el pasillo, sin querer tropezar con Dolan por el camino.

Cuando el agente del FBI y el alguacil comenzaron a sospechar, ella ya había requisado un vehículo del departamento. Cuando empezaron a buscarla, ya estaba en la carretera y de camino a la casa de Milton Jerebko en West Hollywood Hills.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Jessie sabía que no tenía mucho tiempo.

Mientras conducía por las sinuosas calles de la colina, hizo los cálculos en su cabeza. Murph habría tardado unos cinco minutos en empezar a sospechar; tal vez otros dos o tres antes de que actuara y fuera a revisar. Y luego, tal vez dos más antes de que concluyera que ella se había ido de verdad. Así que, para ser conservadores, serían diez minutos antes de que empezara a buscarla activamente.

Comprobó la señal de su teléfono. Había desactivado la función de compartir la ubicación y el propio teléfono. Pero eso era solo una medida provisional. Podrían hacer un ping a su ubicación GPS tan pronto como activaran el sistema. Eso no llevaría más de cinco minutos, conociéndolo.

Se frustrarían cuando se dieran cuenta de que la señal de su teléfono procedía del interior de la sala de conferencias de la estación. Pero eso solo sería un contratiempo temporal. Se enterarían de su solicitud de vehículo bastante rápido. Cuando lo hicieran, localizarían dónde estaba utilizando la baliza de señalización con la que estaban equipados todos los vehículos de la policía de Los Ángeles. Todo ese proceso podría llevar un total de cinco minutos más.

Y estaba segura de que en cuanto Murph viera la dirección en la que iba, adivinaría su destino y enviaría a la policía de Hollywood Oeste a su encuentro. Así que en el mejor de los casos, tenía una ventaja de veinte minutos, aunque en realidad eran quince. No era mucho tiempo para lo que tenía en mente.

Cuando llegó, la verja estaba abierta, lo que parecía anular el propósito de los altos muros de piedra, pero le facilitó la tarea. Subió a toda velocidad por el camino de los Jerebko, aparcó y corrió los últimos pasos hasta el porche de la puerta principal. Estaba a punto de llamar al timbre cuando vio movimiento a su izquierda en las sombras junto a un árbol del patio.

Giró en esa dirección y buscó su pistola. No estaba allí. Recordó que había tenido que dejarla en la mesa de la sala de conferencias. La figura que estaba cerca del árbol se adentró en el resplandor apagado de la luz del porche.

Era Crutchfield.

—Saludos, señorita Jessie —dijo perezosamente, como si no le importara nada.

Jessie no sabía cómo reaccionar. Mezclado con el miedo a su presencia estaba su sorpresa de que él fuera capaz de saber que este era su destino y llegar primero.

«Nada de eso importa ahora».

Sin su arma de servicio, Jessie reconoció que no tenía ninguna ventaja clara. En realidad, ella era más alta que él y estaba en mejor forma. Pero como había aprendido en el baño de mujeres del bar la noche anterior, él era sorprendentemente fuerte. Y no sabía si estaba armado. Su mano derecha descansaba a su lado, pero la izquierda estaba notablemente sujeta a su espalda.

Ella todavía tenía la pistola extra que guardaba en su funda oculta en el tobillo. Pero no estaba diseñada para un acceso rápido y fácil. En el periodo de tiempo en que ella se agachara, la desenfundara, la sacara y la apuntara en su dirección, él probablemente tendría tiempo de dispararle, atacarla físicamente o escapar. Tenía que pensar en una forma diferente de salir de esto.

—Dos visitas en dos noches —dijo ella, tratando de igualar su forma de actuar sin prisas—. Si no tiene cuidado, la gente pensará que me está cortejando, señor Crutchfield.

—Nunca sería tan presuntuoso, señorita Jessie —respondió él, sonriendo ampliamente, aunque sus dedos se crisparon ligeramente, como un pistolero que se anticipa a un duelo.

—¿Está aquí para terminar lo que empezó? —preguntó ella, tratando de parecer comprometida incluso mientras intentaba desesperadamente pensar en cómo obtener la ventaja. No se le escapaba que, a pesar de sus modales pausados y su acento sureño, Bolton Crutchfield era un brutal asesino en serie.

—Está hiriendo mis sentimientos, señorita Jessie —dijo él, frunciendo los labios en un mohín fingido—. Todo lo que hice anoche fue advertirle de una amenaza inminente a su seguridad.

—Una amenaza que nunca se materializó —replicó ella.

—Probablemente gracias a mi advertencia —replicó él.

—Y no solo me advirtió —le recordó ella—. También me golpeó la cabeza contra un espejo y me dejó inconsciente. ¿O se ha olvidado de esa parte?

—Tenía que salir rápidamente de la situación. Su hombre, el aguacil Murphy, se estaba poniendo nervioso.

—Aun así, no es muy caballeroso.

—Touché —reconoció.

Jessie trató de mantenerse concentrada, calculando sus opciones. No parecía tener muchas. Una vez más pensó en la pistola en su tobillo. Y una vez más determinó que a su distancia de ella, él escaparía o estaría sobre ella antes de que pudiera acceder a ella.

Mientras tanto, el tiempo pasaba. Cada segundo que ella charlaba con él era uno menos para interrogar al sospechoso de asesinato que había dentro antes de que llegara la policía. Crutchfield volvió a sonreír, como si comprendiera su dilema.

—Veo que está dividida, señorita Jessie. Esto es un verdadero lío, ¿no?

Irritada por su burla, decidió ir al grano.

—¿Qué quieres, Crutchfield? Si no estás aquí para matarme, debes tener otra razón. Por favor, escúpelo, porque, por si no lo has notado, en este momento estoy un poco ocupada.

La sonrisa seguía pegada a su cara, pero sus ojos perdieron el brillo y se volvieron fríos.

—Es usted una aguafiestas, señorita Jessie. Y tan desagradecida, con lo que he venido a ayudarle de nuevo.

—Entonces ayuda, Bolton —dijo ella secamente, usando su nombre de pila para enfatizar su punto—. Estoy cansada de estos juegos.

Bajó la mirada por un momento, como si hubiera perdido un poco de autocontrol y estuviera tratando de encontrarlo de nuevo. Cuando volvió a levantar la vista, la máscara había regresado.

—Con su tono áspero, me está haciendo bastante difícil seguir en el papel de su ángel de la guarda. Y sus repetidas medias miradas al tobillo son bastante inquietantes. Tengo información importante para usted, señorita Jessie. Pero solo puedo compartirla si tengo la

seguridad de que no va a tratar de alcanzar esa pistola junto a su zapato. ¿Puede darme esa garantía?

—¿Qué tal si te aseguro que una vez que saque esa pistola y te arreste, tú hablarás en la estación?

Crutchfield le sonrió como si fuera un niño pequeño que exige que le lleven a tomar un helado.

—Creo que los dos sabemos —dijo con su manera enloquecidamente tranquilizadora—, que ése es el resultado menos probable de nuestra interacción. Intentarlo le pondría en riesgo físico. Incluso si pudiera lograrlo, ambos sabemos que eso no es lo que quiere. Si me ponen bajo custodia, no voy a compartir lo que sé. Y lo que sé podría serle muy útil la próxima vez que se encuentre con su padre, cuyas intenciones hacia usted no son ni de lejos tan benévolas como las mías. Tiene que tomar una decisión, señorita Jessie.

Lo hizo, en efecto. Podía intentar hacer un movimiento para coger la pistola. Pero todos sus instintos le decían que eso acabaría mal. Podía seguir charlando con el tipo con la esperanza de que la caballería apareciera y lo atrapara. Pero él no era tan tonto como para quedarse tanto tiempo. E incluso si lo hacía, eso sabotearía todo el trabajo que ella había hecho para llegar hasta aquí e interrogar a los Jerebko antes de que la policía interrumpiera. Por último, aunque Crutchfield se dignara a ser arrestado, ella sospechaba que no iba de farol. No diría ni una palabra sobre su padre, solo para fastidiarla.

Así que a la hora de la verdad, no había ninguna opción.

—Tienes mi palabra —dijo de mala gana—. No iré a por la pistola a menos que hagas un movimiento agresivo. Ahora, ¿qué sabes?

Estaba a punto de responder cuando Jessie oyó una voz al otro lado de la puerta y miró en esa dirección.

—¿Quién es? —Gayle Jerebko gritó. Debía de haberles oído hablar.

Jessie volvió a mirar a Crutchfield. Muy lentamente, con una enorme sonrisa en la cara, tomó su dedo índice y trazó un pequeño círculo en el lado derecho de su frente.

—¿Quién está ahí? —repitió Gayle.

—Es Jessie Hunt. Necesito hablar con su marido.

Mientras esperaba una respuesta, ella y el asesino en serie fugado se miraron en silencio.

—Espere —dijo Gayle. Jessie la oyó abrir las cerraduras.

Un segundo después, la puerta se abrió y Jessie se giró para ver a Gayle Martindale Jerebko, vestida con lo que parecía ser un kimono de seda.

—Pase, por favor —dijo en un tono sorprendentemente agradable.

Jessie miró a su izquierda. Pero lo único que había allí era el árbol. Crutchfield había desaparecido.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¿Qué es todo esto? —preguntó Milton Jerebko con enfado.

Gayle acababa de llevar a Jessie al salón, donde su mente seguía dándole vueltas a lo que acababa de ocurrir fuera. No había tenido tiempo de procesar lo que significaba el gesto de Crutchfield cuando Jerebko irrumpió, con la cara roja y echando humo.

—Al menos deja que la mujer se siente —le reprendió Gayle, indicando a Jessie que tomara asiento en el sofá.

El encuentro con Crutchfield la había sacudido hasta el punto de que no actuaba como si estuviera conmocionada. Lo estaba sintiendo de verdad.

«Usa eso, Jessie. Pon tu cara de juego. Puedes lidiar con lo que acaba de pasar más tarde. Ahora mismo, tienes un trabajo que hacer».

Quería parecer inofensiva y no amenazante y decidió canalizar su actual incertidumbre en la tarea que tenía entre manos.

—Solo tengo unas cuantas preguntas más —dijo dócilmente, siguiendo el ejemplo de Gayle y sentándose con cautela en el sofá.

—¡Por tu culpa y la de tus compañeros de la policía de Los Ángeles, mi mundo está en ruinas! —gritó Jerebko.

—¿Qué quiere decir, señor? —preguntó Jessie, un poco más concentrada—. Creía que ya le había contado a su mujer lo de la aventura y que sus electores serían comprensivos.

Jerebko se detuvo un segundo, claramente sin esperar esa respuesta.

—Sí, bueno, resulta que reparar un matrimonio después de admitir infidelidad se hace doblemente difícil cuando los medios de comunicación se ocupan de todos los detalles de esa infidelidad. Y aunque mis electores son comprensivos con los políticos defectuosos, no les gusta que se lo restrieguen por las narices. Y luego están los niños.

—Sí —convino Gayle—, esto ha sido muy duro para los niños.

Jessie volvió su atención hacia ella, tratando de parecer tranquila y no como si tuviera entre cinco y diez minutos para demostrar su teoría.

—¿Y usted, señora Jerebko? Esto no debe ser fácil, tratando de mantener la compostura, lidiando con la indignidad causada por la incapacidad de su marido para controlar sus caprichos de mediana edad.

—¡Oye! —protestó Jerebko.

—Usted lo está llevando mucho mejor de lo que yo lo habría hecho —continuó Jessie, ignorando a Milton mientras prestaba toda su atención a Gayle—. Sabe, cuando me enteré de que mi marido tenía una aventura, tomó toda mi voluntad el controlarme para no liquidar a su amante. Por supuesto, terminó haciéndolo él mismo y tratando de inculparme por ello. Así que... la situación es totalmente diferente. Aun así, lo siento por usted.

—Gracias —respondió Gayle con cuidado.

—Quiero decir, es difícil de entender la arrogancia —dijo Jessie, acercándose—. No quiero proyectar mi situación sobre la suya. Pero en ambos casos, estamos hablando de hombres narcisistas que se creen con derecho a todo. Su marido cree que tiene derecho a tener el perdón de los votantes. Cree que debería poder mantener su matrimonio con usted y tener una relación con algún juguete sexual más joven. Cree que usted y sus hijos deben aceptar su mal juicio y seguir adelante, sin ninguna consecuencia.

—¿Qué demonios...? —Milton intentó intervenir pero Jessie le ignoró.

—Apuesto a que nunca se le ocurrió lo que usted podría sentir —continuó—. Que podría sentir vergüenza por haber sido tratada tan mal por su propio marido. Que podría sentir rabia por esa joven que arruinó su vida aparentemente feliz. Y sobre todo, la frustración constante que debe sentir al saber que su vida no es tan feliz como parece desde fuera.

—No estoy segura de lo que quieres decir —dijo Gayle, aunque sus ojos sugerían lo contrario.

—Oh, vamos, Gayle. Ya que estamos poniendo todo sobre la mesa, seamos honestos sobre esto también. Milton no es el único que merece algo de pasión en su vida, ¿verdad? Tú también tienes derecho a sentir esas cosas de nuevo. Y si él no puede proporcionártelas, apuesto a que una parte de ti ha pensado que tal vez deberías divorciarte de su

patético trasero y encontrar a alguien que pueda apreciar todo el esfuerzo que has puesto en lucir como lo haces para él. No puedes decirme que nunca se te ocurrió.

Gayle guardó silencio, con los músculos de la mandíbula tensos.

—Gayle —dijo Milton con indignación—. Dile a esta mujer que sus insinuaciones son insultantes.

Jessie le ignoró y miró profundamente a los ojos de Gayle. Vio el dolor y el resentimiento allí y supo que era el momento.

—Podrías haberte divorciado de esta lamentable excusa de hombre, Gayle —dijo suavemente, casi en un susurro—. Pero tomaste un camino diferente, ¿no es así?

—¿Perdón? —dijo Gayle, descruzando y volviendo a cruzar las piernas, haciendo que el kimono se agitara ligeramente.

—Es decir, cuando te enfrentaste a Claire, probablemente pensaste que podrías acabar matándola. Pero no esperabas que saliera como salió, ¿verdad?

Gayle se quedó con la boca abierta. Milton parecía totalmente confundido.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Oh, ¿no te lo dijo Gayle? —dijo Jessie, fingiendo sorpresa.

—¿Decirme qué?

—Que se enteró de tu aventura semanas antes de que la admitieras.

Milton miró fijamente a Gayle, que solo tragó saliva. Jessie continuó.

—Deberías limpiar mejor tu historial de Internet, Milton. El sitio apareció cuando Gayle tomó prestado tu portátil un día. Puedes imaginar su sorpresa cuando vio cómo pasabas tu tiempo libre.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a su mujer.

—¿Realmente eres tú quien debería hacer preguntas? —Le reprendió Jessie, y luego se volvió hacia Gayle—. Estabas dispuesta a hacerla pedazos, ¿no es así, después de que te hicieras pasar por tu marido y enviaras ese correo electrónico pidiéndole que se reuniera contigo? Pero luego, cuando estuviste con ella en persona, no era lo que

esperabas, ¿verdad?

Gayle no respondió, ni siquiera asintió. Pero tampoco detuvo a Jessie, lo que la tranquilizó en cuanto a que el perfil psicológico que había desarrollado sobre la mujer no estaba muy equivocado. Así que continuó.

—Lo que tenías en mente en un principio se desvaneció cuando hablaste con ella, ¿no es así, Gayle? Viste lo que había en ella que hizo que Milton perdiera la cabeza, porque tú hiciste lo mismo. Fuiste a esa reunión con mala intención y en algún momento te enamoraste de ella. ¿Estoy en lo cierto, Gayle?

Gayle asintió levemente con la cabeza.

—Está bien —le aseguró Jessie—. Eso no es un delito. ¿Quién iba a saber que la amante de tu marido llenaría un agujero emocional y físico tan grande en tu vida? De alguna manera, acabaste engañando a tu marido con su propia amante. Es casi justicia poética.

Milton se quedó con la boca abierta. Gayle lo miró con una mezcla de culpa y orgullo.

—No la merecías —murmuró.

—No, él no la merecía —convino Jessie, sin querer perder el control de la situación—. Pero tú sí. Fuiste mucho más inteligente que él con tus aventuras, ¿no? Se acabó el contacto online después de que empezaras a verla. La llamaste desde teléfonos públicos en lugar de tu móvil, usando uno diferente cada vez. Fuiste cuidadosa. Esta relación se estaba volviendo importante para ti y no querías que se descubriera por un descuido como el que deshizo Milton.

—Solo por un tiempo más —dijo Gayle entre dientes apretados—. Iba a dejarlo, a dejar que él se retorciera.

—Y él también lo habría hecho —señaló Jessie—. Lo he comprobado. Tienes un acuerdo prematrimonial. ¿No dice algo sobre que él no recibirá nada si el matrimonio se disuelve por infidelidad? Si Claire se quedaba callada con respecto a vosotros dos, podrías haberle dejado en la estacada y luego darte la vuelta y estar con ella. ¿No habría sido eso dulce?

—Habría sido así —convino Gayle, sus ojos se ablandaron al pensar en ello.

—Pero algo salió mal, ¿no? —dijo Jessie, devolviendo las cosas al presente. Era muy consciente de que el tiempo se agotaba. En cualquier momento, el sonido de las sirenas acercándose podría interrumpir las cosas justo cuando se estaban poniendo interesantes.

Gayle volvió a asentir sin hablar.

—Déjame adivinar. Le declaraste tu amor. Ella se echó atrás; dijo que no estaba interesada en una relación seria. Era joven y soltera y quería seguir así. No te amaba.

—Fue más diplomática que eso —dijo Gayle, cruzando las piernas de nuevo, esta vez más rápidamente. El movimiento de la seda sonaba como el de una serpiente corriendo por la hierba—. Pero a la hora de la verdad, sí, me dejó.

—¿Cómo te hizo sentir eso? —preguntó Jessie con su mejor voz de terapeuta.

—No muy bien, obviamente.

—Pero fue un poco más que eso, ¿no es así, Gayle? No podías dejarlo pasar. Esos correos electrónicos volvieron a aparecer, a pesar de que ponían en riesgo tu secreto. Los leí todos. Le suplicaste; le ofreciste un acuerdo para que no tuviera que volver a trabajar. Pero ella nunca respondió, ¿verdad?

La mirada gélida de Gayle fue respuesta suficiente. Jessie continuó, sabiendo que estaba en la recta final.

—Y luego fue y chantajeó a Milton. Pero tú sabías que iba dirigido tanto a ti como a él. Sabías que era su forma tácita de insinuar que era mejor que pagara o que tus secretos también saldrían a la luz. Probablemente sentiste casi como si el chantaje a tu marido tuviera la intención de perjudicarte a ti más que a él.

—No lo sentí así —la corrigió Gayle—. Fue así.

—Así que fuiste a verla una vez más, a su casa, sintiéndote herida y enfadada y traicionada, esperando hacerla reconsiderar. No solo el chantaje, sino que también reconsiderara lo de ustedes dos. Pero ella no quería nada de eso. Tal vez fue menos diplomática esta vez. Probablemente no tenía ni idea de lo que una cuarentona agraviada y en forma era capaz de hacer cuando se la lleva al límite. Te subestimó, ¿verdad, Gayle? Te descartó. Y eso fue demasiado. Así que agarraste lo único que tenías en ese momento que podía expresar la furia que

sentías: tus llaves.

Gayle permaneció en silencio, mirándola fijamente. Jessie estudió la expresión de la mujer y se sorprendió de que la mejor descripción de la misma fuera... agradecida. Era como si Gayle Martindale Jerebko estuviera agradecida de que alguien finalmente la entendiera.

—Se las clavaste en la garganta, ¿verdad, Gayle? —dijo Jessie, llevándola hacia donde sabía que la mujer quería ir—. Le hiciste saber que no te iban a ignorar más. ¿Cómo se sintió?

Se quedó callada, esperando la respuesta de Gayle. Al lado de su mujer, Milton estaba sentado, sin fuerzas y aturdido. Finalmente Gayle abrió la boca.

—Me sentí libre, quizá por primera vez.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

—¡Gayle, cállate! —gritó Milton, saliendo de repente de su aturdimiento—. Está intentando que confieses. No digas ni una palabra más.

—Es demasiado tarde, Milton —dijo Gayle con indiferencia—. Obviamente, ella ya lo sabe todo. Tiene los correos electrónicos. Comprobará todos los sitios en los que he estado. No tiene sentido fingir.

—Pero saber algo y demostrarlo son cosas diferentes —protestó él—. No lo pongas fácil. Te conseguiremos un buen abogado. Todavía hay esperanza.

Gayle se volvió hacia él con una mirada casi de lástima.

—¿Esperanza de qué? ¿De nuestro matrimonio? Ya lo has destruido. Nuestros hijos ya se avergüenzan de que seas su padre. ¿Qué es un poco más de material para sus sesiones de terapia? ¿Para que ella lo sepa? Valió la pena, aunque solo sea para arruinarte, bastardo egoísta.

Milton la miró con un horror incomprensible. Después de un momento parpadeó y se puso de pie.

—Necesito un trago —dijo y se fue arrastrando los pies hacia la cocina.

Jessie lo vio irse y se volvió hacia su esposa.

—Gayle, hiciste lo correcto al confesar —dijo—. Hace poco tuve un caso en el que la autora era una mujer no muy diferente a ti. Determiné su culpabilidad y le pedí que se entregara. Era un crimen pasional y tenía hijos pequeños. Si hubiera confesado, podría haber obtenido indulgencia. Pero no era capaz de hacerlo.

—¿Qué pasó? —preguntó Gayle.

—Me atacó con un cuchillo. A diferencia de su primer crimen, este fue premeditado. Lo que podría haber sido una condena de diez años acabó siendo la cadena perpetua. Sé que fue duro. Pero ser honesta podría recortarte años de condena.

—Eso no me importa. Solo quiero que Milton sufra —arremetió ella.

—Puede que te sientas diferente dentro de unos meses —dijo Jessie. A lo lejos, le pareció oír las sirenas que había estado temiendo. Ahora el sonido la tranquilizaba.

—¿Qué estás haciendo, Milton? —gritó Gayle de repente.

Jessie se giró en el sofá y vio a Milton Jerebko entrando en la habitación con un palo de golf en las manos. Lo sostenía como un bate.

—¿Crees que puedes arruinarme? —gritó, con los ojos muy abiertos y frenéticos—. ¡Voy a acabar contigo!

Jessie apareció, bloqueando su camino hacia su mujer, que gritó con fuerza.

—No quieres hacer esto, Milton —dijo Jessie con fuerza, poniendo las manos en alto como una señal de stop humana—. Te has portado como un imbécil. Pero aún no has cometido ningún delito. Si dejas el garrote, aún podemos volver de esto. Pero si no lo dejas ahora, no puedo ayudarte.

—No te importo una mierda —escupió—. Lo único que te importa es resolver tu caso. Eres como cualquier otro cazador que ama la persecución. Acechas a tu presa. Ahora que la has atrapado, no te importan las consecuencias. No te importan las vidas que serán destruidas.

En algún lugar de los oscuros recovecos de la mente de Jessie, sus palabras tocaron una fibra sensible. Pero las dejó de lado. Ahora no era el momento para la introspección personal.

—Tu vida aún no ha sido destruida, Milton —le recordó—. Sé que lo parece. Pero puedes volver de esto. Llevará tiempo, pero se puede hacer. Pero no si sigues empuñando esa arma. ¿Oyes esas sirenas cada vez más fuertes? ¿Qué crees que va a pasar cuando la policía irrumpa por la puerta y te vea así? Te van a disparar, Milton. La madre de tus hijos ya va a ir a la cárcel. Eso ya es bastante duro. ¿Quieres que tengan que visitar a su padre en un agujero en el suelo? Por una vez en tu vida, piensa en alguien más que en ti mismo. Haz lo correcto por ellos. Deja el maldito palo.

Las sirenas estaban justo afuera ahora. Jessie confiaba en que si Jerebko hacía un movimiento agresivo, ella podría incapacitarlo.

Parecía fuerte para su edad, pero no se comportaba como alguien acostumbrado a estar en este tipo de situaciones.

Aun así, su preocupación por que esto se fuera al traste era real. Murph casi seguramente le había dicho a la policía de West Hollywood que su seguridad era primordial. Si veían a un hombre con un palo de golf a unos metros de ella, podían disparar primero y preguntar después.

Milton Jerebko parecía realmente perdido. Sus ojos parecían inseguros, pero sus dedos seguían agarrando el palo con fuerza.

—No hay mucho tiempo —le imploró Jessie—. Suéltalo.

Desde detrás de ella, Gayle habló.

—Milt, suelta el palo. Ódiame todo lo que quieras. Pero no castigues a nuestros hijos. Ellos te necesitan. Bájalo.

Hubo un repentino golpeteo en la puerta.

—¡Policía, abra la puerta!

—Milton —dijo Jessie con firmeza—. Tienes unos diez segundos para soltar el palo y ponerte de rodillas con las manos en alto. Si no, esos oficiales te dispararán. Te lo garantizo.

—¡Milt, por favor! —Gayle suplicó.

—¡Abra esta puerta ahora o la echaremos abajo! —se oyó gritar desde la puerta principal.

Jerebko pareció salir del estado de locura en que se encontraba. Se miró las manos y luego volvió a mirar a Jessie y Gayle.

—Ahora —ordenó Jessie.

Milton dejó caer el palo.

—Bien —dijo ella—. Ahora ponte de rodillas con las manos por encima de la cabeza.

Hizo lo que se le dijo justo cuando la puerta principal fue abierta de golpe por un ariete, que resonó en toda la casa.

—Tú también, Gayle —le ordenó Jessie—. Date prisa.

Gayle se puso de rodillas.

Jessie asintió con la cabeza y luego gritó tan fuerte como pudo.

—Estamos aquí. Los sospechosos se están rindiendo. Están desarmados.

Entonces se puso de cara a la entrada del salón y levantó sus propias manos por encima de la cabeza como precaución. Segundos después, cuatro agentes uniformados irrumpieron en la sala, todos con las armas en alto.

—Soy la perfiladora forense de la policía de Los Ángeles, Jessie Hunt —les anunció a todos—. Los dos sospechosos de rodillas se están entregando. Ninguno está armado.

—¡Identificación! —exigió el agente más cercano a ella.

—La sacaré —dijo ella, moviendo lentamente su mano derecha hacia su bolsillo trasero.

Acababa de sacar su cartera y se preparaba para mostrar su identificación cuando Murph entró con Toomey justo detrás de él. Su pistola no estaba fuera pero su mano descansaba en la funda. Un momento después, Dolan entró detrás de ellos.

—No será necesario —dijo Murph sin emoción—. Ella es quien dice ser. ¿Quiere informarnos, señorita Hunt?

—Claro —dijo ella, fingiendo no estar sorprendida por la falta de ira en su voz—. Esta es Gayle Martindale Jerebko. Acaba de confesar el asesinato de Claire Stanton. Este es Milton Jerebko. Es culpable de... ser un imbécil. ¿Le acusaremos de algo más hoy, Gayle?

Gayle la miró y luego a Milton, que parecía estar llorando en silencio para sí mismo.

—No —dijo Gayle lentamente—. No, no lo haremos.

Jessie asintió mientras se acercaba y pateaba el palo de golf fuera del alcance de Milton.

—De acuerdo entonces —dijo—. Creo que puedes ponerla bajo custodia. Ella irá a la Estación Central. Sr. Jerebko, tendrá que viajar a la estación por separado.

—Sra. Hunt, ¿puedo hablar con usted? —dijo Murph, su tono

profesional para cualquiera que no estuviera escuchando demasiado. Pero ella notó el filo en él.

—Claro —dijo ella, siguiéndolo a la cocina. Toomey y Dolan la siguieron.

—Me alegro de que estés bien —dijo Murph cuando los cuatro estuvieron solos en la habitación—. Pero, como puedes imaginar, estoy un poco decepcionado por tu falta de comunicación con el Servicio antes de tu partida.

Jessie lo miró, sin saber qué pensar de su reacción. Ella pensó con seguridad que él estaría gritando en ella ahora.

—¿Lo siento? —preguntó más que dijo.

Dolan se rio ante su confusión.

—No estaba tan tranquilo en el camino —dijo, hablando por primera vez desde su llegada—. Ni siquiera sabía que a los aguaciles se les permitía hablar como él lo hizo.

Murph lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—Escucha —dijo Jessie, sabiendo que era necesario dar algún tipo de explicación—. Sé que no debería haberme ido sin más. Pero una vez que me di cuenta de que Gayle era nuestra asesina, vi la manera de que confesara. Pero sabía que nunca lo haría si los tenía a todos ustedes cerca. Tuve que apelar a su sentido de ser agraviada, de ser ignorada. Nunca podría haberla llevado a ese lugar con todos ustedes en la habitación.

—Podríamos haber esperado fuera —dijo Dolan sin convicción.

Jessie levantó las cejas.

—Claro —dijo ella con desprecio—, como si hubieras accedido a no asistir a una entrevista con un sospechoso de asesinato porque te lo hubiera pedido amablemente. Y es imposible que el alguacil de allí hubiera consentido en esperar en otro lugar mientras yo interrogaba a una persona que acababa de apuñalar a alguien en la garganta con unas llaves.

—Por lo que pude ver —dijo Murph en voz baja—, parecía que te hubiera venido bien un poco de apoyo con el señor Jerebko. Supongo que no estaba trabajando en su postura con ese palo a sus pies.

—Lo tenía controlado —respondió Jessie, sin querer decir demasiado sobre ese momento en particular.

—Obviamente —dijo él.

Jessie genuinamente no podía decir si era sincero o no.

—Entonces, ¿estamos bien? —preguntó.

—No es así como lo describiría —dijo Murph lentamente—. Pero si puedes prometerme que no volverás a hacer algo así, podemos dejarlo atrás. Todavía hay dos asesinos en serie que te buscan.

Ella asintió sin decir nada, decidiendo que ahora no era el momento ideal para mencionar que Bolton Crutchfield la había estado esperando en la casa.

Los agentes estaban escoltando a Gayle fuera de la casa y en la parte trasera de un coche blanco y negro. Jessie y los demás la siguieron. En la parte delantera, vio el vehículo sin marcas que había utilizado para llegar hasta aquí.

—No te preocupes por eso —dijo Dolan, leyendo su mente—. Decker va a enviar a alguien a recoger el coche. No hay manera de que te deje conducir tú misma de vuelta. Volverás a compartir el asiento trasero del coche de los aguaciles conmigo.

Todos se acercaron para entrar. Al abrir la puerta, Jessie miró en la dirección en la que había visto a Crutchfield antes. Los últimos vestigios de luz crepuscular casi habían desaparecido y el árbol junto al que había estado parado apenas era visible.

Algunas de las ramas frondosas ondeaban suavemente con la brisa del atardecer y por un segundo le pareció ver el movimiento de algo más, algo humano. Pero solo era una sombra provocada por una nube que se movía a la luz de la luna.

«¿Esta es mi vida ahora: saltar ante cada sombra cambiante que veo?»

Temía que así fuera.

CAPÍTULO VEINTICINCO

—Lo siento.

Jessie se volvió hacia Dolan, sin estar segura de haber oído realmente las palabras salir de su boca.

—¿Perdón? —dijo ella, mirándolo fijamente—. ¿Perdón por qué?

—Por lo que dije antes, sobre que eras como tu padre. No era mi intención.

—No creí que te acordaras de haberlo dicho, Doble Bourbon —dijo ella, tratando de mantener la ligereza.

—Ya no me emborracho tan rápido como antes —dijo él—. Así que mi cabeza todavía estaba bastante clara en ese momento.

—No te preocupes por eso —dijo ella, y después de un largo momento, añadió—: ¿Has hablado con alguien sobre lo que pasó, con tu familia, quiero decir?

—He hablado con mucha gente, Hunt. Fue un mandato de la oficina. He pasado por más terapeutas que pares de zapatos en los últimos años.

—Por supuesto —dijo ella—. Y no quiero meter la cabeza donde no debo. Pero creo que tengo cierta experiencia en esta área. Como alguien que fue atada a una silla y obligada a ver cómo mi madre era asesinada por mi padre cuando tenía seis años, que tuvo que asumir una nueva identidad cuando era niña, cuyo marido intentó matarme y cuyos padres adoptivos también fueron masacrados por mi padre biológico, creo que estoy calificada para decir esto: Necesitas ayuda, amigo. Te estás ahogando en el cinismo. Y ninguna cantidad de bourbon va a borrar eso.

Ella esperó a que él le dijera que se ocupara de sus asuntos. Pero no lo hizo.

—¿Qué sugieres? —preguntó él, inusualmente tranquilo.

—Veo a alguien semiregularmente que realmente me ayuda. Se llama Dra. Janice Lemmon. No es solo una psiquiatra. Es una especialista en

terapia conductual. Y solía trabajar como consultora para la policía de Los Ángeles, entre otros. Ella sabe lo que hace y no acepta ninguna mierda. Estoy un cuarenta por ciento menos desordenada de lo que estaría si no la viera. Podría darte su número.

—Déjame pensarlo —dijo.

—Te voy a dar el número. Puedes llamarla o no. Pero al menos lo tienes si lo necesitas.

—Gracias, Hunt. No eres tan terrible como pensé que serías.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —dijo Jessie, sonriendo.

*

A pesar de sus mejores esfuerzos, Jessie no podía dejar de escuchar las palabras.

"Eres como cualquier otro cazador que ama la persecución", le había dicho Milton Jerebko. "Acechas a tu presa. Ahora que la has cazado, no te importan las consecuencias. No te importan las vidas que se destruirán".

Y aunque el agente Dolan había intentado retractarse de lo que había dicho sobre su similitud con su padre, el recuerdo de sus comentarios también perduraba.

"Ambos utilizan técnicas sigilosas para lograr sus objetivos hasta que determinan que un ataque frontal es más efectivo. Y ambos tienen un terrible control de los impulsos".

Ya no tenía sentido negarlo. Jessie podía ver la verdad ahora. Ambos tenían razón. Ella había heredado el amor implacable de su padre por la caza. Utilizaría cualquier método, sin importar cuán engañoso o moralmente dudoso fuera, para lograr el resultado que quería.

Importaba que usara ese instinto para el bien y no para el mal. Importaba mucho. Pero el impulso de lanzarse a la yugular, sin importar las consecuencias, no era algo que pareciera capaz de ignorar. A decir verdad, no quería hacerlo.

¿Cuántos empujones se necesitarían para que ese impulso se desviara en una dirección más oscura? ¿Qué grado de autocontrol tendría si se

la pusiera en una situación más ambigua que simplemente atrapar al malo? ¿Y si volvía su crueldad contra los que la habían perjudicado y no solo contra el sistema? No podía negar que había tenido el impulso. Hasta ahora, se las había arreglado para mantenerlo a raya siguiendo un estricto código personal. Pero los códigos personales pueden cambiar cuando se ponen a prueba. ¿Podía estar segura de que el suyo no lo haría?

Estaban entrando en la estación cuando le llegó un mensaje que la sacó de su ensueño. Jessie y Dolan lo recibieron al mismo tiempo. Era de Decker.

Cuerpo encontrado fuera del hospital de Hernández. Los primeros indicios apuntan a Xander Thurman. El forense lo confirma.

Jessie jadeó involuntariamente antes de recordarse a sí misma que no debía sacar conclusiones precipitadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Murph desde el asiento delantero, intuyendo que había novedades.

—Creen que han encontrado a mi padre —dijo ella uniformemente.

—¿Dónde?

—En el hospital —dijo ella—. Necesito que me lleves allí.

Murph negó con la cabeza.

—No hasta que sepamos que es legítimo. Podría ser otro truco.

—Podría serlo. Por eso necesito ir. Si alguien puede identificar el cuerpo, soy yo. Además, te tendré a ti y a tus compañeros allí conmigo. ¿Me estás diciendo que, incluso con todos tus recursos, no puedes protegerme en una instalación inherentemente segura como un hospital?

—No puedo estar seguro de que sea seguro —replicó.

—Sabremos que es seguro si puedo identificar el cuerpo —insistió Jessie.

Murph no respondió. Desde el asiento del conductor, Toomey observaba. Ya casi llegaban a la entrada del garaje de la comisaría. Estaba claro que él no estaba seguro de que fueran a entrar.

—Vayan ustedes —ofreció Dolan—. Puedo hablar con Gayle Jerebko y

obtener de ella la confesión formal. Llamaré si tengo algún problema.

Murph siguió mirando a lo lejos durante un rato más, y luego le dio a Toomey un asentimiento casi imperceptible. Cuando se detuvieron en la acera frente a la estación, habló por su comunicador.

—Cambio de planes. La siguiente parada es el Centro Médico del Hospital de California. Es posible que el XT haya caído. El protegido intentará identificarlo. Vehículo de rastreo, manténgase alerta.

Dolan estaba a punto de salir del coche, cuando Jessie le tocó en el hombro mientras metía la mano en el bolsillo.

—¿Qué es esto? —preguntó él, mirando el pequeño dispositivo de grabación que llevaba en la mano.

—Es la confesión de Gayle Jerebko. Tuve que dejar mi teléfono en la sala de conferencias, así que necesitaba algo más en caso de que ella se desahogara. Tal vez deberías escucharlo antes de hablar con ella, para que no intente jugar contigo.

—¿Sabe ella que has grabado esto? —preguntó Dolan.

—Todavía no —dijo Jessie—. Quería darle la oportunidad de sincerarse sin que se viera obligada a hacerlo. Pero si empieza a dudar, tal vez pueda sacarle esto.

Dolan sonrió como un niño que abre sus regalos en la mañana de Navidad.

—Estás llena de sorpresas, ¿verdad? —dijo.

Ella no respondió. Pero mientras el coche se alejaba, se permitió una pequeña sonrisa.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El equipo de rastreo tomó la delantera.

Mientras Toomey daba la vuelta a la manzana, Collica y Emerson aparcaron y aseguraron el hospital, coordinándose con la policía que ya estaba en el lugar antes de dar el visto bueno para que el otro coche aparcara. Entraron en la planta de personal del garaje y se dirigieron rápidamente a las escaleras. Esta vez, Toomey se quedó justo detrás de Jessie mientras Murph iba a la cabeza.

Una vez en la planta principal, un agente los condujo a una sección del patio del hospital que estaba bloqueada con cinta. Debajo de una sábana en la acera, cerca de un parterre, había lo que Jessie supuso que era un cuerpo. La sangre salía de él en todas direcciones. Había otras sábanas más pequeñas extendidas cerca. La sangre también rezumaba debajo de ellas.

—¿Es él? —Murph preguntó al oficial.

—El CSU cree que sí —respondió el joven.

—¿Cree? —preguntó Jessie.

—Es un poco difícil de decir —dijo el oficial con la cara ligeramente verde—. Está como... picado.

—¿Qué? —preguntó Jessie.

—Debería hablar con el CSU —dijo—. Ellos pueden explicarlo mejor.

Los tres se acercaron a una investigadora del CSU que Jessie reconoció.

—¿Qué ocurrió, Taylor? —preguntó a la menuda mujer afroamericana, saltándose la charla introductoria—. He oído que es un reto realizar la identificación.

—Podría decirse que sí —dijo ella mientras señalaba los pisos superiores del edificio—. Parece que el tipo intentaba acceder al interior del hospital a través del sistema de refrigeración. Estaba en el tejado y bajó con una cuerda hasta un conducto de refrigeración de la planta diecisiete. Pero entonces las cosas salieron mal.

—¿Qué significa eso? —preguntó Murph.

—Hay un gran ventilador de circulación a pocos metros del conducto. Parecía que lo había atascado con algún tipo de tapón para evitar que las aspas giraran. Pero algo debe haber salido mal. Parece que se estaba deslizando por el ventilador cuando el tapón se soltó. Se hizo pedazos y salió disparado por el respiradero. Por eso hay estos... trozos.

Jessie se quedó mirando las sábanas que había en el patio. Había ocho en total que ella podía ver. ¿Eran esos los trozos en los que su padre había terminado cortado?

Los miró fijamente, esperando la inevitable respuesta emocional que uno esperaría al ver a un padre muerto tirado en el suelo en trozos de carne. Pero no hubo nada, ni siquiera tristeza. Ni siquiera alivio.

—¿Cómo sabes que es Thurman si está todo troceado? —preguntó Murph.

—Encontramos una identificación en él. Era de uno de sus alias.

—¿Eso es todo? —dijo Jessie con incredulidad—. ¿Basas una identificación en un carnet de conducir falso?

—Por supuesto que no —dijo Taylor, tratando de mantener su molestia por quien preguntaba—. No quería ser demasiado detallista. Pero si realmente quieres saberlo, encontramos un par de dedos en el suelo y coincidieron con las huellas. Era él.

—¿Y su cara? —Interrogó Murph—. ¿Probaron el reconocimiento facial en él?

—Encontramos imágenes de las cámaras de vigilancia del tejado. Muestran a un hombre bajando por la cuerda. Tenemos una toma clara mientras desciende. El software dijo que coincidía en un noventa y ocho por ciento con Thurman. Sería aún mayor, pero todas nuestras imágenes de él son viejas.

—¿Lo has comprobado con el hombre muerto? —preguntó Murph, señalando con la cabeza la dirección de las partes del cuerpo.

—Lo intentamos pero no dio ningún resultado. No quedaba mucha cara que reconocer —dijo Taylor, y luego añadió a Jessie—, lo siento.

—No tienes que ser sensible conmigo. No me importa —le aseguró

Jessie, cada vez más segura de que era cierto—. Pero necesito ver. Tal vez sea capaz de identificar un rasgo que el sistema no pudo.

—Señorita Hunt —dijo Taylor titubeando—. Hablo en serio cuando digo que no quedan muchos rasgos por identificar.

Jessie la miró fríamente durante varios segundos antes de responder.

—Cuando me ató a una silla, me ató la cabeza para que no pudiera moverse y me cortó la carne, no tuve más remedio que estudiar sus rasgos durante mucho tiempo. Si queda algo de él, lo podré reconocer.

Taylor bajó la cabeza, incapaz de establecer contacto visual. Luego condujo a Jessie hacia la sábana que cubría lo que parecía ser una cabeza y no mucho más. Retiró la sábana para revelar una masa pulposa que apenas podía distinguirse como humana.

La investigadora del CSU tenía razón. No quedaba suficiente rostro para identificar lo que quedaba como su padre. Solo el pelo corto, la nuez de Adán aplastada y la sombra de barba manchada de sangre ofrecían pruebas de que era un hombre.

—Lo siento, Taylor —murmuró Jessie—. Debería haberte dado el beneficio de la duda.

—Está bien. Lo entiendo. A veces uno tiene que verlo por sí mismo para estar seguro.

—¿Cuánto tiempo falta para que lleguen los análisis de ADN? Quiero la confirmación final de esto lo antes posible.

—Estamos analizando la sangre ahora y tendremos los datos preliminares en un par de horas —dijo Taylor—. Como puedes imaginar, hay prisa en esto, así que deberíamos tener un informe final mañana a esta hora.

—¿Puedes pedirle a tu supervisor que me envíe un mensaje de texto cuando ambas versiones estén terminadas?

—Por supuesto.

Una gota de lluvia se posó en el antebrazo de Jessie y ésta levantó la vista. La luna ya no era visible y una masa de nubes bajas se cernía sobre ella.

—Será mejor que terminemos de procesar la escena rápidamente —

señaló—. Parece que vamos a tener algo más que rocío en unos minutos.

—En seguida —dijo Taylor.

Jessie se volvió hacia Murph, que parecía escéptico.

—¿Todavía no te lo crees? —preguntó.

—No es eso —dijo él—. Esto es bastante convincente. Pero mi trabajo es no estar convencido hasta que me convenzan.

—Estás predicando al coro —dijo ella—. Conozco a este hombre mejor que nadie. Tiene más vidas que un gato. Así que no me inclino a aceptarlo por completo hasta que tenga una verificación oficial. Si por mí fuera, volverían a coser los trozos para que pudiera obtener la confirmación de esa manera.

—Yo no contendría la respiración por eso —dijo Murph, en lo que Jessie interpretó como un intento de humor.

—Tal vez no —convino ella, sonriendo con mala cara—. Supongo que cuando te pasas la vida preocupándote de que el hombre del saco vaya a por ti, es un poco difícil aceptar que ya no es una amenaza. Es casi como si esa fuera su última y enfermiza forma de meterse conmigo, haciéndome dudar de que se haya ido incluso cuando está en pedacitos.

—Quémalo —dijo Toomey.

—¿Qué? —preguntó Jessie, sorprendida a partes iguales de que el tipo estuviera hablando y por lo que dijo.

—Que lo incineren. Ve cómo arden sus huesos. Es lo que hacían con las víctimas de la peste en la Edad Media para eliminar todo rastro de la infección. Quemar la infección psicológica viendo cómo se convierte en ceniza.

—Vaya, Toomey —se maravilló—. Eres un tipo muy oscuro.

—Deberías salir con él en Halloween —dijo Murph—. Es una explosión.

—Seguro que sí.

—Una cosa buena —señaló Murph—. Si esto resulta ser legítimo, nos quedamos con solo un tipo que te persigue. Eso es una reducción del

cincuenta por ciento en las amenazas de asesinos en serie.

—Realmente vas a por el "vaso medio lleno", ¿no? —dijo Jessie.

—Tomo mis victorias donde puedo conseguirlas.

—Me parece justo —dijo ella, y luego pasó incómodamente al otro tema que tenía en mente—. Ya que estamos aquí, ¿te importa si visito a Hernández? No he tenido la oportunidad de ver cómo está desde el asunto del apuñalamiento.

Murph pareció brevemente como si fuera a negarse, pero luego pareció cambiar de opinión.

—Haré que Collica y Emerson limpien el piso. Luego podemos subir.

Mientras hablaba por su comunicador, Jessie volvió a mirar el patio lleno de partes de un cadáver. Una parte de ella se sintió culpable de que la vista no la llenara de sensación de pérdida.

Pero solo una pequeña parte.

*

—¿Quién eres tú?

Desde su cama de hospital, el detective Ryan Hernández fingía una mirada de confusión.

—Muy gracioso —dijo Jessie al entrar en la habitación. Murph y Toomey habían accedido amablemente a esperar fuera.

—Quiero decir que te pareces a una chica con la que me asocié de vez en cuando —continuó, manteniendo una cara impresionantemente recta—. Pero no la he visto desde hace una eternidad, así que no puedes ser ella.

Jessie no contestó, esperando a ver si tenía que aguantar más burlas. Se lo merecía. Incluso si visitarlo había sido un riesgo, el remordimiento que sentía por no haberlo hecho la carcomía.

Lo miró. Seguía teniendo el mismo pelo oscuro y los mismos cálidos ojos marrones que ella conocía tan bien. Pero su cara estaba cubierta

de barba incipiente, que ella casi nunca veía. Y con la bata del hospital, incluso su musculoso cuerpo de noventa kilos parecía frágil. Su piel era inusualmente cetrina y parecía agotado.

—No puedo creer que hayas dejado que un viejo te gane —dijo ella, decidiendo que expresar una preocupación sincera y genuina no era algo que le apeteciera en ese momento.

—Por lo que he oído, probablemente podría con él ahora —respondió Hernández, antes de intuir que el comentario podría estar fuera de lugar—. Lo que quiero decir es que... ¿sabes qué? Estoy tomando mucha medicación ahora mismo, así que tendrás que darme un pase.

—Pase concedido —dijo ella, acercándose y tomando asiento a su lado. Su broma había roto el dique de la reserva en su interior y decidió no ocultar su preocupación—. ¿Cómo estás, Ryan, de verdad?

Hernández parecía estar a punto de hacer otra ocurrencia, pero se detuvo.

—¿De verdad quieres escuchar esto? —preguntó.

Jessie asintió.

—Bueno, no es lo mejor —admitió—. Incluso con los medicamentos, me duele cada vez que, ya sabes, respiro. Mi brazo se siente como si estuviera en llamas todo el tiempo. Y parece que no puedo dormir más de dos horas seguidas. Así que eso apesta. Pero al menos mi vida personal se está desmoronando.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jessie, reticente a concretar.

—Bueno, Shelly no se ha pasado por aquí. Supongo que si estás separado y tu mujer no te visita en el hospital después de haber sido apuñalado, es hora de poner un clavo en ese ataúd y hacerlo oficial. Dentro de poco seré un treintañero divorciado, justo lo que siempre quise.

—Lo siento mucho, Ryan.

—No pasa nada —dijo él de forma poco convincente—. Pensé que mi suerte había cambiado brevemente cuando una mujer de aspecto agradable entró en la habitación durante un rato. Pero resultó que solo era tu doble de cuerpo, que estaba aquí para sacar a tu padre. Una vez que lo encontraron, incluso ella me abandonó.

—Qué pena —dijo Jessie—. Ella podría haber sido "la elegida".

—Tengo un par de meses de terapia física para olvidarme de ella.

—Qué manera de ser positivo, jovencito —dijo ella, decidiendo que era el momento de poner en cortocircuito la fiesta de la compasión—. Una vez que te levantes y te pongas en marcha, tengo un gran sitio web de citas para presentarte. Pone en contacto a chicas atractivas con hombres ricos y poderosos... oh, espera, no importa. Eso no se aplica realmente a ti, ¿verdad?

Comenzó a reírse, lo que rápidamente se convirtió en un gemido de dolor. Cuando por fin se recuperó, habló más despacio que antes.

—Escuché a través de la vid que no solo empareja a las chicas con hombres ricos. Las damas poderosas también participan.

—Sí —dijo ella—, pero el porcentaje de éxito en eso es decididamente menor. No creo que vayan a anunciar esa parte del negocio en breve.

—En serio, Jessie. Enhorabuena. ¿Resolver un caso de asesinato mientras te protegen los aguaciles porque te escondes de dos asesinos en serie? Eso es material de estrella de oro real.

—Gracias —dijo ella, incapaz de dar una respuesta inteligente.

Ryan se hizo cargo de la situación.

—Y he oído que, en el proceso, has salvado la carrera de un actor mediocre al que, casi con toda seguridad, no le habría ido bien si estuviera encarcelado.

—En realidad no es tan mal actor —dijo Jessie—. Después de haberlo conocido, tengo que decir que proyectar encanto en la pantalla es realmente una prueba de su talento. Porque en la vida real no tiene tanto encanto.

—¿Eso significa que eres una gran fan de El Novio? —bromeó.

—Me apasiona más la secuela —dijo ella, sin poder reprimir una sonrisa—. Sabes, ahora está trabajando en una nueva película llamada I.T. Guy. Cree que puede conseguirle nominaciones a los premios.

Hubo una larga pausa en la que parecía que Ryan iba a preguntarle algo. Pero antes de que lo hiciera, llamaron a la puerta. Era Murph.

—Siento interrumpir —dijo—. Pero el agente Dolan ha enviado a un

agente con tu teléfono y con la petición de que le llames cuando puedas.

—¿Está todo bien? —preguntó Jessie.

—Ni idea. Ese era todo el mensaje.

—De acuerdo, gracias. Ahora salgo —dijo ella, y luego se volvió hacia Ryan—. Supongo que esto es un adiós por ahora. Pero volveré a ver cómo estás mañana.

—¿Seguro que tu guardaespaldas de ahí fuera te dejará volver?

—Ni los caballos salvajes no podrían mantenerme alejada —dijo con un guiño.

Luego salió por la puerta y se alejó antes de que él pudiera ver cómo su cara se volvía de un tono carmesí brillante.

CAPÍTULO VEINTISIETE

—Ella lo aceptó todo.

Jessie escuchó su teléfono en el altavoz mientras Dolan le daba el resumen de la confesión de Gayle Jerebko.

—¿No tuviste que usar la grabación? —preguntó.

—No. Incluso entregó las llaves que utilizó.

—¿Tenía un abogado con ella?

—Apenas la había leído sus derechos antes de que me contara todo. Me dio todos los detalles. Lo único que preguntaba era si ser honesta la haría salir a tiempo para ver a sus hijos casarse.

—¿Está uno de sus hijos a punto de casarse? —preguntó Jessie sorprendida.

—Con el tiempo, supongo —dijo Dolan—. Pero por ahora son adolescentes. Le dije que no podía prometer nada, pero que lo plantearía al fiscal.

—No pareces comprometido a hacerlo —señaló Jessie.

—Sería mejor que tú plantearas el caso, Hunt.

—¿Por qué?

—Porque no estoy seguro de lo convincente que yo sería. Mató a una chica clavándole unas llaves en la garganta. No me importa si tiene hijos. Eso exige justicia.

Jessie no estaba en desacuerdo, aunque el hecho de que hubiera utilizado la posibilidad de la clemencia como medio para conseguir la confesión le hizo reflexionar un poco. Al parecer, Dolan no esperaba una respuesta porque pasó a otro tema.

—De todos modos, basta con eso. Atrapamos al asesino.

—Yo atrapé al asesino —corrigió Jessie.

—Da igual —continuó, sin inmutarse—. El asesino ha sido atrapado.

Tu padre no se dejará caer pronto. Y según el consejo que te dio anoche en el bar antes de noquearte, Crutchfield parece más interesado en ser tu mejor amigo que en hacerte daño. Yo diría que todo eso amerita un trago o cinco. ¿Qué te parece si quedamos más tarde? Incluso puedes traer a ese huraño bastardo de Murphy si quieres.

—Estás en el altavoz, Dolan. Y Murph está en la habitación conmigo.

—Ya lo sabía —dijo Dolan sin persuasión tras una breve pausa—. ¿Crees que no lo sabía?

—Hola, agente —dijo Murph, aparentemente sin inmutarse por la excavación.

—Hola, agente —respondió Dolan—. ¿Aceptas?

—Agente Dolan —dijo Murph—, a pesar de tu confianza en que Bolton Crutchfield es inofensivo y que Xander Thurman está muerto, no estoy totalmente seguro de ninguna de esas cosas. Hasta que no lo esté, creo que sería desaconsejable salir de juerga.

—Entiendo de dónde vienes, aguacil. Pero creo que un brindis de celebración no va a hacer ningún daño. Pueden volver todos a donde esté la casa segura después y yo me quedaré por aquí. Podemos ir al mismo bar que antes. Solo que esta vez puedes hacer que la gente rodee todo el lugar, tal vez incluso de pie en las tapas de las alcantarillas. Puedes registrar a todos los que entren. Teniendo en cuenta que todos serían policías, dudo que haya algún problema. ¿Qué dices?

Jessie miró al aguacil. Ya fuera por el largo día, el caso resuelto o su padre muerto, parecía tentado. Parecía estar a punto de ceder por un momento. Pero entonces su rostro se endureció y Jessie supo que no iba a suceder.

—No tiene buena pinta —dijo al teléfono—. Tiene esa mirada sin humor, Dolan.

—Lo siento, agente —dijo Murph, verificando sus sospechas—. Ya hemos tenido bastantes llamadas de atención por un día. Quizás en otro momento.

Hubo un silencio tan largo al otro lado de la línea que Jessie pensó que podría haber colgado.

—Tú, Murphy —dijo por fin Dolan—, eres lo que los expertos llaman un coñazo. Y por esa razón, no tomaré una copa en honor. No señor.

—Tendré que encontrar la manera de salir adelante —murmuró Murph.

—Sin embargo —continuó Dolan, sin oírle o sin importarle—, me bajaré una en tu nombre, Jessie Hunt. Eres buena gente.

—Me siento honrada —dijo ella, no muy segura de que no hubiera empezado ya.

—Como debe ser —dijo él.

Un segundo después la línea se cortó.

—Creo que has herido sus sentimientos —dijo Jessie a Murphy, solo medio en broma.

—Creo que puedes tener razón —coincidió Murph.

El teléfono de Jessie sonó.

—Tal vez lo esté intentando de nuevo —dijo mientras abría el texto.

Las palabras que aparecían en la pantalla hicieron que una ola de adrenalina recorriera su cuerpo.

—¿Es él? —preguntó Murph.

—No. Es el supervisor del CSU. Han verificado el ADN de las muestras de sangre del patio del hospital. Es de mi padre.

*

Jessie no podía controlar los pensamientos que nadaban en su cabeza.

Sentada en el asiento trasero del coche del Servicio de Alguaciles, con Toomey y Murph, apenas veía pasar los edificios. Las gotas del patio del hospital se habían convertido en lluvia. Pero apenas lo reconoció mientras golpeaba el techo del sedán.

Su padre estaba realmente muerto. De alguna manera, había estado

segura de que si alguna vez moría, sería a manos de ella. De hecho, contaba con ello. Por eso, junto con el alivio que ahora se permitía sentir por su muerte, estaba la extraña sensación de que aún tenía asuntos pendientes.

Era como si de alguna manera le hubiera robado la catarsis que esperaba al morir de una manera tan ignominiosa. La ironía no se le escapó: hasta que no supo que nunca conseguiría la venganza, Jessie no se dio cuenta de lo mucho que la había buscado desde el principio.

—De acuerdo —dijo Murph, rompiendo su trance—, puedes enviar un mensaje de texto a Dolan. Dile que nos reuniremos para un brindis y luego nos iremos de allí.

Jessie tardó un momento en procesar lo que había dicho.

—¿Por qué cambias de opinión? —preguntó.

—La muerte de Thurman hace que sea una decisión más fácil. Creo que podemos protegerte a corto plazo en el bar si solo estamos vigilando una amenaza. Y, sinceramente, parece que necesitas un trago.

Jessie lo pensó por un segundo y luego decidió que estaba harta de pensar por un tiempo.

—Voy a diferir a tu juicio en este caso —dijo, sacando su teléfono y enviando un mensaje de texto a Dolan para reunirse con ellos en Bob's Frolic Four de inmediato.

Mientras esperaba una respuesta, escuchó a Murph dar el plan revisado a la unidad de rastreo a través de la comunicación. También pedía refuerzos de la policía de Los Ángeles para el lugar de los hechos.

—¿Todo esto para que la pequeña yo pueda tomar una copa? —le preguntó cuando terminó.

—Todo esto para no perder mi trabajo por conseguirte un trago a ti —corrigió él.

El bar estaba cerca, pero con el tráfico y las calles empapadas de lluvia, tardaron unos diez minutos en llegar. Cuando llegaron, ya había varios coches aparcados en doble fila delante. El lugar era un manicomio.

—Tal vez deberíamos aparcar en la sección residencial —sugirió Jessie —. Puede que haya menos gente y solo hay que caminar unas cuantas manzanas.

—No puedo hacerlo —respondió él—. Caminar cualquier distancia estando expuestos es demasiado arriesgado. Tenemos que ser capaces de acceder al coche rápidamente si es necesario. Además, no quiero mojarme.

Jessie no pudo discutir el último punto. Murph habló por su comunicador.

—Equipo de rastreo, vamos a dar un rodeo mientras ustedes arreglan las cosas. Una vez que hayan estacionado, Collica, toma el frente del bar. Emerson, toma la parte trasera. Puedes dejarnos entrar por la entrada del callejón. Toomey rodeará el lugar mientras estamos dentro.

Mientras daban vueltas, esperando a que el equipo de rastreo se instalara, Jessie volvió a enviar un mensaje de texto a Dolan para informarle de que estaban a punto de entrar. Su respuesta fue escueta.

Ahí en diez minutos. Pídeme un bourbon, doble.

—Bien, equipo, estamos en marcha —dijo Murph, llamando su atención—. Toomey, déjanos cerca de la puerta del callejón y vuelve a dar vueltas. Emerson, prepárate para abrir la puerta trasera. Collica, toma posición en la entrada de la habitación trasera. Identifica a cualquiera que quiera entrar. Saca el rango si alguien te da problemas. ¿Estás lista, Hunt?

—Nunca han puesto tanto empeño en conseguirme una copa, ni siquiera en las citas.

—¿Estás lista? —repitió él sin seguir el juego.

—Lista —dijo ella, igualando su cara de tranquilidad. Murph le asintió con la cabeza.

—Estamos listos —dijo él, saliendo y abriendo la puerta trasera para ella—. Toomey, sigue dando vueltas a la manzana. Emerson, abre esa puerta ahora.

Toomey esperó hasta ver la puerta trasera del bar abierta antes de conducir por el callejón hacia la calle principal de nuevo. Emerson mantuvo la puerta abierta mientras Jessie y Murph trotaban hacia

ella, intentando no empaparse y evitando resbalar en el resbaladizo asfalto.

Emerson les dedicó una media sonrisa tonta que sugería que se alegraba de estar seco. Era un tipo grande, de casi dos metros, con un corte de pelo al estilo militar que hacía difícil asegurar que su cabello fuera rubio. Pero en ese momento, con la sonrisa tonta que tenía en la cara, parecía menos un profesional de las fuerzas del orden endurecido y más un niño preadolescente que estaba mareado por su buena suerte.

Un fuerte golpe resonó de repente en el callejón. La cara de Emerson se congeló. Una fracción de segundo después, la sangre comenzó a brotar de un pequeño agujero en su frente. La sonrisa seguía en sus labios mientras caía de espaldas en el bar. La puerta que tenía abierta se cerró de golpe.

Jessie se quedó mirando el lugar en el que estaba en silencio, atónita. Una repentina oleada de náuseas de pánico le subió a la garganta y se sintió segura de que iba a vomitar. Quiso agacharse, pero sus rodillas parecían congeladas.

—¡Abajo! —gritó Murph, empujándola hacia el suelo.

De rodillas, Jessie abrazó el charco frío que le empapaba los pantalones. Aprovechando el torrente de agua fría para volver a la realidad, se giró en busca de la fuente del disparo. Antes de que pudiera discernir nada, Murph estaba frente a ella, usando su cuerpo para bloquear cualquier disparo futuro. Su arma apuntaba hacia el callejón. Jessie se volvió hacia la puerta del bar y trató de abrirla, sin éxito.

—Está cerrada con llave —dijo.

Murph habló por su comunicador, con una voz sorprendentemente tranquila.

—Disparo. Hombre abatido. Repito: Emerson ha caído. Estamos en el callejón. La puerta trasera del club está cerrada. Solicito ayuda.

Luego, todavía mirando hacia atrás en la dirección del disparo, se dirigió a ella—. Vayamos por delante. Quédate delante de mí. Todas las unidades, vamos a utilizar el callejón lateral para volver a la parte delantera del bar. Reúnanse con nosotros allí.

—Estoy en el lado este del club, en el otro callejón —dijo Toomey con

urgencia—. Va a tomar un minuto para llegar allí.

—Acercándonos a la puerta trasera ahora —añadió Collica.

—No salgas por la parte de atrás, Collica —ordenó Murph—. El tirador tiene ojos en esa puerta. Vuelve al frente.

Mientras los dos corrían, se oyó un chirrido detrás de ellos. Jessie miró hacia atrás por encima del hombro. Un coche compacto con los faros apagados se dirigía hacia ellos por el callejón. Con la lluvia y la oscuridad, no pudo identificar al conductor.

Quienquiera que fuera se dirigía directamente hacia ellos. Estaba claro que no saldrían del callejón a la acera antes de ser acribillados. Los ojos de Jessie se movían a izquierda y derecha, buscando cualquier puerta o rincón donde refugiarse. Vio que Murph hacía lo mismo.

Pasos por delante de ella, se acercó a una puerta con un candado y disparó una vez, haciéndola añicos. Luego abrió la puerta de un tirón, la agarró y la lanzó literalmente a través de la entrada. Mientras caía al suelo, miró hacia el callejón justo a tiempo para verle dar un paso hacia ella.

Luego desapareció de su vista, golpeado por el capó del coche. Oyó el ruido sordo del vehículo contra su cuerpo y, segundos después, otro cuando aterrizó. Fue más silencioso de lo que ella esperaba, como si hubiera recorrido una gran distancia.

Los neumáticos del coche chirriaron al frenar con fuerza. Vio cómo se iluminaban las luces traseras mientras retrocedía hasta que pudo ver el asiento del pasajero delantero. La ventanilla automática se bajó y el conductor la miró con una sonrisa de lobo en la cara.

—Hola, Bicho —dijo su padre.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Durante unos breves instantes, Jessie pensó que estaba soñando.

Había tenido tantas pesadillas en las que su padre aparecía de la nada para dañar a las personas que la ayudaban que no estaba del todo segura de que esta vez fuera real.

Solo cuando salió del coche y cerró la puerta de golpe, su cerebro volvió a la realidad. El callejón era real. La lluvia era real. El coche que acababa de atropellar a Murph era real. Y su padre, el asesino en serie que le habían asegurado que estaba muerto hacía solo unos minutos, también era real.

Su aspecto era muy parecido al de la última vez que lo vio, cuando la emboscó en su apartamento hacía solo unas semanas. Seguía teniendo el cuerpo delgado y espigado, aunque parecía más encorvado que antes. Su pelo oscuro, salpicado de canas visibles incluso en la media luz del callejón, era más largo que antes. Pero sus ojos verdes, del mismo tono que los de ella, no habían perdido nada de su brillo maníaco.

Ignorando el dolor en la cadera donde había caído al suelo, se puso en pie y buscó la pequeña pistola que llevaba en la funda del tobillo. La adrenalina se disparaba con tanta fuerza que los dedos le temblaban ligeramente.

Incluso cuando se calmaron, tuvo problemas para liberar la pistola y miró hacia abajo para ver cuál era el problema. La funda estaba enganchada en la bota del pantalón. Arrancó la bota y sacó la pistola, apuntando hacia el callejón. Su padre había desaparecido.

Retrocedió, con el arma apuntando al coche. Sentía que se estaba hiperventilando y gritó mentalmente una orden para ralentizar su respiración. Eso la ayudaría a disparar con más precisión y, lo que es igualmente importante, a no desmayarse. Al exhalar, una voz la llamó.

—Tu compañero aguacil no se ve muy bien, Bicho. Una de sus piernas está doblada en sentido contrario. Es un poco asqueroso. Creo que voy a sacarlo de su miseria. Ahora vuelvo.

Oyó pasos en dirección a Murph y disparó al vacío.

—Si vas a por él, me escaparé. Para cuando vuelvas a por mí, ya habré desaparecido. Así que puedes intentar acabar con un tipo cualquiera que no te importa. O puedes venir por mí. Pero no puedes hacer ambas cosas.

Oyó que los pasos se detenían. Mientras él decidía, miró detrás de ella para ver si realmente podía escapar. Lo que encontró la llenó de inquietud. Por un momento pensó que la miraban decenas de figuras inmóviles.

Al cabo de un segundo se dio cuenta de que estaba en una especie de almacén, lleno de lo que parecían ser cientos de maniquíes de grandes almacenes. Algunos estaban completos, mientras que otros yacían en el suelo a medio armar o abandonados. Se escabulló hacia las profundidades para no ser un blanco fácil si él aparecía en ese momento.

—Supongo que esto es una despedida —gritó ella, esperando forzar la mano de su padre.

—Tienes una oferta difícil de rechazar —le oyó decir, obviamente acercándose—. Teniendo en cuenta que los amigos de tu colega el aguacil probablemente llegarán en cualquier momento, me has convencido. Voy por ti, pequeña.

Estuvo tentada de esconderse detrás de un maniquí y disparar cuando él estuviera a la vista. Pero luego se quitó la idea de la cabeza. Él también tenía una pistola. Una pelea justa no era una ventaja para ella. Lo más inteligente era encontrar una forma de salir de aquí, volver al bar y llamar a la caballería.

Miró a su alrededor, buscando desesperadamente una señal de "salida". Vio una iluminada en verde en el extremo del almacén y se dirigió en esa dirección. Mirando hacia atrás, vio que su padre aún no estaba visible en la puerta.

—Última oportunidad —gritó para que se oyera por encima de la lluvia—. Más vale que vengas ahora o todo el trabajo duro será en vano, Xander.

Apenas había terminado de hablar cuando comenzaron los disparos. Él disparó tres veces mientras se adentraba en el almacén. Ella se apresuró a retroceder hacia la salida, escabulléndose entre los maniquíes para que él no tuviera un tiro fácil si la localizaba.

—Sabes, Bicho —dijo—, es una falta de respeto referirse a tu padre

por su nombre de pila. Aceptaré papá, padre, o mi preferencia personal, Pa. ¿Pero Xander? Eso es una grosería. Pensé que te había criado mejor que eso.

Jessie trató de moverse lo más silenciosamente posible mientras se dirigía a la salida. El sonido de su voz y sus pasos era realmente tranquilizador. Al menos sabía que él ya no estaba concentrado en Murph. Además, prefería que se burlara de ella si eso significaba que sabía dónde estaba.

Estaba a pocos pasos de la salida cuando sonó su teléfono. Por un segundo todo su cuerpo se puso rígido. Entonces, tan rápido como pudo, se deslizó detrás de un gran maniquí, lo sacó del bolsillo y lo silenció. El identificador de llamadas mostraba que era Dolan, que probablemente seguía sin enterarse de todo lo que estaba pasando.

—Estuviste muy cerca de salir —gritó Xander, con sus pasos moviéndose rápidamente en su dirección—. Pero ahora sé dónde estás. La luz de esa señal de salida debería enmarcarte muy bien cuando te dispare mientras intentas salir.

Jessie miró a su alrededor, buscando otra salida. Pero no había ninguna visible. Él tenía razón. Si ella intentaba huir, él tendría un tiro limpio sobre ella. Basándose en lo que acababa de hacer a Emerson, ella no quería darle la oportunidad.

Supuso que tenía unos veinte segundos hasta que él llegara a ella. La única cosa a su favor era que cuando él llegara, estaría rodeada por treinta o cuarenta maniquíes que podrían fácilmente confundirlos con ella. Decidió hacerlo más difícil.

Colocando la pistola con delicadeza sobre una caja de cartón, se quitó la chaqueta para revelar el top de color crema que llevaba. No era tan blanco como el de los maniquíes. Pero le ayudaría a pasar desapercibida.

Cogió la pistola y se colocó entre dos maniquíes, uno masculino y otro femenino. El espacio entre ellos era lo suficientemente amplio como para poder apuntar.

Los pasos se detuvieron y ella supo que él estaba cerca, aunque no podía verlo. Mientras esperaba, tratando de respirar en silencio, oyó su respiración, fuerte y sibilante. Un pensamiento tardío apareció en su mente.

Los pasos de Xander cuando corría momentos antes eran irregulares,

casi como si estuviera medio arrastrando una de sus piernas. Eso y su respiración dificultosa le recordaron algo que había olvidado en el terror de la situación. Estaba herido.

Hacía solo unas semanas que había recibido un disparo en el abdomen y otro en el hombro, había recibido un golpe en el cráneo con una porra y había saltado por la ventana de un apartamento. El detective Ryan Hernández, de treinta años y en plena forma, tardaría dos meses en recuperarse de dos puñaladas. ¿Cómo de débil y cansado debe sentirse un hombre de cincuenta y tantos años con heridas mucho peores? Al darse cuenta, se llenó de esperanza y de otro sentimiento mucho menos esperado: confianza.

«Si consigo quitarle la pistola de la mano, tendré la ventaja física. ¿Pero cómo?»

Miró a su alrededor y sus ojos se posaron en dos piezas de maniquí desprendidas. Una era una cabeza y la otra un brazo desde el hombro hasta la punta de los dedos. Eso le dio una idea. En circunstancias normales, se tomaría un momento para intentar anticipar cómo podría desarrollarse. Pero estas no eran circunstancias normales y no tenía tiempo para formular todos los detalles. Esto funcionaría o no. Estaba a punto de averiguarlo.

Metiendo la pistola en el bolsillo delantero, agarró las dos partes del cuerpo del maniquí. Se puso de puntillas hasta que pudo ver a Xander. Él giraba de un lado a otro entre su dirección y el otro lado del almacén, sin saber en qué lado se escondía.

Estaba a punto de lanzar las piezas del maniquí cuando una repentina explosión sacudió el almacén, haciendo que las paredes se estremecieran y haciendo que algunos de los maniquíes se volcaran. Cuando el estruendo se calmó, le gritó.

—Seguramente te estarás preguntando a qué se debe ese ruido. No te preocupes, Bicho. Es solo la explosión de mi coche. Le puse un temporizador. Eso debería distraer a tus compañeros de las fuerzas del orden durante un rato. Así podremos tener algo de tiempo de calidad sin interrupciones. ¿Te parece bien?

Él seguía girando de un lado a otro, tratando de ubicarla. A pesar de su ansiedad, Jessie trató de ser paciente, esperando hasta que el eco del coche que había explotado se desvaneciera y hasta que su atención estuviera en otra parte.

Entonces tuvo su oportunidad. Cuando él se giró brevemente hacia el

otro lado, ella lanzó la cabeza del maniquí en el aire, a gran altura para que él no pudiera verla. Golpeó algo a unos seis metros delante de él antes de aterrizar en el suelo, resonando con fuerza en el almacén, que ahora estaba en silencio.

Giró en esa dirección, apuntando pero sin disparar. Jessie se adelantó varios pasos y luego lanzó el brazo desprendido contra un maniquí que estaba más cerca de su padre. Aterrizó con un ruido sordo, haciendo que el cuerpo de tamaño natural se precipitara hacia atrás, chocando con otros múltiples maniquíes como si fueran bolos con forma humana cayendo todos a la vez.

Utilizando la cacofonía de ruido como cobertura, sacó la pistola y corrió hacia él. Inicialmente asustado, Xander se recuperó rápidamente. Debió de percibir que la maniobra era una distracción, porque rápidamente giró sobre sí mismo, apuntando su pistola en la dirección general de ella.

Ella le disparó mientras corría, consciente de que con los múltiples maniquíes que había entre ellos, era poco probable que le diera. Ni siquiera era ese su objetivo principal. Esperaba que él intentara agacharse o tirarse al suelo, o incluso que se acobardara lo suficiente como para que ella pudiera acercarse a él.

En parte funcionó. Se estremeció, pero solo brevemente. Al recuperarse, solo tardó un par de segundos en apuntarle con su arma. Sin preocuparse ya por el sigilo y a menos de tres metros de distancia, se lanzó hacia él, derribando tantos maniquíes como pudo para desorientarlo. Estaba a solo unos pasos cuando él la apuntó.

Mientras él apuntaba con su arma, ella empujó el último torso de maniquí que quedaba entre ellos hacia él con su mano izquierda mientras disparaba a lo loco con la derecha. En ese momento, el pecho del maniquí explotó frente a ella, esparciendo una nube de polvo por todas partes.

Y entonces ella estaba sobre él, chocando fuertemente contra su cuerpo con toda la fuerza que podía reunir. La pistola salió volando de su mano cuando aterrizó sobre él, oyendo cómo le succionaba el aire del pecho. Cuando se dio la vuelta, vio que sus manos estaban vacías y oyó cómo su pistola se deslizaba por algún lugar fuera de la vista.

Se puso en pie y avanzó hacia él. Él rodó sobre su estómago y se puso a cuatro patas justo a tiempo para que ella le diera una patada en el pecho. Él cayó de espaldas, su pelo, ahora largo, cayó hacia delante

para cubrirle la frente y parte de los ojos. Se agitó salvajemente en el mar de partes de maniquí que había en el suelo a su alrededor.

Ella se acercó a él, ansiosa por aprovechar su estado disminuido, pero aún recelosa de que pudiera tener un arma oculta en alguna parte. Para Xander Thurman, estar sin cuchillo era como para la mayoría de la gente estar sin ropa. Le costaba creer que no tuviera uno.

—Espera. Por favor —gimió cuando ella se acercó—. Solo quiero hablar. Eso es todo lo que quería.

Ella dudó solo medio segundo, procesando el comentario y descartándolo casi inmediatamente. Después de todo, ese maniquí que había explotado momentos antes podría haber sido ella. Pero Thurman aprovechó ese medio segundo para golpearla con la pierna de un maniquí que ella no se había dado cuenta de que había estado agarrando.

Chocó con su rodilla izquierda y su pierna cedió. Ella cayó al suelo justo delante de él mientras él giraba la pierna hacia el otro lado, clavándole el tacón en la sien. Ella cayó de lado, brevemente aturdida por el impacto.

Oyó que él se ponía en pie y trató de hacer lo mismo. Pero cuando se levantó, su pierna se tambaleó y cedió de nuevo. Cayó de rodillas y sintió un dolor intenso cuando sus rótulas se estrellaron contra el suelo de cemento. Levantó la vista y vio que Xander estaba de pie ahora, todavía sosteniendo la pierna del maniquí. La puso por detrás de la cabeza como un bate de béisbol y dio un paso hacia ella.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Jessie Hunt, herida y desorientada, se quedó mirando a su padre mientras éste se acercaba a ella.

Su mente regresó a otra época, hace muchos años, cuando creía haber escapado de su padre. Entonces se llamaba Jessica Thurman. Tenía seis años y estaba atada a una silla de madera con los párpados abiertos con cinta adhesiva en una cabaña aislada de los Ozarks, cubierta de nieve. Su madre estaba de pie frente a ella, con los brazos atados a una viga de madera.

Mientras obligaba a Jessica a mirar, su padre utilizó su cuchillo de caza para destripar a su madre. Luego salió de la habitación y obligó a su hija a permanecer sentada, sin pestañear, mientras la vida se agotaba lentamente en el cuerpo de su madre y ésta quedaba inerte, con los brazos colgando inútilmente por encima de la cabeza.

En algún momento, Jessica había escapado, corriendo descalza hacia el bosque nevado. Corrió durante mucho tiempo. Al final se le entumecieron los pies. Pero siguió corriendo, tratando de adelantarse a las pesadas pisadas de las botas que venían detrás.

Finalmente, llegó al borde de un acantilado y se asomó para ver un río embravecido a quince metros de profundidad. Sabía, incluso entonces, que saltar de ese acantilado sería un suicidio. Pero le parecía preferible a la alternativa.

Y, sin embargo, cuando llegó el momento, cuando el brazo de su padre se extendió para tirar de ella, descubrió que no podía dar el salto, que no podía moverse en absoluto. Así que la arrastró de vuelta a través de la nieve, la volvió a atar a la silla y la dejó en aquella cabaña con el cuerpo de su madre. Solo un par de cazadores que pasaban por allí tres días después la salvaron de una muerte segura.

No se había olvidado, y ahora no había cazadores para salvarla. A medida que su padre se acercaba, sabía que no quedaba nadie para protegerla del monstruo que la había torturado tanto en vida como en sueños. Solo estaba ella.

Así que se levantó.

Ignorando el dolor de su pierna, se obligó a ponerse en pie con un rápido y deliberado movimiento. Cuando su padre la alcanzó, estaba erguida, con los puños cerrados, el cuerpo tenso y preparado, los ojos clavados en los de él. Él dejó de avanzar, sus propios ojos delataban su incertidumbre.

—¡Vamos! —gritó ella.

Pero no lo hizo. En lugar de seguir avanzando, Xander Thurman le lanzó la pierna del maniquí, se dio la vuelta y corrió hacia la salida, arrastrando ligeramente la pierna derecha.

Jessie se quedó congelada por un momento, sin saber qué acababa de pasar. Luego dio un paso adelante para perseguirlo.

Tuvo que detenerse inmediatamente. Le dolía la pierna, pero ése no era el verdadero problema. Todavía se sentía mareada por el golpe en la cabeza. Se inclinó ligeramente, tratando de evitar que la habitación diera vueltas. Observó, frustrada e impotente, cómo su padre empujaba la puerta de salida y desaparecía de su vista.

Se permitió cinco segundos para recuperarse, respirando profundamente varias veces, esperando que su cabeza se despejara. Eso ayudó. No se sentía totalmente lúcida, pero ya no temía caerse si intentaba caminar.

Dio un paso. La pierna se mantuvo firme. Dio otro. La rodilla le dolía, pero podía apoyarse en ella. Dio un tercer paso. Y entonces, confiada en que podría mantenerse erguida, echó a correr, saliendo por la puerta, en busca del padre que quería matarla.

*

Se estaba acercando.

Después de salir del almacén, pensó brevemente que lo había perdido. Pero entonces vio la figura cojeando a unos cincuenta metros delante de ella. Se alejaba del distrito comercial y se dirigía a la zona residencial adyacente.

Mientras corría, Jessie sacó su teléfono y marcó automáticamente el número de Dolan, tratando de no perder el control en el aguacero.

Saltó el buzón de voz.

—Dolan —gritó sin aliento en el teléfono—. Estoy persiguiendo a Thurman. Atropelló a Murph con un coche y me persiguió hasta un almacén. Lo desarmé pero se escapó. En estos momentos está huyendo hacia el oeste por la calle 25 Oeste hacia la zona residencial de West Adams. Mi timbre está apagado pero puedes rastrear mi ubicación.

Al intentar volver a meter el teléfono en el bolsillo, se le resbaló de los dedos y se le cayó de las manos. Cayó al suelo y se deslizó por el asfalto hasta acabar en la cuneta, donde fue arrastrado por el torrente de agua.

A partir de ahí, todo pareció suceder a cámara lenta. Jessie vio cómo la rápida corriente arrastraba el teléfono hacia una alcantarilla. Al darse cuenta de que no podría alcanzarlo a tiempo, se lanzó para intentar atraparlo. Pero cuando saltó, su pierna izquierda se dobló y aterrizó con poca fuerza, aplastando sus costillas y dejándola sin aliento. No pudo hacer otra cosa que tumbarse bajo la lluvia mientras su teléfono desaparecía de la vista.

Cuando consiguió arrodillarse y arrastrarse, metió la mano, esperando que el teléfono se hubiera alojado en la rejilla, pero sabiendo que no era así. Al no encontrar nada, miró hacia arriba y vio que su padre estaba ahora a unos cien metros por delante de ella, incluso con su pronunciada cojera.

«El teléfono no importa. Levántate. Atrápalo».

Se impulsó hacia arriba, fingiendo no notar su rodilla palpitante ni sus costillas doloridas. Cuando empezó a tomar impulso de nuevo, vio a Xander doblar la esquina hacia el norte por la 2ª Avenida. Aceleró el paso para no perderlo de vista.

Cuando llegó a la intersección, él aún era visible. Había recuperado parte de la distancia, incluso a su ritmo más lento. Él se dio la vuelta para mirar hacia ella y, pareciendo decidir que una persecución en calles abiertas era, en última instancia, una batalla perdida para él, corrió por la acera hacia una de las amplias mansiones de esa calle.

Cuando Jessie se apresuró a alcanzarlo, lo vio llegar a la puerta y agarrar el pomo. Ella quiso que no se abriera. Pero se abrió. Él volvió a mirar hacia la calle, esbozó una sonrisa malévola y entró.

Cuando llegó a la casa, casi un minuto después, Jessie sabía que su ventaja había desaparecido. Xander podría estar justo detrás de la

puerta, esperando con un atizador de chimenea o un cuchillo de carnicero. Pero al menos estaba atrapado. Dolan recibiría su mensaje y en pocos minutos, esta calle estaría llena de policías. Todo lo que tenía que hacer era sentarse y saludarles cuando llegaran.

Entonces oyó el grito.

CAPÍTULO TREINTA

Jessie subió corriendo las escaleras.

No podía esperar. Ese no era el grito de alguien que simplemente estaba asustado. Era el de una persona con un dolor implacable. Otro grito cortó el aire de la noche. Y ella tenía que hacer que se detuviera.

Incluso cuando llegó a lo alto de la escalera y vio que la puerta principal estaba entreabierta, supo que estaba siendo manipulada, que estaba haciendo exactamente lo que Thurman quería. Y, sin embargo, no podía detenerse. No podía quedarse en la calle y esperar a los refuerzos. La víctima de su padre estaría muerta para entonces.

Pero el hecho de que tuviera que entrar no significaba que tuviera que ser predecible. Se lanzó hacia la puerta, extendiendo los brazos para empujarla y, en el último momento, haciendo un giro con la cabeza, tal y como le había enseñado su instructor de campo del FBI. Dio una voltereta hacia el interior de la casa y aprovechó su impulso para levantarse y girar rápidamente en busca de cualquier amenaza inmediata. No había nadie en el vestíbulo.

Entonces oyó otro grito. Venía de algún lugar del centro de la casa. Se precipitó por el pasillo más cercano y, al acercarse a la entrada de la gran habitación que tenía delante, utilizó el mismo movimiento para rodar hacia ella en lugar de correr en posición vertical.

Cuando se levantó, giró alrededor de la habitación en busca de amenazas. Lo que vio le hizo quedarse con la boca abierta. Al otro lado de la enorme sala de estar, frente a una chimenea crepitante, había una chica. Estaba sentada en una silla, con los brazos atados a los reposabrazos y los pies atados a las patas de la silla. Tenía los párpados abiertos con cinta adhesiva.

Pero su boca estaba rellena con un trapo. Los gritos no procedían de ella. En cambio, parecían provenir de la mujer que estaba frente a ella, cuyos brazos, atados a una viga del techo con una cuerda elástica, colgaban por encima de su cabeza. Jessie vio que un flujo constante de sangre se filtraba en el suelo desde su sección media. A su lado, un hombre colgaba sin fuerzas, con un enorme charco de sangre a sus pies. Parecía estar muerto.

Jessie miró a su alrededor en busca de alguna señal de Thurman. Era casi seguro que estaba por allí, como demostraban los gritos recientes. Pero no era visible de inmediato. Aunque no tenía más remedio que avanzar, a Jessie le parecía que algo no encajaba en la situación. ¿Cómo había preparado su padre este elaborado montaje tan rápidamente?

Sus ojos se posaron en el atizador a la derecha de la chimenea. Moviéndose con cautela, se acercó a él, con la esperanza de asegurar cualquier arma que pudiera igualar las probabilidades. Al llegar al sofá, miró a su alrededor por si él se escondía detrás de él. No había rastro de él.

Siguió hacia la chimenea, pasando por delante del hombre que colgaba y de la mujer que gemía a su izquierda. Quería ayudar, pero se negó a mirar hacia ellos. Cualquier distracción podría dar a Thurman, estuviera donde estuviera, la oportunidad de hacer un movimiento.

Rodeó el sofá y estuvo a pocos metros del atizador cuando se permitió echar una mirada de pasada a la chica sentada a su alcance. Más cerca ahora, Jessie se dio cuenta de que no era tanto una chica como una mujer joven. Parecía estar al final de la adolescencia.

A pesar de sus esfuerzos por no hacerlo, Jessie miró los ojos de la chica. Abiertos con cinta adhesiva, parecían aterrorizados. Pero también había algo más en ellos. Había intención. Parecía estar tratando de transmitir algo a Jessie, que la estudió más de cerca.

Los ojos de la chica se movían, dirigiéndose a un punto a la derecha de Jessie y luego de vuelta a ella. Jessie miró a la derecha, esperando ver a Thurman agazapado allí. Pero lo que vio fue un par de zapatos. Justo después de ellos estaban los pies cubiertos de calcetines de alguien que yacía boca abajo en el suelo.

«¿Otro cadáver, como el del hombre que colgaba detrás de ella?»

Y fue entonces cuando se dio cuenta. Los ojos de la chica no rebotaban entre el cuerpo en el suelo y Jessie. Estaban rebotando entre el cuerpo en el suelo y el hombre que colgaba detrás de ella.

Se dio la vuelta para enfrentarse a él, sabiendo que ya era demasiado tarde. Tenía razón. El hombre que estaba detrás de ella ya no colgaba y sus brazos ya no estaban por encima de su cabeza. Uno de ellos, el herido por el disparo en el hombro de hace unos días, descansaba a su lado. Pero el otro, balanceando un candelabro hacia su cabeza,

funcionaba bien.

El brazo se movió con suavidad y rapidez cuando el candelabro conectó con el costado de su cráneo, apenas un milisegundo después de que ella reconociera a la persona que lo sostenía como su padre.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Jessie estaba bastante segura de que no estaba muerta, aunque una parte de ella deseaba estarlo.

Mientras volvía lentamente a la conciencia, su cuerpo comenzó a palpitar. Era difícil discernir exactamente de dónde provenía el dolor, ya que había muchas fuentes de dolor. Mientras esperaba a que su visión se enfocara, hizo un repaso mental de sus heridas personales.

La cabeza le palpitaba implacablemente en el lugar donde se había golpeado con el candelabro. Le dolían las costillas por haberse lanzado a la calle tras su teléfono. Le dolía la cadera por haber caído sobre ella cuando Murph la había lanzado fuera de la trayectoria del coche que venía en dirección contraria. La rodilla se sentía hinchada, como un globo que necesita que le saquen el aire.

Y los brazos. No se había hecho ninguna herida, por lo que recordaba. Entonces, ¿por qué le escocían tanto?

Cuando sus ojos se aclararon lentamente, se dio cuenta de la razón. Estaban atados a cuerdas elásticas y enrollados alrededor de la viga superior, al igual que la mujer que estaba a su lado, que ahora estaba claramente muerta.

Jessie cerró rápidamente los ojos, tratando de no dejar que la visión permaneciera en su cerebro. Todavía estaba demasiado confusa para estar realmente asustada. Pero sabía que esa sensación iba a llegar. Y estar a centímetros de una mujer muerta en la misma posición que ella no iba a ayudar a combatirlo.

Oyó movimiento en algún lugar frente a ella y supuso que era Thurman, ya que todos los demás en la habitación estaban muertos o atados. Intentó no moverse, con la esperanza de que cuanto más tiempo le hiciera creer que seguía fuera, más tiempo tendría para idear un plan.

Basándose en el hecho de que sus brazos no estaban totalmente entumecidos, sino que seguían sintiendo un hormigueo de dolor, dedujo que no había estado fuera más que unos pocos minutos. A pesar de la incomodidad, prefería esto. Una vez que sus brazos se entumecieran por completo, serían casi inútiles, incapaces de agarrar

cualquier cosa que pudiera ayudarla a escapar. Necesitaba encontrar una forma de salir de esto rápidamente, mientras su cuerpo todavía tenía alguna capacidad de funcionar y antes de que su padre comenzara a cortar inevitablemente.

—Sé que estás consciente, Bicho —dijo Thurman suavemente desde lo que parecía estar a solo unos metros de distancia—. Tu respiración cambió cuando te despertaste.

Como su treta era ahora inútil, Jessie se permitió tragar. Se convirtió en una tos cortante ya que su garganta estaba seca. El temblor de su cuerpo hizo que cada herida doliera exponencialmente más.

—Normalmente no hago esto —dijo Xander, con la voz cada vez más cercana—. Pero ya que somos parientes, voy a darte un pequeño refresco líquido.

De repente, su cabeza se inclinó hacia atrás y le cayó agua por la garganta. Casi se atragantó, pero consiguió tragar un poco. Su visión se hizo más nítida, lo suficiente como para poder ver al hombre que tenía delante. Él sonrió.

—Por supuesto, cada bendición que recibimos en la vida tiene un precio —continuó mientras sacaba un largo cuchillo de carnicero ya cubierto de sangre y lo blandía despreocupadamente hacia su sección media, cortando su costado—. Esta es la tuya.

Ella jadeó ante este nuevo e inesperado dolor. Sabía que el corte no era muy profundo, pero eso no hacía que doliera menos. Se sentía como si alguien estuviera presionando una sartén caliente contra el lado izquierdo de su estómago. A pesar de ello, se negó a gritar. En su lugar, inhaló profundamente y luego trató de exhalar la agonía con el dióxido de carbono.

—Tengo que decir —murmuró cuando estuvo segura de poder decir una frase sin llorar— que pensé que nuestros días de reunión habían terminado. Me estaba preparando para llorar por ti.

Jessie esperó su respuesta, deseando desesperadamente que su vanidad se impusiera al menos temporalmente a su sed de venganza. Si conseguía que hablara de cómo había sobrevivido a lo que todo el mundo suponía que era su muerte, podría retrasar el horrible plan que le tenía preparado.

—Sí que te has adelantado en eso —dijo, mordiendo el anzuelo—. Pensé que si alguien iba a descubrir mi pequeño subterfugio, serías tú,

Bicho. Pero, como siempre, mi propia hija me decepciona.

Dio otro golpe casual con el cuchillo, esta vez en el muslo derecho. El material de sus pantalones era más grueso que el de su camisa, así que el corte no fue tan profundo. Pero aun así le costó un enorme esfuerzo quedarse callada y negarle a él la satisfacción de verla sufrir.

Intentó centrar su atención en otra cosa que no fuera su contorsionada sonrisa. Mirando hacia abajo, se dio cuenta de que su mano izquierda, la que no sostenía el cuchillo, estaba vendada. En concreto, los dedos corazón y meñique estaban fuertemente envueltos en una gasa. Asintió con la cabeza.

—Supongo que eso explica cómo encontraron tus dedos en la escena.

Sonrió con orgullo.

—Tenía que hacerlo creíble —dijo—. A veces eso requiere un poco de sacrificio personal.

—Pero no fueron solo los dedos, Xander —le recordó ella entre dientes apretados—. Encontraron tu ADN en la sangre del patio. No creo que fuera una locura asumir que esos trozos de carne eran tuyos.

—Por supuesto que podría haber parecido así para el ojo no entrenado —concedió—. Pero todo lo que se necesitó fue un poco de pensamiento creativo para descubrir la verdad.

—Sígueme la corriente, pa —dijo ella con sarcasmo—. Sabes que quieres decirme cómo lo hiciste. Y realmente soy la única que lo apreciaría. Así que mejor escúpelo.

Miró a la adolescente atada en la silla de enfrente, cuya expresión era de perplejidad ante aquella loca que provocaba al hombre del cuchillo. Jessie sonrió para sí misma. Al menos eso significaba que estaba haciendo un buen trabajo.

—Te propondré un trato —dijo Thurman diabólicamente—. Te diré cómo lo hice si prometes guardar el secreto. Oh, espera, ¿qué estoy diciendo? Pronto guardarás todo en secreto.

Se rio en voz baja de su propia broma antes de continuar.

—Así que supongo que puedo compartir. Después de todo, compartir es cuidar, ¿verdad, Bicho?

—Si tú lo dices.

—No —gruñó—. Quiero que lo digas tú.

Jessie tragó saliva con fuerza.

—Compartir es cuidar —murmuró.

—Buen trabajo, pequeña —dijo él con alegría—. Esto es lo bueno de los hospitales: traen a gente inconsciente. Así que si encuentras a un vagabundo que coincida con tu tamaño, edad y aspecto general y lo envenenas muy cerca del hospital al que quieres acceder después, lo admitirán. Entonces todo lo que tienes que hacer es colarte en el hospital antes del gran dispositivo de seguridad, recoger al hombre inconsciente sin vigilancia y llevarlo a un almacén del sótano poco utilizado donde ahora tienes todo el tiempo que necesitas para hacer un intercambio total de sangre, que es una transfusión masiva, reemplazando toda su sangre con la tuya. Y si has estado acumulando y almacenando tu sangre en un frigorífico de ese mismo hospital durante varias semanas, todo el proceso es realmente muy eficiente. La máquina que lo hace es móvil y todo. La tecnología moderna es una maravilla, Bicho.

—Suena como una brisa —dijo Jessie con sarcasmo, sabiendo que su padre apreciaría que señalara a regañadientes lo difícil que debía ser ese proceso en realidad.

—Si estás preparado, sí —estuvo de acuerdo—. Entonces todo lo que tienes que hacer es poner tu ropa extra con tu identificación falsa en el hombre inconsciente, llevarlo hasta un ventilador de conductos industriales cerca de una ventilación que da al patio, y empujarlo. Bajará en pedazos como los caramelos que caen de una piñata.

Hizo una breve pausa, casi como si esperara un aplauso. Cuando no hubo ninguno, continuó.

—Y si preparas las cosas con antelación bajando por una cuerda hasta ese respiradero cuando sabes que estás en una cámara que será revisada más tarde, habrás duplicado tu placer de «confirmación de muerte falsa». ¿Cuerpo descuartizado que se parece a mí? Jaque. ¿Mi identificación falsa con el cuerpo? Jaque. ¿Video de vigilancia de mí entrando en el conducto de ventilación? Jaque. ¿Mi ADN real salpicado por toda la escena? Jaque mate.

—Eso es muy inteligente —susurró Jessie con voz ronca—. ¿Pero cómo me encontraste en el bar?

Mientras hacía la pregunta, se balanceaba de un lado a otro como si estuviera terriblemente incómoda. Lo estaba, pero eso no era lo importante. Intentaba que sus brazos no perdieran la sensibilidad. Conseguir que el bueno de papá describiera sus hazañas era una forma útil de alargar su vida. Pero si ella no tenía ninguna manera de evitar que él usara ese cuchillo, todos los trucos para retrasar no servirían de nada.

Su padre no parecía preocupado por su movimiento. De hecho, ver cómo la sangre de sus heridas goteaba salvajemente en el suelo como si ella fuera el pincel de un cuadro inconcluso de Jackson Pollock parecía darle un gran placer.

—Eso también fue fácil —dijo—. Después de que escapara, tuve una reunión con nuestro conocido mutuo, Bolton Crutchfield. Me ayudó a arreglar algunos de los problemas que tuve en nuestro último encuentro. Pero sospeché que su lealtad podría estar comprometida. Solía ser un joven tan devoto, deseoso de aprender, feliz de cumplir mis órdenes sin cuestionarlas. Pero entonces te conoció y pareció ablandarse un poco. Su afecto por ti nubló su juicio. Y cuando se enteró de que iba a castigarte para siempre, parecía... poco entusiasmado.

—Traidor —comentó Jessie con sarcasmo.

—En efecto —coincidió Thurman—. Por suerte, le conté una historia sobre la ubicación de tu casa segura, que era, lo admito, una treta. También le puse un rastreador con un micrófono. No esperaba que un viejo como yo utilizara una tecnología tan novedosa. Así es como lo seguí hasta el bar. Así es como me enteré de que te había avisado de mi posible ataque a la casa segura. Así es como supe que casi seguro que volverías a ese mismo bar para celebrar mi "desaparición". Pero en caso de que te lo estés preguntando, déjame asegurarte que una vez que termine contigo, le haré una visita al señor Crutchfield para hacerle saber lo que siento por su traición.

Jessie ignoró la amenaza de Crutchfield. Su seguridad era bastante baja en su lista de prioridades. Entretener a su padre el tiempo suficiente para recuperar la sensación de plenitud en sus brazos estaba en lo más alto.

Vio que la chica también intentaba aprovecharse del retraso. Cada vez que Thurman apartaba la vista de ella, se las arreglaba para sacar un poco más el trapo que tenía metido en la boca. Por los cortes en sus labios hinchados y descoloridos, Jessie podía decir que probablemente

había estado tratando de sacar esa cosa de su boca durante horas. Parecía que estaba a punto de escupirlo por completo, aunque no le serviría de mucho.

—Pero no podías saber cuándo estaríamos en el bar —señaló Jessie, atrayendo de nuevo su atención hacia ella—. ¿Cómo tuviste tiempo de atar a la gente que vive aquí?

—¿La gente que vive aquí? —repitió él, divertido—. Esta gente no vive aquí, Bicho. Los dueños de esta casa han estado fuera de la ciudad durante una semana. He traído a estos buenos ciudadanos de otro barrio totalmente distinto.

Jessie, en medio de toda la sangre y la locura, encontró eso extra desconcertante.

—¿Pero por qué ellos? Son gente inocente.

Xander se rio.

—Nadie es verdaderamente inocente. Ya deberías saberlo, Bicho. Además, va a ser muy divertido ver cómo esta chica te ve morir. Tendrá un asiento en primera fila. Y a pesar de todas tus evasivas, aún tendré tiempo de irme. Tu amigo del FBI y sus lacayos tienen que ir casa por casa buscándote. Para cuando lleguen, estarás muerta y yo ya me habré ido.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Jessie, genuinamente estupefacta.

—Oh, no te gustaría saberlo —dijo alegremente—. Casi quiero que vivas solo para poder enterarte del gran giro. Me encantaría ver la expresión de tu cara cuando descubras la verdad. Por desgracia, tú eres parte del giro, así que no es posible. ¿No es irónico? En fin, basta de cháchara. Es hora de destripar a la hija.

Con eso, dejó de hablar y avanzó hacia ella.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Jessie no estaba preparada.

Sus brazos aún se sentían flácidos y débiles, como una muñeca de trapo. Cuando Xander se acercó, ella lo observó casi saltando de entusiasmo. Su pelo, que antes era corto y que ahora caía sobre su frente, rebotaba de arriba abajo.

Mientras se acercaba, ella se dio cuenta de algo que no había notado antes. Debajo del pelo caído, en el lado derecho de la frente, había un pequeño vendaje de color carne.

Se le ocurrió que estaba en el mismo lugar en el que Bolton Crutchfield se había marcado un círculo en la frente esta misma tarde, cuando estaba junto al árbol fuera de la casa de los Jerebko. Dudaba de que fuera una coincidencia. ¿Estaba Crutchfield tratando de decirle algo? Si, como sospechaba Thurman, su lealtad estaba ahora con ella, la respuesta era casi con toda seguridad que sí.

Crutchfield fue quien curó a Thurman tras sus múltiples heridas al escapar del apartamento de Jessie. Una de esas heridas fue un golpe de una porra en la frente. Jessie le había asestado el cruel golpe en la cabeza con ella, en el lugar exacto donde ahora descansaba ese vendaje. ¿Era la herida peor de lo que parecía? Parecía que Crutchfield pensaba que sí.

Antes de que Jessie supiera qué hacer con la información, Thurman estaba sobre ella, blandiendo el cuchillo hacia el lado derecho de su cuerpo. Ella se apartó de él y sintió cómo la hoja se deslizaba por su espalda detrás del hombro derecho, cortando la carne.

Oyó un grito, segura de que era el suyo. Tardó un segundo en comprender que en realidad era la chica de la silla, que por fin había conseguido escupir el trapo. Esto también sorprendió a Thurman, que se giró para mirarla con sorpresa. Se acercó a ella, recogió y devolvió el trapo en su boca, y luego volvió a centrar su atención en Jessie.

La breve pausa le había dado a Jessie el tiempo que necesitaba para pensar en una idea. Era simple y estúpida y era poco probable que funcionara. Pero era todo lo que tenía.

Esperó a que su padre se acercara a ella de nuevo, asegurándose de no moverse hasta que estuviera demasiado cerca como para retroceder. Entonces, con toda la fuerza que pudo reunir, tiró de las cuerdas elásticas con las muñecas atadas y aprovechó el impulso de rebote para levantar las piernas en el aire. Las extendió en un rápido y violento movimiento de patada.

El tacón de su zapato derecho hizo perfecto contacto con el vendaje de la frente de Thurman. Oyó lo que le pareció un crujido mientras él se tambaleaba hacia atrás, aullando de dolor. Se agachó, tratando de contener el repentino flujo de sangre que brotaba alrededor de la venda con una mano, mientras seguía sosteniendo el cuchillo con la otra.

Cuando volvió a mirar hacia ella, la sangre le corría por todo el lado derecho de la cara y le entraba en el ojo. Se la limpió descuidadamente mientras se acercaba a ella, todavía gimiendo ruidosamente. Su marcha, ya inestable y arrastrada, se hizo aún más torpe cuando se abalanzó sobre ella, con los ojos parpadeando en una mezcla de dolor y aparente confusión.

Detrás de él, la chica se balanceó de repente en la silla a la que estaba atada y luego se lanzó violentamente hacia delante, con silla y todo. Su cuerpo se estrelló contra la espalda de Xander cuando éste se apartó de ella, haciéndole perder el equilibrio. Tropezó y cayó al suelo, aterrizando de rodillas frente a Jessie.

Estaba claramente desorientado, pero no tanto como para no poder levantar el cuchillo por encima de su cabeza, con sus ojos desenfocados dirigidos a la hija que tenía justo delante.

Mientras lo hacía, Jessie se levantó de nuevo de un salto, ignorando el crujido que sintió y que probablemente indicaba que se había roto la muñeca izquierda. Xander bajó, y la hoja cortó el borde exterior de la pantorrilla izquierda de Jessie mientras ella le rodeaba el cuello con las piernas.

Con las piernas apoyadas en los hombros de él, Jessie juntó las rodillas con fuerza, aplastando la cabeza de su padre entre ellas. Antes de que él se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, ella lo hizo de nuevo, y luego una tercera vez. Cada vez, oyó un gratificante golpe cuando los duros huesos de sus rodillas interiores chocaban con las sienes de su padre.

Eso no impidió que él la golpeara. Clavó el cuchillo en las rodillas que

eran la fuente de su agonía. Pero como Jessie seguía moviéndolas de un lado a otro, solo consiguió unos cuantos golpes limpios. Finalmente, un golpe salvaje se clavó profundamente en su muslo derecho, incrustándose allí.

A pesar de la punzante angustia que sentía en la pierna, Jessie no dejó de golpear sus piernas hacia dentro y hacia fuera. La fuerza del movimiento arrancó el mango del cuchillo de la mano de Xander. Jessie observó, casi como un observador, cómo sus rodillas seguían encajando el cráneo de su padre, el cuchillo de carnicero temblando mientras sobresalía de su carne.

Xander parecía ahora desconcertado, con los ojos desenfocados y la respiración agitada. Se desplomó ligeramente hacia delante, sostenido en su mayor parte por las piernas de Jessie. Con el cuello de Xander entre sus muslos, ella los apretó, usando toda la fuerza que le quedaba para exprimirle la tráquea y ahogar todo el aire que le quedaba.

Parecía estar funcionando, ya que sus ojos se abrieron de par en par mientras jadeaba en busca de una respiración que no podía encontrar. Y seguía apretando, incluso cuando sentía que la cuerda por encima de ella podría arrancarle las manos de las muñecas.

Los ojos de Xander se cerraron y su peso se desplomó completamente hacia Jessie. Ella separó los muslos y dejó que se desplomara en el suelo boca abajo. Sus pies golpearon con fuerza contra el suelo, como si se tratara de pesadas mancuernas que se dejan caer. Pero sabiendo que el cansancio y la implacable angustia física se apoderarían de ella en cualquier momento, no se permitió ni siquiera un instante para recuperarse.

Apoyando la pierna izquierda con la rodilla hinchada en el suelo, levantó la pierna derecha, la que todavía tenía el cuchillo de carnicero, en el aire. Luego la bajó, y su pie derecho se estrelló contra la cabeza de Xander, aplastando su cara contra el suelo.

Oyó un gemido sordo, casi inaudible. El sonido no hizo más que enfurecerla y volvió a levantar la pierna y a bajarla con fuerza, conectándola en el mismo punto. Lo hizo una tercera vez y vio que el impacto hizo que el cuchillo se deslizara fuera de su muslo y cayera por el suelo, donde descansó junto a la chica, todavía atada a la silla, mirándola.

Jessie volvió a prestar atención a su padre y se concentró en la mancha de sangre que tenía en la nuca, casi como una “X” en un

mapa del tesoro. Levantó la pierna una vez más, sabiendo que solo le quedaban fuerzas para este último pisotón. Con toda la fuerza que pudo reunir, bajó la pierna. El talón de su pie golpeó con fuerza y oyó un chasquido satisfactorio cuando un trozo de su cráneo se astilló.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Había terminado.

Sin siquiera la energía para deslizar su pie fuera de la parte posterior de la cabeza de Xander, Jessie se desplomó, sin ser consciente ni interesarse en si sus brazos estaban unidos a su cuerpo. Respiraba con dificultad. Podía oír la sangre que goteaba de varios lugares de su cuerpo y que salpicaba suavemente el suelo. Sus ojos vagaban perezosamente por la habitación mientras coqueteaba con la inconsciencia.

Finalmente, se fijaron en la chica que estaba en la silla, apoyada de lado en el suelo. Se acercaba lentamente al cuchillo, que había caído cerca de ella. Mientras se movía, el único sonido en la habitación, además de las continuas salpicaduras de la sangre de Jessie, era el raspado de la silla de madera cuando la chica se movía. Se desplazó hasta que pudo agarrarlo con la mano derecha y angular la hoja hacia sus muñecas. Comenzó a cortar la cinta adhesiva de un lado a otro.

Fue un proceso lento y se cortó en su propia muñeca tan a menudo como cortó la cinta. Jessie oía sus gritos ahogados a través del trapo cada vez que se hacía un corte especialmente fuerte. Finalmente, cortó lo suficiente de la cinta para poder sacar la mano. Pasó a la muñeca izquierda, que se soltó mucho más rápido ahora que tenía el uso completo de la mano derecha. Después de eso, sacó el trapo y miró a Jessie.

—Todo va a estar bien, Bicho —dijo tranquilizadora.

Jessie se rio a pesar del dolor. Por supuesto, la chica no tenía ni idea de cuál era su verdadero nombre. Solo había oído a Xander llamarla Bicho. Así que así la llamaba también.

La chica interpretó la risa como una señal de que Jessie estaba perdiendo la cabeza, lo cual no estaba muy lejos de la realidad. Tan rápido como pudo, la chica liberó sus piernas y, con mucho esfuerzo, se puso de pie. Se acercó a Jessie arrastrando los pies, evitando cuidadosamente el cuerpo del hombre que la había torturado y matado a su familia. A pesar de la sangre que rezumaba de su cabeza, le dio un amplio margen.

Cuando se acercó a Jessie, la rodeó con un brazo para ayudar a sostener su peso mientras cortaba la cuerda atada a su brazo izquierdo. Jessie se desplomó con fuerza y la chica tuvo que ajustar su posición para sostenerla. Entonces cortó la segunda cuerda y Jessie se desplomó en sus brazos.

La chica se lo esperaba y la cogió antes de bajarla suavemente al suelo. Jessie sonrió a la chica con una mirada de preocupación en su rostro.

Libre de las ataduras y de la mordaza, parecía sorprendentemente serena, a pesar de todo. Sin la máscara de miedo que le marcaba la cara, Jessie calculó que tenía unos diecisiete años. Su cabello rubio arenoso, hasta los hombros, se pegaba sudorosamente a su cuello. Sus ojos verdes, hinchados y enrojecidos por el llanto, destilaban inteligencia.

—Me llamo Jessie —murmuró, sin estar segura de que las palabras que intentaba formar fueran realmente coherentes.

—Hola, Jessie —dijo la chica, confirmando que lo eran—. Soy Hannah. Oigo sirenas fuera. Voy a buscar ayuda. Prometo que volveré enseguida.

Jessie asintió con la cabeza mientras la chica se tambaleaba hacia el frente de la casa. Una vez que se fue, Jessie se las arregló para rodar de lado sobre su espalda. Miró el cuerpo de la otra mujer, probablemente la madre de Hannah, que aún colgaba sin vida sobre ella. En algún lugar más allá del sofá estaba el padre de la chica.

Girando la cabeza hacia la izquierda, Jessie miró a Xander Thurman. Tenía la cabeza de lado para poder verle la cara. Estaba empapado de sangre, ya que la herida de la frente seguía supurando. Tenía los ojos abiertos, aunque el izquierdo estaba tan cubierto de sangre que no podía verlo.

Pero el derecho estaba casi despejado. Y mientras yacía en el suelo, esperando que llegara la ayuda, Jessie miró fijamente el ojo verde del hombre que había intentado matarla, su propio padre. No pudo evitar admitir, mientras se desvanecía, que realmente era como mirarse en un espejo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Jessie estaba helada.

Tardó varios segundos en darse cuenta de que eso se debía a que estaba en una fina bata de hospital, sin sábanas que la cubrieran, en una habitación fría y con el oxígeno helado saliendo de una mascarilla en su boca agrietada y reseca.

Quería pedir desesperadamente una manta o al menos un trozo de hielo. Pero ni su boca ni su cuerpo reaccionaban a las instrucciones de su cerebro. Finalmente, tras lo que le pareció una eternidad, consiguió hacer lo único que estaba en su mano: gemir.

No podía abrir los ojos, pero oía un movimiento cercano. Pronto, una voz que no reconoció, probablemente de una enfermera, le habló tranquilamente.

—Señorita Hunt, está usted en el Centro Médico del Hospital de California, en el centro de Los Ángeles. Soy Joanie, su enfermera. Ha sido atacada y ha sufrido varias heridas graves. Pero lo importante es saber que se va a poner bien. Has estado en cirugía durante las últimas horas. Cuando se estabilice, le sacaremos de la UCI. Uno de sus colegas vendrá más tarde para explicarle lo que le ha pasado. Pero por ahora, necesita descansar.

—Ahhss —logró gemir Jessie.

—Si está pidiendo trozos de hielo, tenemos que posponerlo hasta que el médico dé el visto bueno. Sé que está incómoda. Voy a frotarte un poco de vaselina en los labios, que puede ayudar un poco. También voy a ponerle una sábana por si tiene frío. Tiene la piel de gallina. Si no quiere eso, haga algún tipo de ruido. Si no dice nada, supondré que le parece bien.

Jessie permaneció en silencio. Pronto sintió que el frío se disipaba ligeramente, lo que supuso que se debía a una sábana, aunque en realidad no la sintió en su piel. Sin embargo, sintió que le frotaban los labios con vaselina, lo que le alivió un poco.

Pensó en intentar dar las gracias, pero entre el pensamiento y las palabras, volvió a caer en el sueño.

*

Esta vez, cuando se despertó, Jessie fue capaz de abrir los ojos.

Cuando miró la habitación, pudo darse cuenta inmediatamente de que estaba fuera de la UCI y en una habitación normal. En primer lugar, había mucho más silencio. En lugar de docenas de pitidos y voces, solo oía el pitido de una máquina de vez en cuando.

Las luces estaban apagadas y las persianas bajadas. Pero el sol brillante que se filtraba por los bordes le decía que era pleno día.

«¿Pero qué día?»

Miró las dos pequeñas sillas de aspecto incómodo que había en la esquina de la habitación. Ambas estaban ocupadas por personas que dormían. En una estaba el agente Dolan, que roncaba suavemente. En la otra silla estaba Kat Gentry. Si estaba aquí, eso significaba que había venido desde Europa, lo que sugería que Jessie había estado fuera durante bastante tiempo.

Vio movimiento por el rabillo del ojo. Un médico estaba entrando. Debía haber notado que ella se había despertado. Al ver a Kat y a Dolan dormidos en las sillas, cerró la puerta en silencio tras entrar y se acercó sin hacer ruido. Con su cara de niño y su pelo castaño desgreñado, parecía demasiado joven para ser médico, aunque Jessie sospechaba que probablemente era mayor que ella.

—Hola —susurró cuando estuvo junto a ella—. Soy el Dr. Riggs. Tú debes ser Jessie.

Ella asintió, sin estar segura de la eficacia de su voz después de tanto tiempo sin hablar.

—Estoy seguro de que tiene muchas preguntas —dijo él—. No puedo responder a todas ellas. Pero puedo decirte cómo estás médicamente. ¿Crees que estás preparada para ello?

Ella volvió a asentir.

—Está bien. La versión corta es que no tienes ningún daño permanente, aunque te moverás lentamente durante un tiempo. La

herida de cuchillo en el lado derecho de la espalda requirió treinta y siete puntos de sutura. Tendrás una movilidad limitada en esa zona durante un tiempo y necesitarás una amplia terapia física. La herida del muslo derecho fue especialmente traumática y tardará bastante en curarse. Y, por supuesto, tendrás varias cicatrices adicionales. Teniendo en cuenta que te apuñalaron o cortaron más de dos docenas de veces y que perdiste mucha sangre, yo diría que saliste bastante bien parada de todo esto. También tienes una costilla rota, una fractura en la muñeca izquierda, un esguince en el ligamento cruzado anterior derecho y una conmoción cerebral, además de un chichón bastante grande en la cabeza. Como puedes imaginar, con esa versión corta, la versión larga te llevará algún tiempo. Pero podemos dejar eso para después.

Jessie se tomó un momento para dejar que todo lo que había dicho se asentara. Teniendo en cuenta que no estaba segura de despertar cuando se quedó dormida en aquella mansión, se consideró afortunada.

—¿Murph? —consiguió graznar. Se preparó para la respuesta.

El Dr. Riggs parecía perplejo.

—No estoy seguro de lo que significa —dijo.

—Está preguntando por la situación del aguacil Murphy —dijo Dolan somnoliento. Sus ojos permanecían cerrados.

—Ah, sí, Patrick Murphy, el aguacil que fue atropellado por el coche. Ahora está en otra operación. Se rompió las dos piernas en la colisión y luego se fracturó la clavícula al caer al suelo. Al final se recuperará del todo, pero tardará un poco, unos seis meses.

Jessie asintió. Podría haber sido mucho peor. Se le ocurrió que hasta ese momento no había sabido el nombre completo del hombre que había arriesgado su vida por ella. Lo mismo ocurría con otro hombre que había sacrificado la suya.

—¿Y Emerson? —preguntó, sabiendo ya la respuesta.

El médico parecía confundido, lo cual tenía sentido. Solo sabía de los pacientes que necesitaban tratamiento, no de las personas que llegaban al hospital ya muertas. Dolan, con los ojos ahora abiertos, se sentó completamente erguido. Sacudió la cabeza.

—El servicio será este fin de semana —dijo en voz baja—. Te pasaré

por FaceTime si no puedes ir.

—Me temo que no podrá asistir —dijo el doctor Riggs, captando la naturaleza de la situación.

Jessie asintió, y luego pensó en otra pregunta.

—¿Y la chica, Hannah?

Riggs sabía claramente de quién estaba hablando.

—Hannah Dorsey escapó con muy pocas lesiones. Muchas magulladuras. Su muñeca derecha estaba bastante mellada. Pero dijo que se lo hizo ella misma cuando estaba cortando la cinta. Sus problemas a largo plazo son más bien psicológicos, ya que ninguno de sus padres sobrevivió.

—Te contaré más sobre eso más tarde —dijo Dolan en un tono que sugería que la conversación debía ser confidencial. A su lado, Kat se removió y abrió los ojos con pereza.

—Siento haberte despertado, princesa —dijo Jessie con voz ronca.

Los ojos de Kat se abrieron de par en par y saltó de su silla y se precipitó hacia la cabecera.

—Con cuidado —le advirtió el Dr. Riggs.

Kat no llegó a abrazarla, pero sonrió ampliamente.

—No puedo dejarte sola ni un segundo, ¿verdad? —dijo.

—Aparentemente no —se permitió decir Jessie.

—Les dejaré a todos un rato —intervino el doctor Riggs—. Podemos discutir tu situación con más detalle luego. Pero por ahora, la única regla es: tómalo con calma.

—Sí, señor —respondió Jessie. Ella tenía toda la intención de seguir la regla.

Una vez que se fue, Jessie volvió a prestar atención a Kat.

—¿Cuándo volviste?

—Hace unas seis horas. Tu chico Hernández me llamó. Le dije al agente de la Interpol, que no se dio cuenta de que yo sabía que me

estaba vigilando, que estaba libre y cogí el siguiente vuelo de vuelta. Me imaginé que podrías necesitar una compañera de piso y una enfermera durante un tiempo, hasta que te pongas bien. ¿Todavía se te considera una protegida del Servicio de Alguaciles?

—No lo sé. Estoy un poco desactualizada —dijo, volviéndose hacia Dolan—. ¿Lo soy?

—Técnicamente sí —dijo él—. Corcoran dice que mientras Crutchfield esté por ahí, tú estás en peligro.

Jessie se debatió sobre lo cauta que debía ser y decidió que ya no había muchos inconvenientes.

—Sí, sobre eso. No lo mencioné antes, pero Crutchfield estaba en la casa de los Jerebko cuando me presenté a interrogarlos. Podía haberme asaltado, lo que habría sido su segunda oportunidad de matarme en otros tantos días. En lugar de eso, me mostró exactamente en qué parte de la frente Thurman era físicamente vulnerable. Eso fue después de advertirme de que Thurman podría venir por mí en la casa segura.

Dolan se quedó con la boca abierta. Jessie esperó a que se recuperara antes de continuar.

—Puede que Bolton Crutchfield no haya terminado de meterse conmigo. Creo que se ve a sí mismo como un gato y a mí como el ovillo que le gusta batear. Pero me siento bastante segura de que no quiere matarme.

—¿Estás dispuesta a apostar tu vida por eso? —preguntó Dolan con escepticismo.

—Estoy dispuesta a volver a dirigir mi vida. No puedo pasar cada momento mirando por encima del hombro. Quiero acabar con eso. Y con mi padre muerto, debería poder hacerlo por fin.

Ni Dolan ni Kat respondieron a eso. De repente, Jessie se sintió menos segura.

—Está muerto, ¿verdad?

Dolan pareció darse cuenta de que su silencio había provocado una ansiedad inesperada.

—Sí —le aseguró rápidamente—. Está muy muerto. De hecho, es

probable que Decker tenga algunas preguntas para ti al respecto.

—¿Qué quieres decir?

—Es que no solo está muerto, sino que está "muerto con la tráquea aplastada, el cráneo abierto y los sesos rezumando". Hay una opinión entre algunos de que usaste... fuerza innecesaria.

—¿Fuerza innecesaria? —Jessie repitió, con la voz quebrada por la furia—. Estaba atada y siendo fileteada lentamente. Tuve una ventaja momentánea y la utilicé. Tenía que asegurarme de que ya no fuera una amenaza. ¿Debería haber intentado darle una patada en las pelotas y esperar lo mejor?

—Cálmate, Hunt —dijo Dolan suavemente—. No te estoy cuestionando. Y tampoco creo que Decker lo haga. Solo creo que algunos de los burócratas se fijaron en la naturaleza de sus lesiones y se preocuparon. No aprecian realmente el contexto.

—¿Entonces estoy en problemas?

—No. Dudo mucho que la perfiladora civil que atrapó sin ayuda a un asesino en serie que llevaba dos décadas suelto y que actualmente está hospitalizada tenga problemas a largo plazo. Pero es posible que tengas que hacer una o dos visitas al psiquiatra para hablar de tus demonios internos; ya sabes, los que le llevaron a abrir la cabeza de tu padre como un melón.

—Como si tú tuvieras que hablar de demonios internos —señaló ella.

—En realidad, Hunt, si alguien debería poder hablar con ellos, soy yo —dijo él—. Ya has visto cómo me enfrento a lo que le pasó a mi familia. Creo que ambos estamos de acuerdo en que no es la forma más sana de manejar un trauma del pasado. Y conduce a una vida solitaria. Hay una razón por la que trabajo dieciséis horas al día. No tengo nada esperándome en casa. No me gustaría que acabaras así, Hunt; sola y enfadada con dobles bourbon como único refugio del dolor.

Jessie no estaba segura de cómo responder a eso. Vio que Kat estaba igualmente incómoda con la repentina seriedad del pícaro agente del FBI. Finalmente, decidiendo que no era el momento de centrarse en cómo estaba procesando la muerte de su padre, determinó que lo mejor era cambiar de tema por completo.

—Sí, bueno. Tal vez deberías trabajar menos de dieciséis horas porque

te equivocaste. No derribé a Thurman sin ayuda. Si no hubiera sido por esa chica Hannah, estaría muerta ahora mismo. Ella sí que dio un paso al frente cuando era importante.

Dolan sonrió, feliz de dejar pasar también el momento sincero.

—Hablando de la chica, eso es lo que quería contarte después de que el doctor se fuera. Supimos un poco más de ella.

—Sí —recordó Jessie—. Thurman dijo que su familia no vivía allí, que los trajo de otro barrio. ¿Sabemos de qué se trata?

Dolan miró a Kat con dudas.

—¿Te parece bien hablar libremente delante de tu amiga? —preguntó.

—Absolutamente —le garantizó Jessie—. Ella está en el círculo de confianza.

—Me siento halagada —dijo Kat con una sonrisa de satisfacción, aunque se sonrojó por el cumplido.

—De acuerdo —continuó Dolan—. Estamos bastante seguros de saber la razón por la que tu padre los trajo específicamente. Como sabes, tenía todo el escenario planeado: matar a los padres y luego a ti y hacer que Hannah lo viera todo.

—Cierto, él lo dijo.

—Sí —dijo Dolan, ahora eligiendo sus palabras más lenta y cuidadosamente—. Creemos que estaba repitiendo el ciclo.

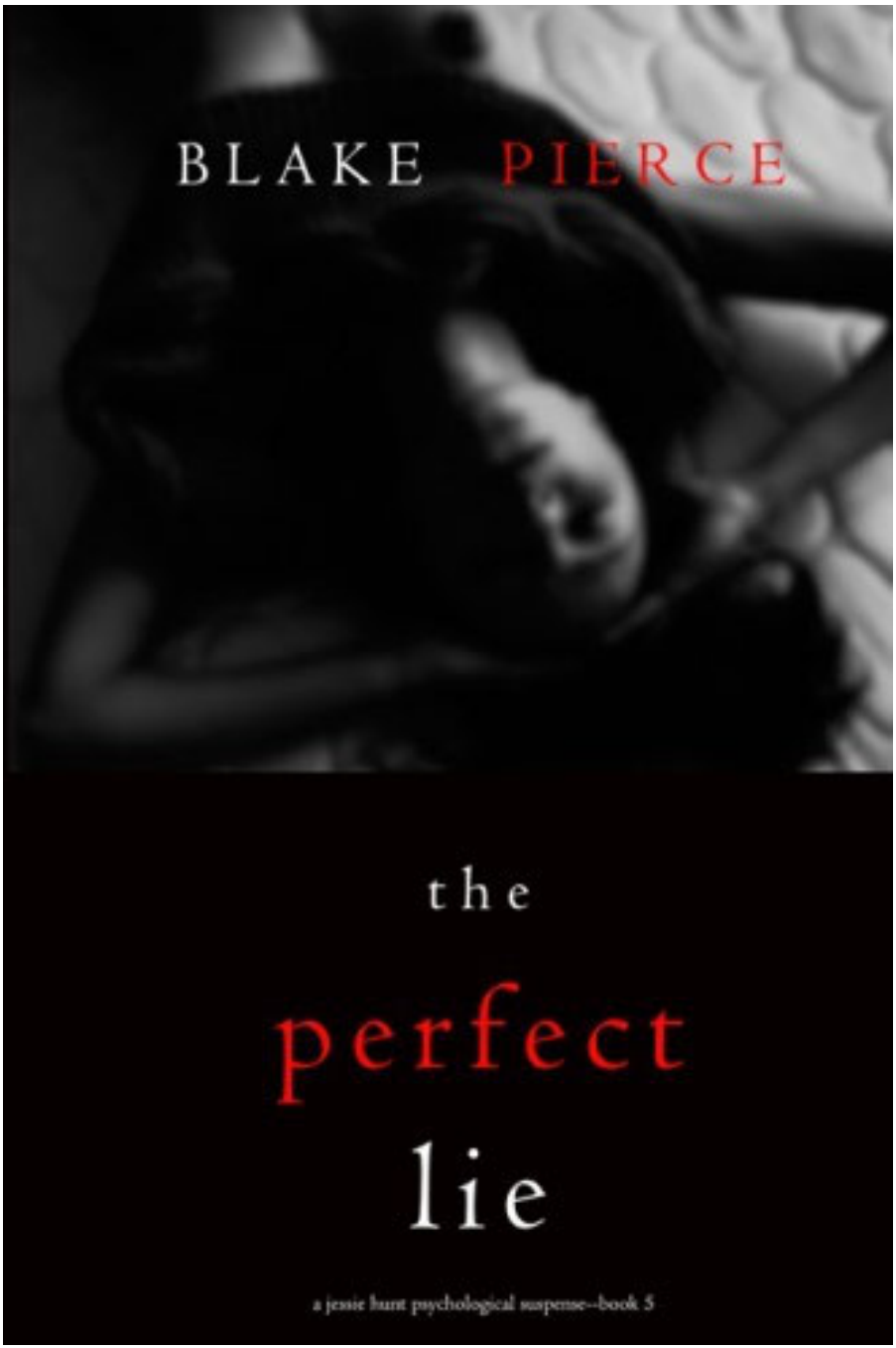
—¿Qué ciclo? —preguntó Jessie—. ¿De hacer que una chica joven vea, atada en una silla, cómo se asesina a la gente delante de ella?

—No cualquier persona, Hunt. Entrevistamos a Hannah antes. Al parecer, los Dorsey la adoptaron cuando era un bebé. Por una corazonada, hice que los médicos le hicieran un análisis de sangre. Y era compatible.

—¿Compatible con quién? —preguntó Jessie, con el estómago apretado por la aprensión.

—Con dos personas: tu padre, Xander Thurman. Y tú, Jessie. Hannah es tu hermanastra.

¡YA ESTÁ DISPONIBLE PARA RESERVA!



LA MENTIRA PERFECTA

(Un thriller de suspenso psicológico con Jessie Hunt—libro 5)

“Una obra maestra del thriller y el misterio. Blake Pierce hizo un magnífico trabajo desarrollando personajes con un lado psicológico tan bien descrito que nos sentimos dentro de sus mentes, seguimos sus miedos y festejamos su éxito. Lleno de giros, este libro te mantendrá despierto hasta la última página”.

--Books and Movie Reviews, Roberto Mattos (re Una Vez Desaparecido)

LA MENTIRA PERFECTA es el libro número 5 de una nueva serie de suspense psicológico del autor de bestsellers Blake Pierce, cuyo bestseller número 1, Once Gone (de descarga gratuita), tiene más de 1.000 críticas de cinco estrellas.

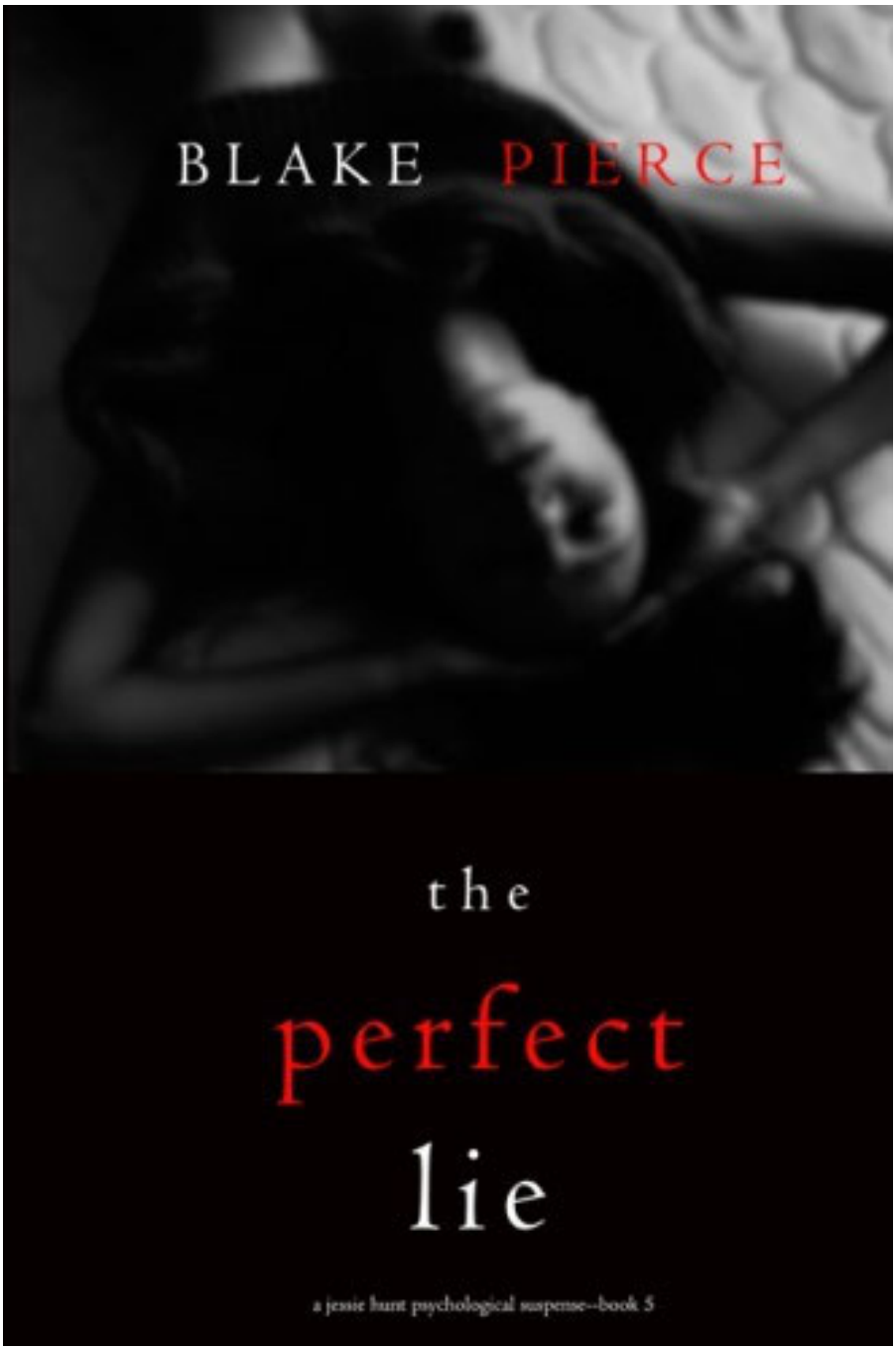
Cuando una atractiva y popular entrenadora de gimnasio es encontrada asesinada en una rica ciudad suburbana, la perfiladora criminal y agente del FBI Jessie Hunt, de 29 años, es llamada para averiguar quién la mató. Sin embargo, los retorcidos secretos que guarda esta ciudad plagada de aventuras no se parecen a nada que ella haya encontrado antes.

¿Con quién se acostaba esta mujer? ¿Cuántos matrimonios ha destrozado?

¿Y por qué la querían muerta?

Un thriller de suspenso psicológico de ritmo rápido, con personajes inolvidables y un suspenso que hace palpitar el corazón, LA MENTIRA PERFECTA es el libro #5 de una nueva serie fascinante que te dejará pasando las páginas hasta altas horas de la noche.

El libro nº 6 de la serie Jessie Hunt estará disponible próximamente.



LA MENTIRA PERFECTA

(Un thriller de suspenso psicológico con Jessie Hunt—libro 5)

¿Sabes que he escrito una multitud de novelas en el género de la novela de misterio?

Si no has leído todas mis series, ¡haz clic en las siguientes imágenes para descargar el primer libro de una serie!

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor número uno en ventas de USA Today, con su serie de misterio RILEY PAGE, que incluye diecisiete libros hasta el momento. Blake Pierce es también el autor de la serie de misterio MACKENZIE WHITE, que comprende catorce libros hasta el momento; de la serie de misterio AVERY BLACK, que comprende seis libros; de la serie de misterio KERI LOCKE, compuesta por cinco libros; de la serie de misterio MAKING OF RILEY PAIGE, que consta de cinco libros hasta el momento; de la serie de misterio KATE WISE, que comprende siete libros hasta el momento; de la serie de suspense psicológico CHLOE FINE, que consta de seis libros hasta el momento; de la serie de suspense psicológico JESSIE HUNT, que consta de trece libros hasta el momento; de la serie de suspense psicológico AU PAIR, que consta de tres libros hasta el momento; de la serie de misterio ZOE PRIME, que consta de seis libros hasta el momento; de la serie de misterio ADELE SHARP, que consta de siete libros hasta el momento; y de la nueva serie de misterio ELLA DARK.

Lector ávido y fanático de los géneros de misterio y suspense, a Blake le encantará saber de ti, así que no dudes en visitar www.blakepierceauthor.com para obtener más información y mantener el contacto.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

UN THRILLER DE SUSPENSE FBI DE ELLA DARK

LA CHICA SOLA (Libro #1)

UN MISTERIO DE ADELE SHARP

LA VIDA EN SUS MANOS (Libro #1)

LA NIÑERA

CASI AUSENTE (Libro #1)

CASI PERDIDA (Libro #2)

CASI MUERTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE ZOE PRIME

LA CARA DE LA MUERTE (Libro #1)

LA CARA DEL ASESINATO (Libro #2)

LA CARA DEL MIEDO (Libro #3)

SERIE DE THRILLER DE SUSPENSE PSICOLÓGICO CON JESSIE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)

EL TIPO PERFECTO (Libro #2)

LA CASA PERFECTA (Libro #3)

LA SONRISA PERFECTA (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE

AL LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

VECINO SILENCIOSO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SI ELLA CORRIERA (Libro #3)

SI ELLA SE OCULTARA (Libro #4)

SI ELLA HUYERA (Libro #5)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

TOMANDO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

UNA VEZ INACTIVO (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)

ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)

ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5)

ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)

ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)

ANTES DE QUE CACE (Libro #8)

ANTES DE QUE ATRAPE (Libro #9)

ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)

ANTES DE QUE DECAIGA (Libro #11)

ANTES DE QUE ENVIDIE (Libro #12)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)